

MORIR PARA VIVIR

UNA HISTORIA DE ESPERANZA EN TIEMPOS DE GUERRA



Morir para vivir

Una
historia de esperanza
en tiempos
de guerra

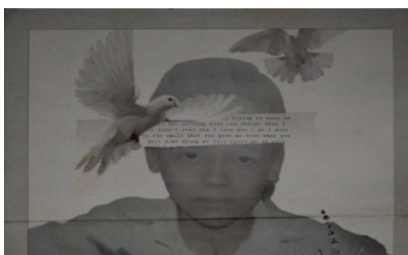
Morir para vivir

Una
historia de esperanza
en tiempos
de guerra



«Mucha gente me ha dicho que deje así, que para qué contar, porque a ellos les da miedo hablar de lo que pasó, pero a mí no, quiero que la verdad no se oculte más»

Raúl Antonio Restrepo Valencia



Morir para vivir
Una historia de esperanza en tiempos de guerra
Proyecto Memoria y Reparación

Primera edición, noviembre 2025
Investigación y elaboración, 2020-2024

Coordinadora general

María Clara Leal Murillo

Equipo coordinador

Yadira Tatiana Urrea Basto

Lina María López Gallego

Equipo psicosocial

Bibiana María Mejía Builes

Andrea Julieth Meyer Patarroyo

Brigitte Camila Rodríguez Arias

Tania Yurley Barón Parada

Laura Alejandra Tapiero Hueso

Stephanía Peña de la Pava

Equipo de investigación

Leidy Carolain Sánchez Barrera

Diana Katherine Vargas Saravia

María Clara Leal Murillo

Lina María López Gallego

Equipo de redacción

Lina María López Gallego

Evi Dukaba Divaly Martínez Flórez

Apoyo en redacción

Juan Esteban Parra Amariles

María Silvana Muñoz Robayo

Edición y corrección de estilo

Laura Isabel Páramo Oliveros

Ilustración

Valentina Torres Aguirre

Diseño y diagramación

Laura Isabel Páramo Oliveros

Valentina Torres Aguirre

Equipo de difusión y comunicaciones

María José Ramírez García

Rafael Felipe Barco López

Lina Alejandra Restrepo Guio

Valentina Torres Aguirre

Otros apoyos

Lilia Andrea Camelo Epinayu

Equipo de apoyo institucional:

Fundación Colombiana de Miembros

de la Fuerza Pública y sus Familias

Víctimas del Conflicto Armado

en Colombia-ACOMIDES

Otros apoyos institucionales

O.N.G. Fundación Territorio Cacique Hyntiba

Corporación Rosa Blanca Colombia

Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

Corporación Universitaria Iberoamericana

Fundación Universitaria del Área Andina

Bogotá, D.C., 2025

ISBN: 978-628-02-1077-3



Licencia Pública Internacional — CC BY-NC-SA 4.0
Creative Commons Atribución/Reconocimiento-No-Comercial-CompartirIgual 4.0

Tabla de contenido

I.	Cuando todo comenzó	21
II.	Un sueño cumplido	31
III.	Entre el sueño y la pesadilla	41
IV.	La guerra ya no parecía un juego ...	67
V.	Inicia la pesadilla	77
VI.	El bombardeo	89
VII.	Convivir y resistir	105
VIII.	La jaula	117
IX.	¿La libertad?	129
X.	Una nueva pesadilla en manos del Estado	143
XI.	La odisea	155
XII.	Construir una familia tras las heridas de la guerra	177
XIII.	Las luchas no terminan	193
XIV.	Raúl y su familia hoy	205

Dedicatoria:

A todos los que hemos sido víctimas
de la guerra y del secuestro.
Quiero que tomen este mensaje
como aliento para seguir saliendo
adelante y seguir luchando por
nuestros ideales, que no perdamos
la fe en Dios ni la esperanza, que a
pesar de las secuelas que nos quedan,
podemos aprender a vivir y salir
adelante con ellas.

DIOS LOS BENDIGA

Raúl Antonio Restrepo Valencia

Nota aclaratoria

Esta historia ha sido construida a partir de las narraciones de miembros de la familia, tomadas mediante entrevistas directas. En estas se recogen las emociones, opiniones, percepciones y recuerdos que construyen la memoria colectiva de los hechos violentos vivenciados. Los nombres de lugares, personas, hechos, fechas y otra información consignada en el texto hacen parte de los relatos recogidos de las fuentes primarias, y así mismo, toda adaptación narrativa ha sido aprobada expresamente por los involucrados.

Agradecimientos

El proyecto de Memoria y Reparación agradece a Raúl Antonio Restrepo Valencia y a los miembros de su familia; a su querida esposa Danelly Bernal Pinzón y a sus hijos Maria José Bernal Pinzón y Jhon Alexander Restrepo Fernández, quienes por más de 3 años han relatado sus historias, compartido sus reflexiones y nos han permitido sumarnos a su lucha para que sus voces no sean acalladas y su dolor no quede en el olvido de un país que no deja de padecer a causa del conflicto armado.

Así mismo agradecemos profundamente a Yesika Manuela Páez Rojas, quien, desde su interés por visibilizar a las familias de los miembros de la fuerza pública víctimas del conflicto armado interno en Colombia, tuvo la inquietud, la sensibilidad y el interés en que fuera escuchada la historia de su familia y sembró la semilla para que este proyecto pudiera existir.

Agradecimientos

Gracias, familia, por la confianza, la constancia y el compromiso con el proyecto, porque si no hubiera sido así, no lo habríamos logrado. Gracias por la valentía para contar su historia, porque nunca será fácil hablar sobre lo que nos ha dañado, pero ustedes lo hicieron con la noble pretensión de que la memoria nos sirva para evitar que otros vivan la guerra.

Agradecemos al equipo que trabajó con la familia de manera voluntaria, cada uno logró comprometerse con la construcción de paz y aportar desde el amor, la constancia, el compromiso y dedicación que dieron al proyecto. En especial, agradecemos su alta sensibilidad y la capacidad para analizar y comprender los dualismos de la guerra, reconociendo que nos enfrentamos a una violencia estructural en la que la pobreza y el poder, entre otras causas, nos ha llevado a este conflicto.

Gracias al equipo de apoyo a la coordinación y al equipo psicosocial, por ser soporte constante de todo el andamiaje que ha implicado este proceso. Gracias a las universidades que acompañaron a sus practicantes y a las organizaciones que apoyaron el trabajo realizado.

Agradecemos a todos quienes lo hicieron posible, porque a pesar de las tormentas no dejamos de creer en la posibilidad de construir paz a través de la escucha activa a las familias. Confiamos que podamos seguir aportando desde el más profundo amor a la construcción de paz en nuestro país.

Prólogo

Hablar de la paz en Colombia necesariamente me lleva a una reflexión sobre la historia del conflicto que hemos vivido y, en especial, me enseña sobre las maneras cómo cada persona va encontrando razones para seguir adelante, pese al dolor, a la injusticia, a la poca equidad y, sobre todo, a esa sensación de soledad que invade.

Me ha sido muy significativo comprender que cuando se habla de perdón, se está colocando en la víctima la carga de realizar la acción de perdonar, mientras que cuando se habla de verdad, la responsabilidad de la acción recae en quien generó la situación de violencia. Algo no menor en un proyecto que trabaja con familias que se sienten víctimas del conflicto en Colombia, a pesar de no ser reconocidas de esta manera por las instituciones que las han vulnerado.

Este proyecto nace cuando Yesika Manuela Páez Rojas (quien en ese momento,

2020, era una estudiante universitaria de psicología) nos expresó que varias familias de miembros de la fuerza pública deseaban contar sus historias para evidenciar lo sucedido de manera escrita, como una forma de hacer visible la situación que han atravesado a lo largo de todos estos años, en los que no han encontrado respuestas a sus preguntas.

Durante este proyecto pudimos conocer 69 familias y realizar un trabajo focalizado con las 8 familias que decidieron emprender el proceso de escritura, pese a la desconfianza aprendida de experiencias pasadas y la distancia geográfica que nos ubicaba a unos y otros. Pronto, el proyecto pudo establecer principios de confianza y la virtualidad nos logró acercar. Hoy llegan a sus manos estos textos que nos permiten escuchar la voz de quienes habitualmente han sido acallados, para reflexionar sobre la verdad y promover la paz.

Las familias de la fuerza pública que participaron en este proyecto nos han enseñado que viven intensamente un debate entre sentirse parte y a la vez sentirse abandonadas por “la institución”, como suelen llamarla.

Este proyecto también ha motivado reflexiones sobre quienes son o pueden llamarse víctimas y, en especial, ha logrado que ese binario de víctima/victimario se llene de matices, permitiendo ampliar ese marco de referencia muy estrecho de buenos y malos que no existe, porque en una guerra lo único que existe es el dolor.

La familia de Raúl Antonio Restrepo Valencia sabe que la guerra ha dejado marcas que aún sienten en el día a día. Estar en libertad y tener vida no es solamente dejar de tener cadenas físicas que aten el cuerpo, es también contar con la posibilidad de elegir la vida que se desea vivir y tener las posibilidades para hacerla realidad. Raúl ha visto sesgado su propósito de vida y se somete día a día a sobrevivir con la angustia que le ha dejado la guerra y con la esperanza de la reparación justa que tiene merecida.

La historia de Raúl Antonio Restrepo Valencia y su familia no es solo la historia de su vida, es la evidencia de unas violencias estructurales y simbólicas que se han tejido a lo largo de las vidas de todas las familias del proyecto. Historias en donde la pobreza les ha generado una condición social llena de

obstáculos y les ha creado la imagen de la guerra como la única o la mejor opción para tener un salario digno, un trabajo, una posibilidad de alcanzar sus sueños de construir una familia y prosperar. Algunos ingresaron en las filas de la fuerza pública cargados de ilusión, otros en contra de su voluntad y otros solo por obtener la libreta militar; pero no volvieron, y muchos de los que pudieron volver, lo hicieron incapacitados para poder seguir trabajando.

Así que la conclusión más cruel y despiadada, que se manifiesta en cada texto, es que la guerra solo deja dolor a todas las personas: no hay ganadores, no hay vencedores; todas las personas perdemos.

Y aunque puede ser demoledor saberlo, escuchándolo de quienes viven más de cerca el dolor, fundamenta a la vez la motivación para reconocer que el único camino es y será la paz, el diálogo y la reparación.

María Clara Leal Murillo

I

Cuando todo
comenzó



¿Qué tanto decidimos sobre nuestros destinos? ¿o ya estarán casi labrados desde la infancia por las condiciones desiguales de un país como el nuestro?

Raúl Antonio Restrepo Valencia, es el nombre de nuestro protagonista, un personaje fuera de lo común, con una vida llena de aventuras y tropiezos. Su madre, Fanny Valencia Acevedo, creció con sus padres y sus seis hermanos en Argelia, Valle del Cauca, su padre fue Abelardo Antonio Valencia. Ludópata, quien por mucho tiempo se dedicó a los juegos de azar; él podía llegar a apostar lo que fuera por el vicio y las mujeres; fue así como perdieron la finca y una hacienda grande que tenían. Por esta razón, y por amenazas que tuvo la familia, al cumplir doce años, Fanny y todos los suyos tuvieron que trasladarse a Tuluá, donde vivieron en casa de una tía en el barrio Maracaibo, quien se había ido a vivir a España y les dejó ese lugar para quedarse.

Año después las vidas de Antonio y Fanny, padres de Raúl, se encontraron en Tuluá, Valle del Cauca. Fanny tenía 14 años y Antonio era un hombre ganadero que iba llegando a sus 50. La relación estuvo marcada por violencia y prohibiciones. Los celos aumentaban los malos tratos llegando a tal punto que se la llevó para Cali, prácticamente secuestrada a casa de sus padres. Le prohibía bañarse, arreglarse, maquillarse, comer e incluso estudiar. Llegó a agredirla físicamente argumentando que ella estaba engañándolo con otra persona o que lo podría hacer.

A pesar de este tipo de tratos la relación continuó y a la edad de 16 años, Fanny ya se encontraba en conjunto con Antonio esperando a Raúl, ante la noticia estuvieron muy felices y tuvieron un momento de alegría al saber que su hijo vendría al mundo. Aunque las dificultades no pararon y Fanny no pudo realizarse ningún tipo de control médico por la situación de violencia que vivía en ese entonces con el padre de Raúl.

Llegó a ser tan crítico el trato de él hacia ella, que no podía interactuar o hablar con otras personas. Pasó encerrada en un cuarto en Cali hasta su regreso obligatorio a Tuluá

por el nacimiento de Raúl. Después de salir de Cali llegaron a vivir a casa de la tía Rosemary Valencia, al barrio Agua Clara. Allí estuvieron hasta muy poco antes del parto y la situación de violencia no terminaba.

Al llegar a Tuluá, Fanny fue diagnosticada con preclamsia y esto la llevó a un estado de coma por varios días. Faltaba poco tiempo para que naciera Raúl. Los médicos seguían buscando la forma para evitar la muerte de la madre y el niño y al preguntarle al padre de Raúl sobre la decisión, él decidió que primero estaría la vida de Fanny a toda costa, porque para él lo más importante era la mujer y ella podría volver a darle otro hijo más adelante. Finalmente, madre e hijo sobrevivieron al parto, aunque con mucha dificultad.

Raúl nació el 7 noviembre del año 1979 a la 1:30 de la tarde de un miércoles, en el hospital Tomás Uribe de Tuluá Valle, y allí vivió, en el barrio Maracaibo hasta los 31 años. Una hermana de Fanny estaba en embarazo en la misma temporada que ella y fue quien amamantó a Raúl mientras su madre salía del estado de coma. Aquella familia materna sería la más cercana a Raúl y quienes lo acompañarían a lo largo de su vida, lo que

no ocurrió con Antonio, quien, a los dos meses del nacimiento de Raúl, fue asesinado en un evento atroz. Murió por 42 puñaladas. Dicen que tenía una deuda y querían robarle el ganado como parte pago.

Durante la recuperación de Fanny, ningún miembro de la familia mencionó la muerte de Antonio, ya que todos temían por la salud de ella. Al cabo de tres meses y su constante insistencia al preguntar por qué Antonio no iba a ver a su hijo, le comunicaron sobre su muerte. Estos episodios de vida y muerte, cuidado y protección, hicieron que la familia materna de Raúl se uniera mucho, tanto así que después de estos sucesos vivieron juntos por un largo periodo. Y es que la llegada de Raúl fue una gran alegría para la familia, principalmente para su abuela materna, María Lilia Acevedo, quien lo recibió como su propio hijo y fue toda la vida otra madre para él, lo cual llevaría a algunas discusiones y celos entre la madre de Raúl y su abuela, pero siempre contó con el amor de aquellas dos importantes mujeres.

Tiempo después, Fanny a sus 22 años conoció a José De Jesús, quien se convertiría en el padre de crianza de Raúl. José De Jesús

nació de la unión entre Ángel Pastor Restrepo Valencia y María Celia Valencia Idarraga y junto con sus seis hijos conformaban la familia Restrepo Valencia. Ángel Pastor trabajaba en una compañía, mientras María Cecilia, quien tenía una discapacidad en un brazo, se dedicaba a las labores del hogar. El hijo mayor de la familia fue el padre de Raúl, quien a sus catorce años empezó a trabajar para poder ayudar a su padre con los gastos familiares.

Ángel Pastor fue empleado del Ministerio de Obras Públicas, y durante su estancia le permitieron que uno de sus hijos fuera seleccionado como trabajador al cumplir la mayoría de edad. Así, el padre de Raúl ingresó a trabajar y ayudó económicamente a la familia hasta que se casó y tuvo su primer hijo. José De Jesús fue también un gran deportista en el ciclismo, a pesar de la poca disponibilidad que tenía, entrenaba antes de su turno de trabajo, desde las 5am hasta las 7am; el recorrido era de Tuluá a Buga la grande en cicla.

Años más tarde su primera esposa murió a causa de un derrame cerebral y quedó solo con su hijo Horacio, medio hermano de Raúl.

Sin embargo, posteriormente la familia se haría más grande con la unión de un nuevo amor.

Raúl era un niño de cinco años cuando se conocieron José De Jesús y Fanny. Todo ocurrió por una hermana que vendía boletas, llamada Gladys. Ella fue quien le habló a José hasta el cansancio acerca de Fanny e hizo lo mismo con ella, contándole sobre aquel hombre. José De Jesús tenía casi 50 años, trabajaba y ganaba buen dinero haciendo horas extras en su trabajo, también se ocupó como celador y fue ascendiendo por su buen desempeño, así que parecía un buen partido para su querida hermana. Fanny por su parte tenía miedo de volver a vivir una situación de violencia como la que tuvo con Antonio. A pesar de aquellos temores la relación amorosa inició entre Fanny y José y estuvieron dos años de noviazgo antes de irse a vivir juntos.

José De Jesús se enteró de la situación de pobreza por la que estaban pasando Fanny y Raúl, y fue asumiendo responsabilidades de la casa y de ellos; les cambió un viejo televisor blanco y negro por uno más moderno, luego, le compró una cicla todo terreno a

Raúl y empezó a hacerse cargo de los gastos y a responder por ellos dos.

Así, la vida de Raúl cambió. José se dedicó de lleno a su familia, reconoció a Raúl como su hijo, le dio el apellido, pagó sus estudios en colegios privados y hasta pagaba el transporte para llevarlo y devolverlo del colegio, lo cual era todo un lujo por ese tiempo.

El primer cumpleaños que recuerda Raúl fue cuando cumplió 6 o 7 años, estaba con los niños de la cuadra y no podían faltar sus tías más cercanas; Ruth, Luzmila y Gladys. Su padre le compró algunas sorpresas, y por supuesto, "el estreno". Durante su infancia, José De Jesús siguió trabajando en el Ministerio de obras públicas arreglando vías, como Popayán-Tuluá, Bogotá-Medellín, estando siempre muy pendiente de Raúl y su madre, solo durante el terremoto de Popayán del año 1985 tuvo que ausentarse por casi un año, mientras su madre estaba dedicada a ser ama de casa.

De niño Raúl jugaba a las bolas y a la pelota. Estudiaba desde las 6 a.m. hasta las 12:10 m. y en la noche lo dejaban salir a jugar un rato, máximo hasta las 9 p.m. Esto a

veces le generaba peleas con su madre, pero quien lo defendía era la abuela. Igualmente era ella quien lo cuidaba cuando su mamá debía salir, aunque generalmente fue su madre quien se dedicó a su crianza.

En general fue una niñez tranquila y buena, no le faltó económicamente nada y estuvo rodeado del amor de tías, tíos, de su abuela y de su madre. Fue pasando la vida, estudiando, aunque no fue el más aplicado. Aquella etapa fue terminando, para dar paso a una nueva aventura, la que nunca pensó tendría tantas vueltas inesperadas, que no responden tanto al azar o a la suerte, sino a un contexto que ofrece pocas posibilidades y donde la libertad de decidir está dada principalmente para los altos estratos sociales...

III

Un sueño cumplido



Entre el honor, la masculinidad y la estabilidad ¿Cuáles son las opciones reales para los jóvenes en Colombia?

Entrada la adolescencia y luego del transcurso de una niñez con algunos tropiezos, llena de juegos y amistad, donde sus padres suplieron sus necesidades, Raúl era una persona amable, cordial y a la vez distante. Aunque no era el más cariñoso, ni expresaba demasiado sus emociones, llegaba a entablar relaciones fácilmente, sin embargo, no era alguien de muchas amistades. En materia de pasatiempos y quehaceres, disfrutaba estar con sus tíos y hacer pesas en el gimnasio.

Nunca fue fumador por ese periodo y aunque de vez en cuando salía a tomar con sus tíos y amigos, tampoco era un bebedor. Uno de sus tíos lo llevaba a cantinas donde podía encontrar una mujer para pasar la noche. Él no disfrutaba de esos lugares, y desde muy joven se consideraba una persona seria. No

le gustan aún las muestras de afecto en la calle, ni los cariños en público con sus parejas. Tuvo algunas novias, eran relaciones no muy formales, pero eso sí, era un suertudo para las mujeres en esa época, lo que no pasaría después.

Raúl recuerda mucho a su tío Fabio Valencia en su adolescencia, constantemente iba a visitarlo y salían juntos. Su tío era una figura de respeto y lo admiraba por todo lo que pudo lograr; él sería su modelo a seguir, y desde su ejemplo nace el amor por la Policía Nacional, un amor ciego y sordo, que lo sigue acompañando, a pesar de los malos ratos que viviría en el futuro. A medida que el tiempo pasaba, Raúl se interesó más por el trabajo y obtener dinero, ya que los problemas de pareja de sus padres afectaban directamente cuánto dinero recibía de ellos. Desde los 13 a los 16 años trabajó con otro de sus tíos, el tío Evelio, quien sabía del oficio de la construcción. Este trabajo llevó a Raúl a descuidar sus estudios, tanto así, que tres veces hizo primero de bachillerato y es que sus intereses ya desde hacía rato estaban en otra parte.

Raúl había decidido hacía varios años que quería hacer parte de la fuerza pública, llevado de la mano de sus tíos Fabio y Alberto, quienes le enseñaron a disparar y a quienes veía con admiración y respeto. Esto contrastaba con la posición del tío Evelio, quien fue parte de las fuerzas armadas, pero que no representaba la honra y la disciplina de la institución. Además, en la construcción no se podía obtener pensión, ninguna prestación social, mientras que con la Policía tendría pensión, carro y casa. Por otro lado, estar en las fuerzas militares significaba para Raúl ser más masculino, más fuerte y tener más organizada la vida. Así, Raúl no decidió entrar a la fuerza pública a la ligera. Tenía diferentes motivos, entre los que se incluían la influencia de algunos familiares, la perspectiva de estabilidad económica y el propio honor que creía venía con la formación militar.

El camino para ingresar a las fuerzas militares no fue fácil, intentó primero con la Naval, de la cual lo rechazaron dos veces, una vez en Tuluá y otra en Buga. En ambas, fue por la estatura, pues medía 1.75 m, mientras que la estatura mínima debía ser de 1.80 m. Los encargados de la incorporación le decían que jugara básquetbol para que creciera un

poco y que lo intentara más tarde y así fue, Raúl practicó ese deporte por pocos días, hasta que ya se cansó y no siguió insistiendo. Tiempo después supo que este requerimiento fue algo circunstancial: necesitaban personas de esa altura para completar la Brigada, la primera línea. Normalmente sí recibían gente de 1.70 m para arriba. Uno de los muchos momentos en que parecía que el destino lo llevaba a ser Auxiliar Regular de Policía.

Por esos días pasaban panfletos de reclutamiento para la Policía como auxiliares regulares. Sabía que ellos también tenían relación con la guerra contra la guerrilla y que, si aplicaba, obtendría los mismos beneficios que tuvieron sus tíos. Tendría que prestar servicio dieciocho meses para luego poder seguir como patrullero y hacer carrera en la Policía. Decidió entonces intentar allí, lo cual tampoco le fue fácil. Se presentó tres veces.

La primera vez lo rechazaron sin darle demasiadas explicaciones. Decían que era por su contextura. Sin embargo, él veía que aceptaban a muchachos bastante más delgados que él, por lo que no entendía si era otra cosa lo que pasaba. Salió confundido y desanimado de la Escuela de Policía "Simón

Bolívar” de Tuluá. Raúl quiso intentarlo a los tres meses, cuando hubo nuevamente reclutamiento. Por esos días estuvo más pendiente de la incorporación que del oficio con su tío Evelio, por lo que este acabó por echarlo de su trabajo en la construcción. Al verlo tan apurado con las vueltas de la incorporación, el tío le alegaba que dejara eso. Que podría más bien dedicarse a la construcción, a ser oficial, él sería su maestro y ganaría dos o tres veces más dinero de lo que obtenía un policía en un mes y se vivía mucho mejor alejado de todo ese peligro. Raúl, a pesar de eso, no podía dejar de reconocer en el tío Evelio a alguien desorganizado y el dinero que tanto le anunciaba con amplitud sería para mujeres y licor, sin embargo, para Raúl existían cosas más importantes que aquellos ideales de su tío. Tal vez eso, sumado a sus ganas de entrar a la fuerza pública, le hizo desconfiar de ese consejo, que venía de alguien que se tomaba toda la plata de la semana.

En la siguiente incorporación igualmente lo rechazaron, sin darle tampoco ninguna razón, el psicólogo solo tuvo para decirle “no insista más”, sin ninguna explicación. Raúl era bastante insistente, por lo cual el Mayor

lo devolvió con algo de fastidio, diciéndole que –¿Usted es el mono que se la pasa pegado en la reja?... A mí no me gusta la gente intensa”.– La cantidad de veces máxima que se podía intentar la incorporación era de tres, por lo que la siguiente era la última oportunidad que tenía para entrar, si no, no sabía qué iba a hacer.

Eran tantas las ganas de Raúl de ingresar a la Policía que se iba caminando o en bicicleta hasta el momento de la incorporación, pero Raúl no tenía mucha suerte con las bicicletas y se le dañaban, entonces un amigo, Luis Fernando Pacheco, que también ingresó a las fuerzas militares, lo llevaba en su bicicleta y así lo apoyó mucho para poder ingresar. Los trayectos eran muy largos y no habría podido presentarse sin la ayuda de él.

Esta última ocasión en la que fue rechazado en la Policía, con bastante tristeza, fue a la casa de la abuela a contarle lo sucedido. Dentro de la familia, ella era una de las que apoyaba la decisión de Raúl de entrar en la fuerza pública, pues veía cómo le había ido de bien a su hijo Fabio y a su yerno Alberto, quien ya estaba fuera del ejército por haber sido herido en combate y se dedicaba a las

peleas de gallos. La abuela le dio ánimo a Raúl y lo invitó a que lo intentara una vez más, ella tenía fe que sí lo aceptarían. William, el hermano de la abuela también fue parte de la fuerza pública como policía y ya estaba pensionado, por lo que ella no dudó en animar a Raúl para que también entrara a la Institución. En ese instante, como caído del cielo, entró a la casa el tío Fabio, con el uniforme puesto. La abuela, avispada, empezó a pedirle a su hijo que intercediera por él con el Mayor aquel. Después de un rato de insistir, Fabio accedió a ayudarlo. Le pidió a Raúl que lo viera al día siguiente en frente de la Simón Bolívar a las cuatro de la mañana. Él supone que era una prueba, porque su tío Fabio no apareció sino hasta varias horas más tarde, a las nueve de la mañana.

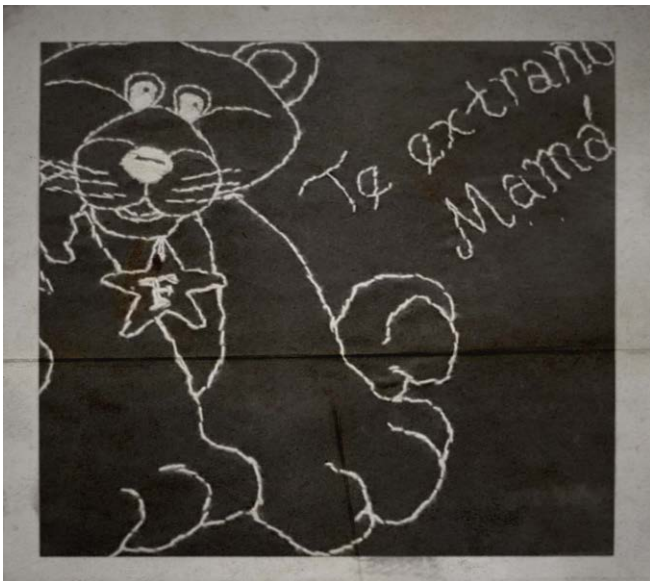
Esta vez, la tercera que se presentaba, pasó. El Mayor Celi le comentó que era por ser sobrino de Fabio, conductor del jefe de seguridad del Coronel en la Simón Bolívar —¿usted por qué no dijo antes? — Le decía, mientras le cambiaba la carpeta de reclutamiento por otra nueva en la que sí lo aceptaba. Le fue reprochado el no haber mencionado antes que fuese sobrino de Fabio, pues eso le hubiera abierto de inmediato la puerta.

Raúl, inocente, solo pudo replicar que no sabía que las cosas funcionaran de esa forma. Aprovechó para preguntarle al Mayor por qué lo habían rechazado antes. A lo que este contestó que desconfiaba de la gente tan emocionada como Raúl. Notaba que aquellos que preguntaban mucho y tenían ganas de enlistarse pronto eran de los primeros que se devolvían, por lo que evitaba recibir gente así.

Con el apoyo del tío Fabio, de su amada abuela y su aprobación, Raúl se sentía respaldado en su decisión, todo lo contrario, a su padre, quien no estaba de acuerdo y le decía que mejor se pusiera a estudiar, pero tampoco tenían dinero para hacerlo. Sea como fuere, Raúl estuvo pendiente de todo el proceso varios días y no cambió de opinión. El tío Fabio y Alberto le dieron casi todos los elementos necesarios para irse; la ropa, los objetos de aseo... y se preparó para salir a Popayán. Por fin su sueño se cumplía, ser parte de las fuerzas militares de Colombia, su mayor alegría, lo que también se convertiría en su gran tormento...

III

Entre el sueño y la pesadilla



Es que yo estuve 3 años secuestrado y más uno allá, eso fueron como 4, porque eso para mí era un secuestro, estar allá en esa base del Guaviare, porque no se podía ni salir a llamar, ni comida, ni nada. Eso era un secuestro, pero del mismo Estado.

Se subió a un bus que iba desde Tuluá hasta Popayán, en el Cauca, a la escuela de Policía, lugar donde iría a cumplir su sueño de ser policía. Era el 25 de agosto de 1997. A las 11 de la noche ya estaba en su destino. La guerrilla era fuerte por la zona y no era seguro anunciar con bombo y platillo que llegaban nuevos reclutas. Para ingresar, tenían que ir en buses Bolivarianos. Al llegar, se encontraron con que no tenían espacio para ellos. Había ya más de cuatrocientos hombres entrenando para patrulleros en la base y ellos eran otros cuatrocientos para los que no estaban preparados. Por la misma guerrilla, tampoco era una opción quedarse afuera durmiendo, pues podían matarlos fácilmente.

—Acuéstense donde quepan y luego los acomodamos— fue el mensaje que recibieron de sus superiores. Por lo que esa primera noche la pasó durmiendo en el piso, con otros que no tenían dónde dormir. Ese lugar era frío como una nevera, un frío que él jamás había experimentado. Una de sus primeras sorpresas fue la cantidad de niebla que se veía. Le impactó mucho que fuera incapaz de ver a través de ella de lo densa que era la niebla en Popayán. Era como estar en medio de una polvareda blanca intensa.

A partir de allí, cuando llegaron a dormir en el piso, muchos empezaron a murmurar quejas sobre la situación. Los ánimos se dirigían a desertar, aún sin haber pasado lo peor. Raúl, por otro lado, se lo tomó con filosofía. Él pensaba que eso no era sino un bache en el camino a tener la estabilidad económica que le anunciaba el pertenecer a la Policía. Su pensión, su casa y su carro iban a llegar, aunque debía esforzarse para ello, por lo que no se dejó desanimar.

Al día siguiente empezaron a ordenarlos. Desde ese momento sintieron lo que era la organización y la disciplina del ejército. A las

4:30 a.m. los tenían ya levantados y los empezaron a ordenar. Debían colocarlos en literas por orden alfabético, lo que era un pequeño contratiempo. Raúl, iba de los últimos por el apellido, por lo que tuvo que esperar bastante para tener una cama en la que dormir.

—¡Restrepo! —lo llamaron por fin.

Sin embargo, eso solo era una parte de la organización. La comida no llegó sino hasta el tercer día y cada uno tuvo que ir al Caspette (caseta o tienda) y defenderse a punta de papas y gaseosa con los pesos que tuviera. También quedaba acondicionar los salones para recibir la formación y el entrenamiento. Mientras tanto, debían recibir todo en el parque. Por otro lado, no contaban con un comandante para dirigirlos. Todo el desorden se explicaba por la ausencia de mando y de uniformes; había grupos que se iban y otros que estaban llegando. El grupo con el que llegó Raúl iba a entrenar para ser auxiliares regulares, un ala de la policía encargada de apoyar al ejército. Para poder diferenciarlos del otro grupo, les dieron camisetas: verdes a los patrulleros, blancas a los auxiliares. Para el final de esa semana, después de tres días, ya estaban organizados los más

de ochocientos hombres en la base, aunque cuatrocientos ya iban de salida.

Todo se hacía por orden alfabético, desde las comidas hasta los llamados. La falta a ese orden era castigada, junto a fallas en la presentación personal, las llegadas tarde, cualquier cuestionamiento que se acercara a la insubordinación y toda falla ante una pregunta. Y el castigo siempre era el mismo: voltear, correr y hacer todo el ejercicio que les exigieran o algunas veces los castigaban al no dejarlos comer. No solo el que hubiera cometido el error, sino todo el grupo al que pertenecía. Esos grupos se llamaban Sesiones y le tenían rabia a los que fueran más incumplidos o los que más castigos les causaban. Raúl recuerda en especial a un caleño y a un bumangués que llegaban tarde y por los que acababan haciendo más ejercicio. Alguna vez tuvo que negociar con ellos, pues el otro castigo posible era perder días de permiso para ir a ver a la familia, a los amigos y a la novia.

En general la vida allá era muy dura y ni permiso daban para ir al baño, era cuando los superiores lo permitían, tanto, que en algunas oportunidades los compañeros se

desmayaban por no poder ir al baño o se hacían en sus pantalones ahí de pie. Afortunadamente a Raúl no le tocó pasar por eso.

Los primeros días del reclutamiento, justo después de haberlos organizado a todos, les mencionaron que tenían una alianza con un colegio de validación. Por lo que les ofrecieron a varios que se animaran a terminar el bachillerato. Raúl aceptó y se dio cuenta de otra cosa allí: muchos tenían poco nivel educativo y se suponía que para entrar debían haber acabado al menos hasta tercero de bachillerato. A pesar de ello él alcanzó a ver a varios que solo contaban con la primaria, lo cual le pareció inusual. Preguntó en alguna oportunidad a un comandante por qué.

—Cuando la gente tiene necesidad, se tiene que aprovechar —le respondió en voz baja. El ejército también necesitaba mucha gente para pelear contra la guerrilla, que estaba muy fuerte. Había muchas bajas por parte del ejército y la policía. Así que admitir a algunos fuera de los requerimientos no era una mala idea.

Ya establecido en la base, empezó una rutina que duró todo su tiempo en Popayán.

Empezaba a las 3:00 a.m., primero la orden era trotar, bañarse, tener todo limpio y perfectamente puesto. Si faltaba una prenda, si estaba sucia, si el corte estaba mal, si no cumplían la etiqueta, se iban a voltear.

Luego, iban a desayunar. Allá, era otro martirio, pues en una hora debían estar ya formados. Que cuatrocientos desayunaran significaba comer a las carreras, embutirse la comida y regalar el sobrante. No se podía sacar comida del comedor y los desayunos, a pesar de todo, eran sustanciosos. Para hacerlo más complicado, iban por sesiones: cada sesión entraba, tenía cinco minutos para comer, salía y entraba la siguiente sesión. A las 6:00 a.m. ya debían estar todos formados. Y si alguno de la sesión llegaba tarde, se iba a voltear. Tenían que mantenerse así hasta las 7:00 a.m., hora en que llegaba el Coronel para darles una breve cátedra de diez minutos.

A las 7:10 a.m. salían a las aulas, donde había hasta setenta hombres recibiendo clases y entrenamiento policial. Tomaban varias materias de teoría: Historia de Colombia, derecho, Ética Policial, donde se veía el valor del ciudadano y del policía y también veían Cátedra Constitucional. En esos ratos

aprendieron sobre cuál era el rol de la policía: proteger al ciudadano. La ley le daba autoridad a la policía. Luego, por otro lado, les entrenaban en manejo de armas, en situaciones de combate y entrenamiento físico normal. Les decían qué hacer en caso de un tiroteo y de un bombardeo. Les enseñaban a sobrevivir para combatir.

Algunas veces tenían horas libres. En ellas podían ir a entrenar en el gimnasio, llamar a los familiares, hacer deporte o incluso bañarse bien, porque era con tanto afán que hasta no podían bañarse. Esto, claro, si se comportaban a la altura. Pues podría llegar algún superior y decidir que mejor los ponía a voltear como castigo por cualquier cosa. Finalmente, la Sesión pagaba en su mayoría todas las faltas en conjunto, fueran de uno o fueran de todos. No había posibilidad de negociar y los ejercicios eran especialmente duros y podrían quitarles no solo horas libres, sino días enteros de permiso. Raúl y varios hacían pequeñas triquiñuelas para salvarse y evitar los castigos. Hablaban con los más desjuiciados, por los que resultaban castigados, y les animaban a llegar temprano.

—Mire hermano, uste' llegue temprano para que nos den el permiso. Y yo le compro una gaseosa y unas papas allí en el Caspete—.

Esos productos eran prácticamente un lujo, por lo que de inmediato se convencían. Y el aludido llegaba temprano cual lo acordado. Recibía más tarde su premio y todos podían respirar tranquilos en sus horas de descanso o de camino a sus casas para disfrutar de los momentos con la familia.

A las 11:30 a.m. recibían el almuerzo de la misma manera que el desayuno: a las carreras y atragantándose. A las 12:30 p.m., tenían un rato de reposo y a la 1:00 p.m., siempre y cuando no hubiera castigo si alguien la había embarrado; si alguien se reía en formación el reposo se convertía en otra vez voltear, y el vómito no se hacía esperar. Después permanecían en clases hasta la comida, a las 6:00 p.m. A las 7:30 p.m., no había más qué hacer, para la mayoría.

En el caso de Raúl, el día no acababa allí. Él estaba estudiando para graduarse del colegio. Por lo que entre las 7:30 p.m. y las 11:30 p.m. estaba validando y estudiando para salir de once. Era una jornada muy dura,

y por ello varios no siguieron con esa formación académica. Era normal que se quedaran dormidos en clase, llenos de cansancio por todo lo sucedido en el día. Raúl, a diferencia de los que se fueron, quería seguir. Terminar el bachiller era necesario para poder ascender y volverse profesional. Tenía en mente, todo el tiempo, la pensión y los beneficios que prometían por ser parte de la policía.

—Hágale pela'ó. Hágale, que yo le colaboro con eso —los animaban los sargentos cuando veían a los estudiantes especialmente desanimados.

Así, durante cuatro meses. Todos los días la rutina se repetía de una u otra manera. Los fines de semana tenían permisos para volver a la casa y ahí saludarse con la familia, adelantar agenda y volver luego de cumplir aquel permiso, que aprovechaban al máximo. En ese entonces, las llamadas telefónicas eran mucho más complicadas. Desde donde ellos estaban, la única manera de llamar eran los teléfonos fijos que estaban en la misma escuela, que tenían prestados por apenas un minuto. Para poder recibir una llamada, debían correr desde donde estuvie-

ran. Hablaban lo que se podía y debía volver a la base rápidamente.

Muchos compañeros se retiraron al empezar el entrenamiento, porque era muy fuerte, Raúl no se fue, aun cuando no dejaba de pasar por sus pensamientos—la escuela es un infierno, es una tortura; las castigadas, las trotadas, las injusticias...— Los superiores les decían que si querían se fueran, si no habían aguantado, pero que eso sí, libreta de primera no tendrían, que no se les ocurriera regresar y mucho menos buscar trabajo con la Institución. Raúl escuchaba todo eso, pensaba en su pensión y no, aunque fuera duro no se iba.

En esa dinámica, Raúl tuvo una novia, residente de su ciudad natal Tuluá. Se llamaba Lisa, y era particular porque deseaba sacarlo de la Policía. Raúl durante todo el tiempo que estuvo en esa base, fue por lo único que pensó en irse. Lisa le endulzaba el oído diciéndole que se fuera, que ella lo mantenía, que ella se iba a ir a España y buscaba un trabajo, que así no se mataba tanto en esos entrenamientos... en fin, le pintaba un mundo perfecto. Raúl sentía desconfianza y, aunque dudó al principio, luego de una temporada dejó de contestar las llamadas de Lisa. No

era fácil, debía caminar de 2 a 3 cuadras para recibir una llamada de tan solo tres minutos. En una de las salidas Lisa le reclamó sobre sus ausencias, porque ya en pocos días se iría a España, le pidió que se fuera con ella, consideraba que lo que ganaba en la Policía no era nada al lado de lo que podía ganar en España, Raúl le prometió que lo pensaría y le pidió un consejo a su tío Fabio.

—¿Cómo se le ocurre mijo?, por una mujer, va y se consigue otro—, fue lo que recibió como respuesta. Raúl pensó, y sí, eso podía ocurrirle, entonces decidió seguir con su sueño de la Policía.

Culminaron en pocos meses la formación para ser auxiliares regulares. Por una orden de Bogotá fueron solo 5 meses de capacitación y salieron graduados. También Raúl unos días antes obtuvo su diploma de bachiller, habiendo completado la validación académica. En Popayán, Cauca, juraron bandera. No tardarían mucho en irse al Espinal, Tolima, donde tendría continuidad su entrenamiento.

Allí no duraría mucho Raúl. Ya con el entrenamiento básico, para la policía él y su

grupo estaban listos para ir a la guerra. Los mantuvieron en la base un tiempo, como un mes, con entrenamiento de contraguerrilla denominado "Jungla". Raúl supo después que debían darles la formación profesional para el combate, pero por el afán y un suceso desafortunado los dejaron con unos conocimientos muy básicos en el tema. El evento inesperado fue un incendio. Como un ejercicio de entrenamiento, decidieron hacer un simulacro de hostigamiento. A mitad de la noche, mientras dormían, los sorprendieron con el ejercicio. Había explosiones y disparos, y ellos estaban obligados a responder adecuadamente a la situación. Sin embargo, el simulacro no estuvo bien organizado, algo explotó o se prendió donde no debía y empezó un incendio. Eso acabó con los dormitorios donde estaban mientras hacían el hostigamiento simulado, junto con todas sus pertenencias. Se quedaron sin ropa, ni implementos. Solo lo que traían puesto.

En ese momento decidieron trasladarlos. Los enviaron a Bogotá, luego a Villavicencio y luego lo trasladaron al Guaviare, a la base de Miraflores. Era el 3 de agosto de 1998. La base de Miraflores era un lugar compartido entre policías y ejército y en la mitad esta-

ba la parte de la iglesia. Allí desempeñaban pocas funciones: arreglar, cuidar y mantener la base. Comían lo que podían, se bañaban una vez a la semana por lo general, esperaban con ansias los aviones de suministros y hacían deporte de vez en cuando. La vida en la base de Miraflores era monótona y tensa. La calma era temporal, pues en cualquier oportunidad empezaba un hostigamiento o un ataque y debían estar listos para recibirlo y defenderse. No era raro oír disparos y más de una vez lanzaban cilindros bomba: pipetas de gas modificadas para explotar, rellenas de metralla rústica que incluía desde clavos hasta excrementos. Estas pipetas se crean con la intención de incapacitar a militares, porque al explotar causan lesiones que se infectan y que en estas zonas alejadas en donde no hay médicos o medicinas, se enfermarían y podrían morir.

Es que todo era difícil en la base, para poder contar con agua se manejaba motobomba y cuando no se podía tocaba ir al pueblo por el agua. Y duraban hasta 15 días sin bañarse, porque tenían solo un pozo y estaba lleno de culebras y se secaba constantemente. Entonces lo que les daban eran unas pastillas para limpiar el agua y era lo único

que podían hacer. Esa agua les daba dolor de estómago, diarrea, de todo, y hasta hubo gente que los tenían que llevar a Villavicencio, porque les daban como gusanos en el estómago, eso era lo que se escuchaba entre el mismo gremio. En Miraflores tampoco tenían sanidad, solo tenían un enfermero de combate en la base, que tenía solo isodine, algodón y gasa.

En Miraflores la hostilidad no la aguantaba nadie por mucho tiempo; allá no había agua, luz, papel higiénico, camas, comida o alcantarillado. Todo iba por el río, y poco tenían para sobrevivir. Tampoco contaban con baño, aunque los únicos que lo tenían eran los de alto rango, los auxiliares no tenían este servicio. Esta parte del país es un abandono y la base también, con poca atención estatal y en medio de una zona que estaba lejos incluso de la mano de Dios.

Y por el lado de lo militar no mejoraba la situación, las armas eran viejas, un armamento de 30 años atrás, que prácticamente no funcionaba. Armamento de potencia en la base no tenían, solo contaban con dos M60, las pistolas de los comandantes y algunas M4 que las cargaban los tenientes, coman-

dantes, sargentos, cabos y no eran sino fusiles para el resto de auxiliares. Las municiones se sabían que eran pocas, exactamente no es posible saber cuántas, sin embargo, sería solo para responder a un ataque corto como de 6 o 7 horas. Y es que en la Policía les enseñan que no deben disparar por disparar, es decir, si se botan 2 balas o 3 balas y no le pegó a nada, es como desequilibrarse mentalmente y desequilibrar la institución, eso se llama la economía de las balas.

La comunicación igualmente era compleja; los radios eran muy antiguos y estaban deteriorados, lo mismo que los fusiles, entonces la mayor parte del tiempo se mantenían descargados, porque solo obtenían energía por medio de una planta que trabajaba con combustible, los radios eran como de 20 años, casi no funcionaban y sin energía suficiente era aún peor. Los radios si cargaban 3 horas, tenían una parte de energía para los policías que estaban en el día y otra para los que estaban en la noche, no alcanzaban a usarlos y al momentico, a las 4 o 5 horas se descargaban y se quedaban sin comunicación. Otro problema era cuando se necesitaban pilas, porque las tenían que llevar desde Villavicencio y se tardaban mucho en llegar. Así que servían

muy poco los radios, pero para la policía valían millones, y si se les llegaban a perder tenían que pagar como 5 o 6 millones de pesos.

La única forma que tenían de llamar a las familias era el radio satelital, y desde ahí llamaban 60 segundos cuando el teniente lo permitía, se hacían colas —en nombre de Dios ¿cómo está? Chao, nos vemos y hasta luego— era lo único que alcanzaban a hablar. Porque el problema era que no podían salir al pueblo o los mataban y en el pueblo ni un minuto de celular podían venderles a los soldados y policías o ellos tendrían la misma suerte. Con todo esto la comunicación estaba muy limitada.

Todos esos inconvenientes se debían también a que había un manejo de sistema muy insuficiente entre los altos mandos con los bajos. Es que el grande se come al pequeño, y a ellos no les interesan los subalternos, a ellos solo les importa que el otro esté prestando el turno y que se defiendan como puedan. Aunque nadie denuncia lo que pasa en la Policía, porque eso allá es un tabú; hay gente que sale a denunciar, hasta en programas de televisión como “séptimo día” o “los informantes” y esa noticia no vuelve a rodar,

la pasan una vez y no vuelve a rodar. Los subalternos no pueden decir nada, en todo momento deben callar, puesto que las jerarquías en las fuerzas militares son fuertes y la desigualdad es inmensa.

En Miraflores la guerrilla dictaba la ley y los militares representaban al estado. Lo cual era peligroso, pues significaba que ser militar o estar asociado a ellos era ser parte de todo contra lo que luchaba la guerrilla. La vida allá era un constante estado de guerra, hostil e incómodo. Y Raúl, como auxiliar regular de la policía, del grupo de antinarcóticos, era tan parte del ejército como los mismos militares. Ninguno de ellos se salvaba: eran los objetivos y los enemigos. Quienes decidían qué entraba al pueblo era la guerrilla y muchas veces no les dejaban entrar comida, así, solo era bajo la autorización del comandante de la guerrilla que las cosas se movían en la zona.

En ese lugar Raúl fue ranchero; la persona que ayudaba en la cocina, aunque poco sabía de aquella labor y allí aprendió a cocinar. La situación en esa base era complicada, pues escaseaba la comida. Cada cual comía lo que recibía, lo cual no era mucho y esta-

ba muy racionado. Los altos mandos en esa base sí tenían asegurada la comida y como fuera tenían la alimentación fija, debido a que la pagaban, les descontaban del sueldo, lo que no pasaba con los auxiliares de bajo mando, como el caso de Raúl. Pero, por un tiempo al margen de esta situación, Raúl tenía ventaja por ser el ranchero, por lo que podía darse el lujo de comer mejor que los demás compañeros. En ese oficio duró poco, aproximadamente un mes y medio, en compañía de su amigo Sarasti y después pasó a estar asignado a labores en el aeropuerto.

El ejército y la policía tenían la misma opinión de la guerrilla: ellos eran a quienes tocaba combatir y a quienes aniquilar. Estaban cerca de la selva, donde la situación se resume en vivir o morir. El que jala el gatillo primero es el mismo que puede volver más tarde a relatar lo sucedido; el que está desprevenido no llega a contarlo. Esto no solo ocurría con los soldados. La lealtad de los habitantes del pueblo, a la buena o a la mala, debía estar con la guerrilla y es que además ellos eran los que daban comida y dinero, estaban más presentes que el Estado mismo. Aquel que se juntara con las fuerzas militares y los ayudara de cualquier manera, re-

sultaba muerto poco después. Raúl recuerda cómo alguna vez mataron a una mujer solo por haberles vendido minutos. No hacía falta preguntar quién había disparado la bala.

Tal vez fuera por eso que el subteniente Vanegas no era nada amable con nadie. Era un hombre muy estricto y duro con absolutamente todos, aunque se la dedicaba especialmente a Raúl, pero asimismo parecía tenerle mucho aprecio. La razón venía del trato que Raúl tenía con la gente del pueblo cerca a la base. Como nadie podía colaborarles de ningún modo, debían sobrevivir a punta de arroz, huevo y lentejas. No podían bajar por agua, fuera para bañarse o para beber, pues nadie se las vendería. Así que el subteniente, probablemente por resentimiento, probablemente por demostrar autoridad, les hacía difícil la vida a los habitantes del pueblo. Los requisaba y les quitaba todo lo que oliera a droga. A las prostitutas y a las personas de recursos más bajos los tenía entre ojos, pues eran ellos quienes tenían más necesidad y los cuales acababan con facilidad en trabajos precarios e ilegales. Raúl, sin embargo, no tenía el corazón para tal labor, que debía hacer desde su trabajo de cuidado del aeropuerto.

—¡Restrepo! ¿usted por qué es que no re-
quisita a esa gente? —le reñía el subteniente
—¿Por qué los protege? ¿Qué es la mamá o
qué?

Raúl, a diferencia del teniente, no solo
veía a prostitutas cargando droga, sino mu-
jeres sin nada más con lo que vivir. No le
ponía atención solo al producto que hacían
algunos cuantos afros, sino a las manos con
la piel destrozada por raspar la hoja de coca.

¿Con qué cara podía llegar a quitarles lo
poco que tenían, aun cuando fuera malo?
Se le apretaba el corazón y los dejaba pasar
como quien no lo ve. El subteniente Vanegas,
de otra opinión, le puso por eso dos apodos:
primero el de “cabrón”, luego el de “madre”.

—Usted tiene que tener mano dura. Usted
no sirve para ser policía. La policía está es
pa’ eso, para mostrar autoridad —le recor-
daba el subteniente Vanegas. Y por ser una
“madre” pasaba a Raúl en todas las forma-
ciones al frente y no lo dejaba ir al pueblo.

—No le pare bolas a Vanegas, usted sí sir-
ve para policía —le decía aparte el teniente
Donato —. Pero tampoco sea tan buena gen-

te, mire que las viejas van y pasan droga de cualquier forma —.

El teniente Donato era uno de los más comprensivos dentro de la base. Prefería el diálogo y era observador, por lo que actuaba con mucha más prudencia y decía que no debía decomisar comida a la gente, porque eso era para problemas. Más tarde él sería quien le salvaría la vida a todo el grupo de Raúl. En un giro algo curioso del destino, el subteniente Vanegas, moriría en ese mismo momento.

La mayoría del tiempo debían estar encerrados en la base o cuando salían, la orden era estar en un grupo muy grande. Raúl no entendía cuál era el sentido de estar allá, que, si bien era una zona cocalera, pues es que ellos ni podían salir, no podían hacer mucho. Todos los días los hostigaba la guerrilla; lanzaban cilindros, bombas... por eso Raúl piensa que la coca no la pueden legalizar, pues para nadie es un secreto y otros policías le comentaban cómo era la situación, que gente del gobierno está involucrada con el negocio de la cocaína y donde eso se acabe pues los grandes duros se van a la quiebra y "ese negocio es de fulano de

tal, no queman eso...eso no se puede tocar" Les decían.

Es que había cultivos o laboratorios que eran hasta de miembros de la fuerza pública y de funcionarios del Estado, o eso era lo que se rumoraba.

Ahí Raúl se preguntaba —¿venimos a acabar con la cocaína o a cuidar el negocio de ellos? ¿cuál de las dos era? —.

En la base se presentaba consumo de drogas ilícitas, principalmente marihuana y cocaína, aunque Raúl no consumía y en general muy pocos auxiliares de la Policía. Mas en el ejército lo hacían en mayor medida, dado que no se veía tanta prohibición. A pesar de ello Raúl no pensaba en nada más que su pensión y su casa, su motivación para estar cada día allí.

Debido a las duras condiciones de la base, todos los compañeros pedían permisos de salida y era muy difícil que se los dieran, es que hasta se presentó que algunos se cortaban, dejaban de comer, querían dejarse morir y algunos hasta intentaron suicidarse, a causa de lo que estaban viviendo, por el

desespero que sentían. Puesto que era mucho el estrés sentido a causa de estar en la guerra y muchas veces tenían que dormir en bunkers o trincheras, llenos de tierra, les tocaba en la maraña, que era puro monte y hasta meses los dejaban ahí, con humedad y frío, al ponerlos como defensa a los constantes hostigamientos, porque la guerrilla quería que se fueran y podían entrar a la base de repente.

A pesar de que la permanencia de estar allá no podía superar los seis meses, los mantuvieron casi un año antes de que empezaran a proponer la posibilidad de trasladarlos. Ya habían pasado el tiempo de prueba y aun no llegaba el grupo de relevo. Ellos se mantuvieron insistiendo hasta que les dejaron ir en orden alfabético mientras llegaba más gente. Raúl, siendo de los últimos, estuvo otros seis meses allí, llevándolo a estar casi un año en el Guaviare. En julio, se fue de permiso y es que el teniente se lo había dicho antes.

—Váyase de permiso, que eso como que se quieren tomar esta base.

Algo ocurrió antes de la salida Raúl, que tal vez propició la toma que haría la guerrilla;

los altos mandos los presionaron para que fueran al pueblo y llevar resultados. Estando en el pueblo la orden era que capturaran, que hicieran algo. Al día siguiente de una de las salidas al pueblo por parte de las fuerzas militares, llegó un hombre, identificándose como comandante de la guerrilla a la puerta de la base, amenazándolos con poner una bomba, en venganza por haber violado a las prostitutas a su cargo.

Se rieron de él y el hombre los llevó "entre ceja y ceja" y en el pasado ya habían circulado panfletos con la amenaza de la toma y nadie se lo tomó en serio.

Raúl tenía permiso de irse por 11 días a la casa. Tenía ansias de volver. Algo lo llamaba a regresar y acabó por devolverse un día antes. No tuvo que haberle pasado el secuestro, ya que justo ese día en que llegó ocurrió todo. Su temprano retorno se vio influenciado por dos motivos; por un lado, volvió a aparecer Lisa en su vida y siguió con la insistencia en que no se fuera a la Policía, pero Raúl no cedió y tuvieron una pelea fuerte, haciendo que no quisiera estar más en casa, por otro lado, dos días antes de salir había soñado que se tomaban la base y que su teniente estaba muerto

y eso lo hizo apresurarse mucho más. Se fue como pudo, hizo maletas y salió. Y es que ni plata para el pasaje tenía y su mamá empeñó un electrodoméstico para poderlo enviar, debido a que nadie le sacaba de su cabeza la decisión de adelantar el viaje. Asimismo, porque tenía miedo de llegar tarde y que lo echaran de la Policía.

—¡Noo! ¿Qué tal me echen? y me quedo sin mi casa, mi pensión...—. Pues Raúl ya tenía como proyecto ser patrullero y no podía poner en riesgo sus sueños. Así, tomó camino y el 2 de agosto de 1998 dejó su casa en Tuluá, a su madre y a la novia Lisa, que por poco no lo deja salir.

Cuando llegó a Villavicencio no había avión y el comandante le ofreció que se quedara, no obstante Raúl tampoco aceptó. Esperó hasta que llegó un avión de carga donde podía irse, sin embargo, el piloto le advirtió sobre los rumores de que se tomarían la base, le insistió en que mejor no se fuera, que eso estaba peligroso. A nada de eso hizo caso, —la amenaza de la toma es un cuento viejo— respondió, y decidió salir, sin ni siquiera imaginar la pesadilla a la que se enfrentaría...

IV

La guerra ya no parecía un juego



10,07-08-98.(2). LOS AGENTES DE POLICIA DE URIBE TIENEN QUE DESCANSAR EN LO QUE FUERON COMEDORES P
HABITACIONES Y CAMAS FUERON INCENDIADAS POR LA GUERRILLA. FOTO JUAN HERRERA/LLANO 7 DIAS

*El miedo a la muerte nos hace iguales, nos
recuerda que somos humanos,
pero al final ¿Quiénes son los que van a la
guerra?*

El 3 de agosto de 1998 inició la toma de Miraflores. Cuatro días antes de la posesión del presidente Pastrana. Raúl aterrizó a las 4:30 p.m. con muchos inconvenientes en el vuelo; debido al daño en una turbina que por poco lleva al avión a un accidente. Parecía que fuera su destino llegar aquel día a la base, o, todo lo contrario, la vida de todas las formas le advertía que debía cambiar sus planes y habría evitado vivir una historia de dolor y angustia como la que padeció a causa de la guerra.

Por orden del teniente, Raúl se va a descansar, puesto que entraba hasta el día siguiente de forma oficial y por ahora solo le quedaba relajarse y esperar. Hasta que sobre las 7:30 p.m. lo levantaron con la alerta de que estaba pesado en la mañana y tenía que estar preparado.

—Pues yo creo que nos vamos a morir, vaya colóquese el arnés, el uniforme y las botas y pida el fusil— le informó Vanegas.

Cuando empezó a hacer la ronda el cabo Zambrano le entregó el fusil a Raúl, porque escucharon que estaban atacando por la mañana, entonces tuvo que salir corriendo a su posición, pero el fusil no tenía balas, ni proveedores.

Los radios tampoco funcionaban bien en ese momento, al ser muy viejos. Ya habían solicitado el cambio y no se dio. Cuando Raúl usó el radio para informar de la situación, le respondió la guerrilla y ahí se dio cuenta que se habían quedado sin comunicación. Los tenían interceptados o habían tomado los radios del equipo. La guerrilla le dijo que si no se entregaban los iban a matar.

Por debajo de los bunkers llegó el teniente Donato, —muchachos no le paren bolas a nada que vamos para adelante. No sabemos nada, solo sabemos que mataron a varios soldados, la guerrilla se va a meter a la base. Eso sí, si ellos entran acá no se vayan a hacer matar que yo respondo por ustedes—.

Envió a Raúl para la parte de abajo de la maraña, aunque como no tenía armamento no pudo hacerlo, no obstante, sí fue a dar una ronda para ver cómo estaba la situación. Por un tiempo la guerrilla no atacó más y ya todos estaban con sueño y hambre. En la ronda un compañero le dijo —“pepón” ¿qué ha escuchado? —, dado que Raúl tenía radio, mas ya estaba descargado, y él sí le expresó que parecía que se iba a entrar la guerrilla a la base. Raúl volvió y se sentó, y de repente, a la 1:00 de la mañana empezó la balacera; caían bombas, unos 20 cilindros y la base explotó, todo quedó en llamas y murieron inmediatamente tres policías. Después volvió a parar el ataque por una hora más. Todos trataban de ayudar y auxiliar a los compañeros, pero no pudieron hacer mucho, sacaron a las personas que habían fallecido, tomaron sus puestos y al instante empezó de nuevo el ataque con cilindros y disparos.

Raúl por fin llegó al lado de la maraña, allí ya pudo tomar un fusil de una persona fallecida y siguió en el combate. Cada media hora enviaban un cilindro mientras estaba amaneciendo, aunque ya podían ver mejor y se avisaban entre los compañeros cuando veían un cilindro acercarse. Raúl estaba junto al

cabo Zambrano y le decía que debía tirarse al piso, abrir la boca y taparse los oídos para aguantar el estallido y protegerse de la metralla. A las 4 de la mañana recibieron apoyo del ejército, quienes llegaron en helicóptero, y algunos aviones fantasmas, pero también murieron. Finalmente, a las 6:00 am ingresaron policías del comando jungla.

Después comenzó el ataque por el lado del pueblo y ellos devolvían algunos disparos, porque desde ahí los estaban atacando. Como no se veía bien lo mejor era no gastar las balas. Los guerrilleros se pusieron camisetitas blancas y sacaron banderas del mismo color, se supone para detener el combate, sin embargo, los disparos no paraban. La guerrilla se refugiaba en los niños, en los ancianos y las mujeres, poniéndolos en riesgo, por eso los militares se quedaron quietos. Hubo alrededor de dos horas de tregua, en la que empezó la búsqueda sobre qué comer, pero nada encontraron. Lo único que algunos hicieron fue tomar su propia orina, así como les habían enseñado que si comían pólvora no les daría miedo.

Pasaron las horas y pensaban que ya todo se había terminado, con la esperanza que al

día siguiente les llegara el relevo, mas a las 11 de la mañana empezó de nuevo el ataque con cilindros y con hachas se metieron por la parte de atrás de la base, rompiendo las paredes. A las 2:00 p.m. entraron en manadas los guerrilleros, no menos de 50. El teniente dio la orden de replegar, que no se hicieran matar. El subteniente Vanegas soportó 3 horas de ataque hasta que murió y los demás compañeros se siguieron replegando.

Fue mucha destrucción, muerte y dolor los vividos. Raúl antes no creía que algo así pudiera pasar, que la guerra pudiera acabar con todo y dejar a un lado lo humano, para acabar con la vida. Compañeros con sus cuerpos destrozados, compañeros sin vida... la guerra ya no era un juego y su sueño de estar en la Policía nunca habría contemplado tanto sufrimiento, porque eso era la guerra y hasta ahora lo entendía en su propio cuerpo y mente. En ese momento Raúl pensó en suicidarse, ya que enfrentar la zozobra no era fácil, el no saber qué ocurriría y fue gracias a que no tenía armamento que no se hizo matar o se suicidó.

Pasaba el tiempo y al ser las 5 de la tarde la guerrilla dejó de atacar, no había po-

sibilidades de seguir un enfrentamiento; sin munición y con fusiles que no funcionaban. La guerrilla pidió que se entregaran, que necesitaban hablar con el teniente —entréguese muchachos que no los queremos matar— fue lo que escuchó Raúl.

El teniente Donato y los cabos Durán y Zambrano hablaron —eso no nos pongamos a pendejear más—. Y ya cuando se replegaron como 32, mojados por el pantano y sin comer, como a las 5:30 p.m. del día siguiente se entregaron. El teniente sacó el pañuelo blanco, destinado para una ocasión así, y pidió que no los atacaran más. Hicieron una especie de pacto y sacaron primero a los heridos, aunque hubo compañeros que siguieron en el ataque, porque no se querían entregar, pero al final lo hicieron, en virtud que la guerrilla decía no querer matarlos, solo querían un negocio, que más adelante entenderían.

—Yo hablé con el Mono Jojoy (el comandante de ese Frente de la Guerrilla) y él se comprometió a respetarnos la vida. Solo nos necesita para un negocio con el gobierno—, el teniente Donato afirmó.

El instante más fuerte fue al entregarse, ya que no sabían qué les podía pasar después, si lo iban a matar.. Raúl ni 18 años tenía y el miedo que sintió fue muy grande.

—¿Yo qué estoy haciendo acá? — Se preguntaba, no era algo tan claro a sus 17 años y al entregarse ya no tenía ningún poder, no sabía el camino que tomarían con él.

Pasaron adelante uno por uno. Se replegaron y llegaron a la salida. Salieron para irse en unas lanchas, les pedían que no vieran a nadie, con pañoletas en los ojos, Raúl trató de observar de reojo y se encontró con guerrilleros muertos, así como muchos de sus compañeros, lo cual lo hacía pensar sobre quién pone los muertos en la guerra, que seguro no son los hijos e hijas de los altos mandos de cada bando. Raúl pensaba que tal vez podían matarlo y esa era la razón de estar vendado. Recordó algunas de sus clases cuando le decían que si estaba vendado debía aumentar sus oídos y escuchar todo lo que pudiera, aunque no tenía idea a dónde los llevaban. En seguida dieron la orden de taparles toda la cara y Raúl sabe que la dio el sacerdote del pueblo, no podía olvidar su voz y estaba seguro que era él. Aunque nunca

había tenido esa sospecha porque nunca les habló algo de la guerrilla. Luego de estar en la lancha, pudo ver Raúl con sus propios ojos que el padre sí pertenecía a la guerrilla y estaba sentado en la misma lancha, ahí estaba con fusil, sombrero y poncho.

Ya rendidos y al haberse entregado, algo sí tenía claro Raúl —el error lo cometió la Policía nacional, el Ejército nacional y el mismo gobierno—, ya que el teniente Donato ya había pedido apoyo y no recibió respuesta, por escrito y por la radio satelital, donde se pedía gente de apoyo a causa de que iban a tomarse la base. Solicitó 50 profesionales y mandaron 15 y solo estuvieron 2 días. —Eso fue negligencia de la Policía y del Ejército—.

Y si ya sabían que la zona era tan peligrosa, debían contar con el personal suficiente. Pero eso era un tema de “no pasa nada”, y como costaba mucho dinero mandar más policías y ejército profesional, pues no lo hacían y tampoco iban a dejar profesionales en esas condiciones; sin agua, energía y comida. Por otro lado, las armas no eran buenas y los resortes no funcionaban, y sabía que el teniente Donato los había solicitado y siempre le respondían que tranquilo, ya les llegan

y nunca llegaron. —Así los altos mandos no hicieron nada, no creían que podría pasar y eso fue insuficiencia de la Policía Nacional, del Ministerio de Defensa y de la presidencia, porque ellos sabían que esa base no estaba reforzada para la cantidad de guerrilleros que tenían en la zona— afirma hoy Raúl.

V

Inicia la pesadilla



35 meses y 23 días que parecían no terminar, entre la esperanza y la angustia. Cada segundo, cada minuto, hora, día, meses y años pasaron lentamente...

Estando en la lancha, fue con carpas negras, como las de los camiones, con las que los tapaban para que nadie los viera. Iban casi ahogados y con mucha hambre, boca arriba para que pudieran respirar, acostados, bien presionados y apilados. Se sentían los golpes uno contra el otro muy fuerte, Raúl solo buscaba la protección de la cara con las manos, era como una ola y cada vez que se movía la canoa se sentía el golpe y a muchos compañeros se les rompía la nariz.

Como la lancha estaba mojada y había estado con la adrenalina tan alta, Raúl no sabía que estaba herido, pensaba que era agua, pero al saberlo no quería que la guerrilla se enterara, porque pensaba que lo podían matar. Inmediatamente les quitaron las ven-

das, un compañero le dice a Raúl que estaba botando sangre —cállese hermano, no diga nada— le pidió Raúl. Y es que no fue él solo con esa situación, iban unos 6 heridos a causa de balas y uno de los compañeros tenía un disparo en un testículo y se aguantó para que la guerrilla no lo supiera —con ese dolor tan impresionante, que cosa tan verraca y hubo otro que le quemaron la cara con puras esquirlas— recuerda Raúl. Supo también que a los heridos los llevaron al centro médico del pueblo y eso no sonaba nada bien, debido a que o los sanaban o los mataban.

Raúl estaba amarrado con el cabo Zambrano, el hermano de Marleny Orjuela, a quien le preguntó —¿mi cabo será que me entrego? — —no, no, no, no, no— le respondió, y como el cabo era un guerrero, que se había entrenado muy bien hasta en Estados Unidos, sabía mucho, con su consejo decidió que no iría a la enfermería. Al enterarse la guerrilla se mostraron muy enojados —¿por qué no dijeron que estaban heridos y ahora aquí no hay enfermería...? —. Más tarde fue una triste noticia saber que no había tomado la mejor decisión, porque los heridos que se quedaron fueron entregados a la Cruz Roja.

Lo que sí pudo fue tener completa seguridad en que la guerrilla ya tenía todo planeado; por dónde los iban a subir, lo que iban a comer, sabían cuántas botas necesitaban, todo estaba preparado. Tanto que la toma se dio cuando el río justo estaba muy crecido y esperaron a que estuviera así para poder salir por ahí con los secuestrados.

Toda la noche viajaron, salieron al anocheecer, a las 8:00 p.m. en la lancha. No dejaba de llover y el río no paraba de crecer. Después llegaron a la selva, pura selva. Al otro día en la mañana les preguntaron cuánto llevaban sin bañarse, —en la base llegamos a estar hasta 15 días— respondieron, entonces les pasaron jabón rey y los dejaron bañar, con la condición de portarse bien y el compromiso de no intentar escapar. Raúl había acabado de llegar y no tenía tanta urgencia del baño, pero había varios que sí llevaban días sin bañarse y hasta pudieron afeitarse con unos cuchillitos que les entregaron. Luego en el campamento les darían la orden de raparse, seguramente para diferenciarlos, porque los guerrilleros no se rapan, solo manejan tijera y se cortan el cabello muy poco.

Aproximadamente a la 1:30 o 2:00 a.m. les dieron arroz con sardina, —y esa sardina no se veía ni en la Policía, lo que es la vida—, pensaba Raúl. Los cambiaron de lancha, ellos creían que esas lanchas eran las del pueblo, ya que un pueblo que es manejado por la guerrilla, así no quieran, les toca volverse sus colaboradores y como escucharon la voz del cura, otras voces se les hicieron familiares, seguro antes las habían oído.

Ese pueblo 25 años después aún es manejado por la guerrilla, ahí permanece una base de policía del ejército y poco han cambiado las cosas, Raúl lo sabe por un sargento activo que se lo contó; aún sigue la guerrilla y las condiciones de los militares han cambiado un poco, ahora hay más respeto, tienen más permisos que antes, pueden hacer llamadas y está más organizada la base, aunque la fuerza pública no puede actuar como autoridad, ni nada.

Horas después llegaron a un semi-campamento en el que se notaba que ellos llevaban mucho tiempo viviendo y al parecer, producían cocaína allí, en medio de la selva. Era un campamento con tres mesas y un caminito

en guadua. La verdad Raúl no podría decir que fuera un laboratorio como tal, al haber muy poca gente. El cabo Zambrano lo sacó de la duda, contándole que eso era un laboratorio disimulado: —Hacen la cocaína y se van, hacen cocaína en un lado y se van moviendo constantemente, sacan sus toneladas y se van—, porque los aviones de las fuerzas militares, si detectaban el calor a causa de estar muchas personas, bombardeaban. Por eso cuando los bombardearon más adelante, no lo vieron como que los quisieran matar, sino que ellos atacaron ya que creían eran cultivos o laboratorios de coca.

En el campamento la guerrilla usaba linternas pequeñas grises de metal de mano, ya que, esas no se oxidaban, aunque muy poco era lo que se veía en la noche. También era que les tenían prohibido mirar hacia los lados y hacia atrás, solo podían hacerlo hacia al frente. De un momento a otro, la guerrilla les decía “silencio, silencio” cuando pasaban los aviones por encima e inmediatamente el comandante entregaba un radio a un guerrillero, quien lo subía al árbol más grande de la zona y al instante dejaban de pasar los aviones; era casi magia, no sabían cómo ocurría eso, pero era claro que esa maniobra

hacía algo que apartaba a los aviones de la zona de inmediato.

El estado de salud no era el mejor y al principio cuando los capturaron había personas con mucha diarrea y vómito, dolor de cabeza, por el ataque y por llevar varios días sin comer. En ese momento los colgaban con la cabeza hacia abajo, para descuajarlos, pero Raúl nunca entendió si era castigo o una estrategia de ellos. Para él era tortura, porque de esta forma colgaban a los marranos y les daba taquicardia. La guerrilla les decía que por las bombas el cuajo se les había volteado y por eso tenían que ponerse colgados cabeza abajo. Así fueron varios días y 10 minutos diarios.

Después al pasar los días conocieron al Mono Jojoy, quien les dirigió algunas palabras— las colgadas son para sanarlos, pero la próxima vez es castigo, al que intentara volarse... y eso no es nada para lo que les va a venir si se quieren escapar—. Amenazas que poca importancia tenían, porque sí estaban hablando sobre cómo hacer para volarse y esa era la meta, aunque tuvieran que morir, —¿Dios qué estoy haciendo mal para merecer esto? — se preguntaba Raúl.

Ese día el Mono Jojoy les habló del intercambio humanitario y les dijo que era un guerrillero por un secuestrado, Raúl sabía que eso no era viable, ya que ellos pedían guerrilleros de alto rango y muy estudiados. Los que lo cuidaban eran los rasos, porque los altos mandos están desde otros lados en oficinas, debido a que en la guerra desde todos los bandos hay muchos que son utilizados, mientras otros solo dan las órdenes.

Estuvieron cinco o seis días en ese “laboratorio” y tomaron de nuevo camino, esta vez no fue en lancha, sino a pie, amarrados con los guindos; de cuello, de los hombros y la espalda. Pasaron largos días sin campamento, paraban, comían, seguían y dormían en el suelo, lo cual era muy difícil por la humedad de la selva. Los guerrilleros les entregaron unos plásticos, sin embargo, a los más grandes no les alcanzaba a cubrir por completo y como llovía todos los días, o se mojaban la cara o se mojaban los pies. Pero esos plásticos eran su vida, con lo único que contaban para la lluvia y no podían perderlos, —Ahora ese plástico es su cama y su salvavidas para taparse del frío— les confirmó la guerrilla.

Durante 8 días la caminata era de 3 a.m. hasta las 9 o 9:30 a.m. del otro día, sin parar, y si les daba ganas de orinar tampoco se detenían y tenían que ver cómo se aguantaban. Como a las 9:30 a.m. hacían un caldo de pescado y les servían en esas cocas de plástico de lavar la ropa, que no eran suficientes para todos, solo como 5 para 37 personas, más los guerrilleros. La opción era rotarlas, comer muy rápido, en segundos, aunque el caldo estuviera caliente y la gente se quemara. Así que la otra opción era cortar un pedazo de camisa y convertirlo en un "plato" para recibir la comida y a veces repartían hojas que eran parecidas a las de plátano, pero era mucho más higiénico que comer en la mano. Raúl tuvo que comer en la tela porque las hojas a veces no alcanzaban, entonces la lavaba, la guardaba y cuando podía la llevaba con él.

La misma comida que se iban a comer se las hacían cargar. A Raúl le tocó llevar una paca de arroz con tres tarros de aceite y caminar 12, 13, 14 a 15 horas sin parar y sin comer. Los primeros días les dieron los maletines, que pesaban 45 o 50 kilos y eso era bastante. Llevaban principalmente comida no perecedera, pues alimentos como fríjo-

les, lentejas y pasta duraban mucho, igual así fueran con gorgojos debían comérsela. Siempre caminaba el grupo a la orilla del río, nunca alejados de él, puesto que por ahí les mandaban las cosas en la lancha, y luego en una parada les llegaba la comida ya hecha algunas veces.

Eso lo mandaba Mono Jojoy y Grannobles.

Las caminatas persistían y hasta por 20 horas no paraban de caminar, sin poder hablar con los compañeros, sin comer nada algunas veces y sin saber para dónde iban, porque ni la misma guerrilla conoce bien la selva y a veces se perdían. La guerrilla era quien ponía la luz de la linterna y si la movían ellos se pegaban con los palos, puesto que era la selva y con todos esos zancudos, ramas, plantas que pican el cuerpo, en el día los esquivaban, pero en la noche no era posible. La persona que iba adelante tenía un machete abriendo camino y medio pegaban el machetazo y quedaban las puntas de los árboles. Algunas veces los guindos quedaban enganchados en las puntas y se enredaban y se caían varios, porque todos iban amarrados y hasta los guerrilleros no se salvaban y

les pegaban en la cabeza a los secuestrados al caer con las armas.

Luego de los 8 días caminando, hicieron un campamento donde se planeaba los iban a dejar unos meses mientras se podía hacer el intercambio humanitario, en donde cambiarían guerrilleros por secuestrados, este era el negocio del que se estaban enterando, pero los guerrilleros les decían que eran prisioneros de guerra, nunca decían que eran secuestrados, por las implicaciones políticas que esto tiene. Ese nuevo campamento lo hicieron muy rápido con guadua en medio de la selva. Donde les tenían juegos; dos parques, un dominó y una cancha y los sacaban a actividades de integración; a hacer flexiones, sentadillas y les entregaron un radio para escuchar las noticias. La comida estaba compuesta por arroz con lentejas o arroz con frijoles, no era buena; eran frijoles con agua, y les echaban las uñas de los pies y de las manos de los guerrilleros, cucarrones, moscas verdes y ellos las sacaban y comían, al ser la decisión de sacarlos o morir de hambre.

Bañarse solo lo lograron una ocasión en un mes y en el campamento tampoco había

espejos, papel higiénico, ni cepillo dental, ni nada, allá no existía nada. Aunque la buena nueva era que en este lugar ya podían convivir todos y hablar. La gente conocía al otro como compañero, pero en el campamento ya se veían diferentes. Este campamento puede decirse que fue el menos horrible, puesto que intentaron organizar todo para que "se sintieran bien".

Aunque las condiciones tampoco eran las mejores; dormían 32 personas en una casa de 10 metros de largo por 4 de ancho, lo cual era demasiado pequeño. En las noches no se podían quitar las botas o el uniforme, era prohibido porque siempre estaban en alerta. Se les metía el agua al campamento y caían ramas que rompían el plástico que los debía proteger del agua.

Cuando salían a caminar iban todos amarrados; un guerrillero y un secuestrado, así sucesivamente, pero en ese campamento no estaban atados de las manos, ni los pies y eso fue lo que les salvaría la vida cuando ocurrió el bombardeo...

VI

El bombardeo



Cuando ocurrió todo tuvieron entre la guerrilla, soldados y policías que darse la mano, ayudarse, porque estaban salvando la vida de todos. Es muy triste ver que la gente consume cocaína y no sabe que otros se están matando por eso...

Era 15 de septiembre de 1998, el día del amor y la amistad, pero este día no fue precisamente de celebración, ya que desde aquella fecha todo empeoró y la muerte estuvo muy cerca de todos.

Por el lugar donde estaban pasaban aviones de las fuerzas militares y Raúl se sigue haciendo la pregunta de por qué si las fuerzas militares sabían que había un grupo grande de personas, no podrían pensar que eran los secuestrados, porque al ser más de 200 personas no podría ser un laboratorio de drogas. La guerrilla les decía que los querían matar por medio de los aviones. Raúl no cree eso, que el ejército o policía quisiera matarlos, sino que ellos no se daban cuenta que ahí estaban los secuestrados. En una

audiencia en Bogotá tiempo después del secuestro Raúl y sus compañeros preguntaron por qué los habían bombardeado y nunca les contestaron. Eso quedó en silencio y pasaron a otras preguntas.

Las fuerzas militares tienen un avión que le llaman “el avión fantasma”, es de artillería y su función es disparar cuando los otros aviones han bajado e identificado el calor de las personas y llega a disparar con calibres 1.50, balas muy grandes que atraviesan lo que sea. Aquel día los aviones empezaron a pasar y se escuchaban unos 8 días antes del bombardeo. La guerrilla seguía sacando las antenas de radios grandes, para que así los aviones perdieran el radar, decían ellos. Y parecía que funcionaba, porque en 3 minutos los aviones ya estaban dando vueltas por otros lados. El día del bombardeo no alcanzaron a sacar los radios y todo comenzó.

—Bombardeo, bombardeo—. Empezaron a gritar, eran aproximadamente las 9:00 a.m. Todos salieron corriendo debido a que podían morir. Amarrados y con tanta desesperación, más de uno cortó al otro mientras corrían; el cuello y los brazos. Uno de los compañeros casi muere por una cortada en el cuello,

al quedarse atascado, pero un guerrillero le ayudó a soltarse, poniendo en riesgo también su vida. La guerrilla se volvió loca; pasaban por encima del armamento y tiraban las armas al suelo. Muchos guerrilleros durante el ataque se botaron al río. Salía mucho humo y no se veía nada, era impresionante. Al caer las bombas miraban para atrás, para arriba... tratando de esquivarlas y ahí Raúl lo único que pensaba era que ojalá no quedará sin alguna parte de su cuerpo, pues de ser así habría preferido morir de una vez.

El gobierno ya estaba enseñado a bombardear a la guerrilla, lo que no estaban era preparados para que sus mismos soldados y policías enfrentaran uno. Raúl solo recordó una instrucción donde le habían dicho que debía taparse los oídos y abrir la boca cuando tiraran bombas, granadas o morteros, correr y observar hacia dónde están tirando los artefactos y estar mirando al avión, nada más. Nunca imaginó que vivir un bombardeo pudiera ser tan angustiante, experimentar tanto miedo no era nada fácil y para eso no hay entrenamiento que valga o que sea suficiente.

Al terminar un bombardeo no queda nada, acaba con los árboles y con todo. Y este es-

cenario tan hostil obligó a la guerrilla, soldados y policías a darse la mano para salvar la vida de todos. Los mismos secuestrados ayudaron a la guerrilla, porque había muchas niñas, que eran inexpertas, de 14, 15, 16 años y les daban la mano para ayudarlas, porque no sabían ni para dónde coger.

—Y uno salvando a un guerrillero después de que lo tienen preso, que injusticia, no tiene lógica, pero somos seres humanos y a uno en la policía le enseñan a salvaguardar la vida, así sea que lo estén atacando— pensaba Raúl. Aunque inmediatamente después del bombardeo todo volvió a la normalidad y cada uno en su bando.

Pasaron aproximadamente 8 minutos, que para todos fue una eternidad, a causa de que no era solo una bomba o dos, cayeron cuatro o cinco. Dejando varios muertos de la guerrilla y 3 desaparecidos. Enseguida de un bombardeo el avión vuelve a pasar para ver cómo quedó todo, pero ellos estaban escondidos entre los árboles más grandes y así estuvieron 15 minutos. La guerrilla empezó a sacar los radios y parece que les funcionó esta vez, y el avión se fue. Todos estaban desplegados, organizados de a 5 o 6 personas, estaban so-

los, y hasta podrían haberse escapado, pero Raúl sentía miedo, temor, angustia, desesperación, porque no sabía qué iba a pasar. En ese momento pasó por su mente y lo compartió con otros compañeros, la idea de escapar, esperar que el avión aterrizara y decirles a los militares que ellos eran los secuestrados de Miraflores. Ante ello uno de los compañeros dio un no rotundo, en virtud que los iban a confundir con la guerrilla, al tener los mismos uniformes que ellos. Por otro lado, cuando las fuerzas militares hacen esos operativos llegan disparando para defender su vida de algún ataque que pueda ocurrir y seguro hubieran muerto en el intento.

Por fin el bombardeo terminó, la guerrilla los llevó de nuevo a la zona donde todo ocurrió y como si fuera una película futurista donde todo se acaba, la naturaleza quedó destruida, todos con la boca abierta estaban al ver el alcance de la guerra hasta sobre el medio ambiente. Nunca se supo cuántas bombas fueron, pero sí lograron observar los hoyos que quedaban en el suelo. También empezaron a ver guerrilleros desmembrados, aunque afortunadamente de los secuestrados ninguno murió, mas sí hubo heridos a causa de las esquirlas.

Piensa Raúl que tratando de bajarle la moral y que les cogieran rabia a las fuerzas militares, la guerrilla les decía:

—¿Si ven? lo que hacen sus fuerzas militares y policiales y eso es mandado por el presidente de la república y por culpa de él casi los matan a ustedes. El gobierno lo que quería era matarlos, ustedes no valen nada para el gobierno, ni para las fuerzas militares —.

Al pasar aquellos sermones los llevaron a un lugar lejos de allí, al que llegaron aproximadamente a la 1:00 p.m. y en una lancha, que parecía más un yate el comandante Mono Jojoy arribó, —yo no quería llegar a los extremos, pero se volaron cuatro, yo tenía todo programado, lastimosamente esos del gobierno me jugaron mal—, expresó el comandante.

El Mono Jojoy estaba muy molesto por el bombardeo, ya que así no le hubiera tocado a él, pensaba en sus compañeros y en los secuestrados, pues ellos eran para la guerrilla un negocio y no querían que les pasara nada, porque tenían un valor inconfundible — los voy a cuidar hasta la muerte y la vida

de los que los están cuidando incluso deben darla por los secuestrados—, afirmó el comandante guerrillero.

Después los sacaron a pie río arriba y estuvieron 5 días caminando día y noche, duraron 3 días sin comer, y la gente empezó a enfermarse; dolor de estómago, cuello y cuerpo. Al rato llegó Grannobles y les informó que las cosas se habían puesto difíciles y estaba la vida de los guerrilleros o la de ellos, pero iban a salvar a los secuestrados y querían que pronto pudiera darse “el negocio” —si el gobierno nos da lo que nosotros pedimos se van mañana, si el gobierno y el presidente de aquí a mañana nos contesta. Yo ya hablé con él—.

Así, si le entregaban los 40 guerrilleros que estaban en la cárcel, ellos saldrían al día siguiente, sin embargo, ese mañana se convirtió en 3 años, porque el gobierno no lo tomó en serio. Raúl no dudó en decirle al guerrillero —eso no creo que se dé, pues los guerrilleros que están pidiendo son de alto rango y tienen condenas muy largas—. Al pasar el tiempo la guerrilla decía que ellos se iban a morir allá, y es que no avanzaba la negociación y era muy triste escuchar aquel

mensaje. El teniente de la policía les decía que tenían que echarse la bendición y pedir a Dios, debido a que de ahí no creían que salieran, a menos que se diera el intercambio.

Raúl supo que de ahí en adelante iban a estar como el caminante; de arriba para abajo, y así pasaron los días; horas en lancha, otras caminando, los dejaban en un sitio de 15 a 20 días y paraban a descansar. Lo que buscaba con eso la guerrilla era que no los volvieran a bombardear. Mientras caminaban iban pelando los árboles con una cuchara, hasta darse cuenta que constantemente daban la misma ronda, porque a la selva no la entiende nadie y todo se ve igual. Los hacían creer que estaban salvaguardados, y eso era una mentira, estaban en los mismos lados.

Estuvieron un largo periodo entre caminatas y lanchas, no paraba de llover y casi siempre estaban mojados y con poca comida. Pasaban los días y las semanas, y ya acercándose a los 6 meses de estar allí, le preguntaban a la guerrilla sobre cuándo iban a salir, —¿por qué mejor no me matan, nos matan a todos?, porque ya no quiero vivir así— les decía Raúl, ellos solo respondían que no lo

podían matar y que tenían que salvaguardar la vidas de los secuestrados, a menos que se volaran. Lo cual no se podía ni pensar por la mayoría, al estar todos amarrados. Raúl sí tuvo en su cabeza la idea de quitarle un arma a la guerrilla, pero si lo mataban a él, podrían matar a muchos y eso no lo quería.

Al pasar esos 6 meses de secuestro la guerrilla empezó a hacer otro campamento, con la diferencia que para este debían trabajar en su construcción los mismos secuestrados. Empezaron a cavar unos huecos de 1.80 a 2 metros, muy grandes, lo que les hizo pensar que los iban a matar y enterrarlos allí mismo. Ellos no sabían para qué eran esos huecos, les daban una pala, los amarraban el uno al otro y tenían que cavar. Después vieron que eran trincheras, las cuales tenían el fin de protegerlos y poder esconderse cuando pasaran los aviones. Se tapaban con palos y por encima le ponían maleza, con el fin de aislar la detección de calor humano y con ello los aviones no podrían rastrearlos.

Luego tumbaban el campamento y se iban, en un día y lo dejaban. Eso no era comprensible para Raúl, ese esfuerzo e irse prontamente. Estuvieron en esta dinámica durante

un año, cambiando de campamento cada 8 o 15 días. Caminando, hasta por un mes podía ser. Los aviones siguieron pasando durante todo ese lapso, pero no entendían por qué no los volvieron a bombardear, nunca les explicaron qué pasó.

En uno de tantos campamentos consiguieron motobombas y mangueras grandes para sacar el agua del río y construyeron una especie de pecera. Ese campamento era muy pequeño para 60 personas y dormían los unos sobre los otros. Allí estuvieron aproximadamente otros 6 meses, sin moverse, con la gran novedad del ingreso de madres de los secuestrados, que como respuesta a la presión y acción comunitaria lograron llevar cartas y diferentes objetos al campamento. Raúl recibía cartas de su mamá, de los primos y del papá de vez en cuando, no podían hablar mucha cosa; de cómo vivían y tampoco de temas políticos y si trataban de escribir sobre lo que no estaba permitido, las quemaban y las botaban, porque todo era leído antes por la guerrilla, los que sabían leer, porque algunos ni sabían. Saber de sus familias y tener un poco de esperanza fue todo gracias a doña Marleny Orjuela y Amparo Rico, familiares de otros secuestrados.

Ellas eran las voceras de los policías y soldados, tenían ese “don” de poder entrar a la selva, eran muchas horas en barcos y en canoas, cogían el río arriba y podían demorarse hasta tres días en llegar hasta donde estaban ellos. Solo podían llevar cartas en un principio y después entraron otras cosas.

Eso sí, cuando iban a entrar las madres los dejaban bañarse y afeitarse, hasta les daban cepillo y crema dental, una bendición, puesto que cepillo y crema, eso no se veía por allá, hasta les daban cuchara para comer y como las mamás entraban cada 3 meses los secuestrados ya sabían que, si les permitían todo eso, era porque iban a entrar al campamento prontamente. También cuando faltaban algunos días para la llegada de las mujeres, les daban mucho más de comer y hasta les decían que si querían repetir. Seguro pensaban que iban a engordarlos en una semana.

La primera carta fue como decir “estoy vivo”, Raúl sintió gratitud, fue una bendición, ya que no es lo mismo compartir con compañeros que con la familia, a pesar de que trataban de llevarse como una, la familia es una cosa y la amistad es otra, —sí existe una

gratitud, como una bendición, saber que uno estaba vivo y que podía enviarle cartas a las familias, por lo menos ya creíamos que no nos iban a matar, pues sabían de nosotros, entre los compañeros decíamos eso, y pensábamos, vamos por buen camino, solo que ese buen camino duró unos largos años—, pensaba Raúl.

Estando en el cautiverio empezaron a llegar los radios, Raúl no recibió radio, pero le llegó un cassette. Cambiaba los cigarrillos o la comida por escuchar una hora de música o intercambiaba dos o tres paquetes por usar la radio toda la noche para escuchar la musiquita y también el programa “la voz del secuestro”, de Herbin Hoyos, donde les dejaban mensajes a los secuestrados. Eso les sirvió demasiado, porque escuchaban a las mamás y a todos los que quisieran dejar mensajes. A Raúl lo llamó su novia Lisa en dos oportunidades. Ese programa era por solo un corto tiempo y ya después el gobierno empezó a extenderlo a 3 horas diarias, iniciaba a las 4:00 de la mañana como hasta las 7:00 de la mañana.

Todos querían escuchar la radio y cuando el dueño no la prestaba se molestaban y

hasta lo partían o se lo robaban. Pero es que en medio de tanto silencio y soledad la radio era una esperanza, era poder escuchar a sus seres queridos, lo era todo, era su compañía. Y es que hasta tener que lavarle los calzoncillos al otro o la cobija a cambio de poder escuchar se presentaba. Proponía el dueño del radio —me lavan toda la semana los calzoncillos o la ropa y les presto el radio —.

Cada sábado les daban dos paquetes de cigarrillos y era todo un placer para ellos, era lo único que podía satisfacerlos en cuerpo y mente. Los cigarrillos eran igualmente “una moneda” para el intercambio, debido a que solo fumaban como 20 personas. Raúl pidió unos colores con las visitas de las representantes de las familias, entonces, ahí le fue bien, porque sabía dibujar y le daban cinco cigarrillos a cambio de dibujos para los hermanos o para la familia, así mismo, cambiaba sus obras por comida.

Raúl también dibujaba para su familia y en una ocasión realizó un dibujo muy grande para la mamá, que desde hace 20 años tiene guardado con mucha nostalgia y recuerdo de aquella época. Los colores se convirtieron en otro gran compañero, como lo era la radio,

todo gracias a las cosas que podían ingresar las familiares.

Mucho hay que agradecer a las señoras Marleny Orjuela y Luz Amparo. Ellas tocaron muchas puertas, y Derechos Humanos y otros países pusieron su atención en lo que estaba pasando en Colombia y eso sirvió de presión para el presidente Pastrana. Porque aquí no solo sufre el secuestrado, no, sufre la familia y mucho más. La mamá de Raúl pasó por muy malos momentos —la víctima no soy solo yo, es además mi mamá, mi papá y todos los que sufrieron de cerca el no saber qué pasaría conmigo—, la angustia fue desde el principio de lo ocurrido, al no saber dónde estaba su hijo.

Cuando la mamá de Raúl, Fanny Valencia, no volvió a escuchar noticias de su hijo y se supo de la toma, viajó a Cali con las familias de otros dos compañeros que igualmente estaban desaparecidos, pero allá la Policía tampoco sabía nada, entonces recogieron el dinero como pudieron y viajaron Bogotá a verificar si sus hijos aparecían en el listado de secuestrados, y tampoco. La Policía le decía a Fanny que esperara, que esperara, que en menos de lo esperado mandaban el lista-

do de los que habían capturado y los asesinados. Salió el listado y ni él, ni sus compañeros estaban allí. La madre de Raúl se vio obligada a ir al psicólogo, al psiquiatra, tuvo que tomar medicamentos. Estaba tan desesperada que se golpeaba contra las paredes, salía corriendo a buscarlo, pensaba que estaba muerto.

La señora Fanny se enteró hasta un mes después de la toma, que Raúl estaba secuestrado, por medio de un nuevo listado y esto para ella fue como volver a nacer —qué bendición—, pues en medio del dolor de saber que su hijo estaba secuestrado, era mejor a que estuviera muerto o desaparecido, que es la mayor agonía. Raúl se ha hecho la pregunta de por qué a él, habiendo tantos militares, por qué a él, por qué alguien tiene que soportar la guerra. Así hayan pasado ya 20 años, siguen los recuerdos, pero estar vivo contándolo, eso también es inexplicable, porque de muchos ni los cuerpos fueron devueltos...

VII

Convivir y
resistir



*La guerra nos quita la humanidad, la cultura y nos entrega a la naturaleza
¿Qué tan humanos seguimos siendo frente a la guerra?*

La convivencia era muy difícil en el secuestro. Todos estaban amarrados y las peleas se formaban principalmente cuando iban a comer, aunque para nada sabía bien y era cocinada con agua del río, que estaba contaminado al pasar por ahí la droga, la cocaína. Así la comida no era la mejor, los compañeros se daban varios golpes cuando hacían la fila, porque unos se pasaban y amarrados de a dos, todos querían de primeras, ya que los primeros recibían más ración y a los últimos ya no les alcanzaba. Los guerrilleros a cargo no sabían repartir la comida y se formaba un caos. A Raúl le sucedió varias veces que se quedaba sin comer puesto que él no peleaba, comía si sobraba y si no dejaba a su estómago aguantar.

Luego el problema era la dormida, los dejaban dormir poco, ya que podrían tener que

despertarse repentinamente. Debían usar los plásticos que les habían dado, que les servían para tirarse al piso y entre los mismos secuestrados se las robaban, y es que eran todo un tesoro para soportar la humedad. Seguían en campamentos que podían durar 1, 2 o 3 meses y la convivencia consistía en saber vivir. Otro de los temas más complejos eran los relacionados con las personas homosexuales, que se presentó unos 6 o 7 meses después de estar en secuestro. En el cautiverio empezaron las manifestaciones de afecto de parejas del mismo sexo. El grupo de Raúl en el secuestro en ese momento se conformaba de 32 policías y alrededor de 8 o 9 eran homosexuales.

Al comienzo, cuando estaban secuestrados y con solo el grupo de policías, los atendían las guerrilleras, entregaban la comida y al desayuno eran quienes fritaban "las cancharinas", y los secuestrados no perdían oportunidad para decirles cosas y hacerles propuestas. En una ocasión uno de los compañeros de Raúl tuvo relaciones amorosas con una guerrillera y el comandante "Chumichama", también conocido como el Indio, se enteró y los castigaron a todos, es que preciso se metió con la mujer del comandante.

Los castigos solían ser generales para todos, no eran individuales, para que todo el mundo se comportara de cierta forma. Desde esa oportunidad las guerrilleras tuvieron prohibido tener algún contacto con los secuestrados y así el trato diario era solo con hombres.

Los deseos sexuales no paraban, aunque estuvieran en encierro, al contrario, parecía que iban en aumento. La masturbación era otra alternativa para saciar su deseo. Tenían sueños eróticos y se quitaban las medias y se satisfacían, no era un tema ya del espacio privado, es que nada lo era al estar en cautiverio. Se recochaban entre ellos mismos al saber que se masturbaban y usaban las medias y no les daba pena entre ellos porque era una realidad.

A Raúl lo abordaban muchas personas homosexuales y le pedían tener relaciones íntimas, pero con respeto les decía que a él le gustaban las mujeres. Lo buscaron como 5 hombres; dos del ejército y tres de la policía. Lo acosaban demasiado, a tal punto de que no se podía acercar a ellos pues ya no querían hablar de otro tema que no fuera de temas sexuales. Estaban hablando de la familia, porque en eso se ocupaban, ya que no

tenían los juegos de mesa, debido a que con el bombardeo los perdieron, y sin esperarlo empezaban a acosarlo. Hasta después del secuestro fue muy duro para Raúl enterarse que un amigo con el que estuvo secuestrado estaba enamorado de él, se sintió traicionado, puesto que nunca se lo había contado, hasta que se emborrachó y lo confesó todo a él y a su esposa. A pesar del enojo que Raúl sintió, permitió que siguieran siendo amigos, porque él respeta la forma en la que deseen llevar su vida.

En el secuestro la situación que se vivía era cada vez peor en la convivencia y cuando llevaban más de un año así, hasta pedir un cigarrillo, preguntar si habían almorzado o hablar sobre cualquier cosa podía generar una mala respuesta o activar el mal genio y hasta golpes, porque estaban muy sensibles. —Ya nos estamos enloqueciendo acá— pensaba Raúl.

Algo bueno ocurrió en medio de tanto conflicto y es que por un tiempo los desamarraron, y ya la zona estaba toda militarizada, aunque no les permitían moverse mucho y los guerrilleros escuchaban sobre lo que ellos hablaban.

A Raúl le gustaba hacer dibujos en la tierra y no faltaba el que pasaba con las botas y los borraba. Muchos buscaban problemáticas para desahogar la rabia que sentían por el secuestro. Raúl no era de las personas que peleaban, pero en una oportunidad tuvo un problema con un compañero, quien le pidió que tuvieran relaciones sexuales, debió a que él desde niño era homosexual y todo lo hacía en secreto. Raúl se movió a otra parte, sin embargo, las propuestas no pararon, lo cual le generó mucha ira, estaba saturado con el tema de los homosexuales. Es que no podía sentarse en el comedor y resultaba la misma situación; con propuestas de sus compañeros a que tuvieran relaciones sexuales; le ofrecían comida, jabón rey para bañarse, cigarrillos y el préstamo del radio por una noche, así era una manipulación constante con el sexo, y como consecuencia de todo eso, ese día le dio varios golpes a aquel compañero. Raúl se salió de control y sus compañeros le decían —viejo Raúl usted no es de problemas—. Afortunadamente en esa oportunidad no lo castigaron enterrándolo por lo que hizo, no sabe si porque él se portaba bien, pero sí lo dejaron 8 días sin bañarse.

Cada cosa se convertía en una moneda de intercambio y cuando dejaban entrar el papel higiénico buscaban negociarlo, pasaba lo mismo con los cepillos de dientes, la crema, lociones, con todo. Pidiendo favores sexuales a cambio de ellos. Se intercambiaban cigarrillos por objetos como crema de dientes, crema de manos, ya que se les reseca mucho la piel por la humedad. Algunas de esas cosas las llevaban las mamás y otras las entregaba la guerrilla, eso sí, era muy poco; un rollo de papel higiénico para todo un mes.

Raúl por todo esto pidió hablar con el Mono Jojoy para quejarse por lo que estaba pasando y él solo respondió que tenían que aprender a convivir todos y que en la guerrilla también había homosexuales y debían respetarse. Aunque eso era diferente, ellos estaban secuestrados y dormían casi uno encima del otro y no podían tomar distancia. Era tal el acoso entre los compañeros que hasta al recibir un papita o un huevo, que eran unos manjares en su situación, ya eran excusa para que los compañeros hicieran propuestas sexuales a cambio de la comida. Los compañeros que tenían prácticas homosexuales no fumaban mucho para guardar los cigarrillos y poder ofrecerlos a cambio de

sexo. Por todo lo que ocurría era vivir una guerra con los mismos compañeros.

Durante el cautiverio uno de los soldados se dejó crecer el cabello, la ropa la modificó y buscó verse como una mujer, hasta este caso lo grabó "Pirry", contando lo que había sucedido, pues después del secuestro realizó su tránsito físico a mujer, por medio de cirugías plásticas. Raúl dice que en el secuestro vivieron el cambio que tuvo el compañero, a quien le decían "la baby". Por esto asimismo se generaban peleas, porque existía una relación de él con otro secuestrado y nadie lo podía mirar. El compañero se llamaba Ciro Velasco y se convirtió en Sandra. Él habla que durante el secuestro fue violado y ultrajado y en este momento está pensionado por el Ejército.

En medio de tantas peleas y una dura convivencia, durante el secuestro se hicieron diferentes grupos, a razón de las zonas de origen o diferentes afinidades. Raúl por su lado fue muy cercano con Sarasti, quien era su compañero más cercano e igualmente con Romero Rico, hijo de Luz Amparo Rico, aunque Raúl principalmente compartía con Sarasti, a quien lo consideraba como su her-

mano, quien incluso fue el padrino de confirmación cuando estaba en la Policía, antes del secuestro. En el cautiverio pelearon algunas veces por bobadas, pero nada grave, lo que sí hacían era ayudarse y cuidarse mutuamente. Sarasti estando secuestrado se enfermó de una parálisis de la cadera hacia abajo, la guerrilla decía que era por el frío, lo cual era muy probable, allá había mucha humedad. Para ayudarlo y evitar que lo dejaran, Raúl lo llevaba al hombro, hasta para pasar el río, ya que la guerrilla decía que ellos no lo iban a cargar y si se moría ahí lo dejaban, nadie lo iba a llevar.

Entonces Raúl llevaba en su espalda a Sarasti por muchas horas cuando tenían que caminar y otro compañero le llevaba el maletín, todo esto fue por toda una semana. Todos al final se ayudaban, a pesar de tantas peleas entre los secuestrados, el día que alguien se enfermaba así hubieran peleado antes, fuera policía o soldado, se ayudaban y se cargaban entre sí—a la hora del té todos nos ayudábamos— y es que los compañeros se enfermaron de muchas cosas; como paludismo, insuficiencia renal, y por el tema de la homosexualidad también, porque no contaban con condones. Raúl no se libró de las

enfermedades, se curó no sabe de qué forma de su herida, aunque durante el secuestro le dio 4 veces paludismo y “pito”, generado por una mosca que los pica y hace un hueco grande en la piel.

Si se enfermaban no había médicos capacitados, solo había un enfermero y ese enfermero era un guerrillero formado en una semana. Al pasar el tiempo les aplicaron vacunas y eso ayudó mucho, al ya no darles ni fiebre amarilla, ni paludismo, que era muy fuerte; ocasionaba diarrea, no podían comer, tenían fuertes dolores de cabeza, entre otros síntomas y hasta muchas personas a la vez se enfermaban de lo mismo, se desmayaban y solían durar así una semana. Lo que más rabia le daba a Raúl era que les dijeran —pórtense bien muchachos, que si ustedes se portan bien nosotros les estamos dando, aunque sea arroz con espaguetis—, era muy duro aguantar lo que estaban viviendo y no se trataba de portarse bien y menos tendrían algo que agradecer a sus captores.

Asimismo, los guerrilleros se enfermaban mucho como ellos; les daba pito, fiebre amarilla, hepatitis y paludismo. Todos se enfermaban por comer mal; solo con agua lente-

jas, agua fríjoles y fideos sin nada más, pues no había defensas contra las enfermedades. Y en medio de tantas enfermedades solo Raúl pensaba —¿cuándo iré a salir? ¿Cuándo saldremos de aquí? ¿Hasta qué día voy a vivir? — compartía sus pensamientos y le preguntaba a su amigo Sarasti —¿será que uno no puede decidir hasta cuándo vivir? — Porque va alguien se suicida y queda mal y no se muere, por eso no se puede decidir cuándo morir.

La convivencia y el estado de salud fueron muy duros. Acompañados del miedo de otro bombardeo o del ingreso repentino que pudiera hacer el ejército para rescatarlos. Aunque en algunos momentos pensaban que, si se iban a meter, que se metieran, así tuvieran que morir, pero acabaría su pesadilla. Aunque era más la adrenalina que los llevaba a pensar en eso, no tenía sentido, querían seguir vivos y la posibilidad de que salieran muertos era más alta en caso de que el ejército los encontrara, debido a que la guerrilla no iba a dejar que los rescataran. El soñar en medio del cautiverio era constante y la esperanza en que todo terminara hacía volar la imaginación.

Aunque no todo se quedaba en los sueños y se dio un intento de fuga durante el secuestro. Todo ocurrió por medio de unos huecos en la tierra, que fueron descubiertos por la guerrilla antes de lograr su plan de escape. Pensaban salir en la noche, porque lo único que hacía la guerrilla a esas horas del día era mover un foco por parte de una persona de seguridad. No se sabe cómo los descubrieron; si escucharon a alguien o si uno de los compañeros desistió por el miedo a morir, puesto que si uno se volaba los matarían a todos, les decía la guerrilla. Entonces muchos compañeros pedían a los secuestrados que estaban en el plan que mejor no se fueran, que no lo hicieran.

Y así terminó la oportunidad de salvarse de lo que vendría, que sería aún peor que todo lo anterior...

VIII

La jaula



Fui violado sentimental y psicológicamente en mis derechos, por algo que no me he comido, porque yo no tenía ni 18 años cuando caí secuestrado, porque yo cumplí los 18 años fue en el secuestro...

Después del intento de escape y que otros 12 patrulleros y un mayor de otra toma sí lograran escaparse, empieza la etapa más difícil durante el secuestro, llamada por Raúl "la jaula". El alambre de púas, la electricidad que tenía en las noches y el pequeño tamaño de 6 metros de fondo por 5 de frente no podría simular otra cosa que una jaula en la que encierran a los animales, para ser más exactos era muy cercana a una jaula de pollos, esas de cuadritos pequeños. Allí estuvieron 10 meses o un año.

En este nuevo lugar ya estaban compartiendo el mismo sitio con algunos soldados, pero las cosas empeoraron, era poco el espacio y algunos problemas se incrementaron.

La convivencia a causa de todo esto también fue más compleja y el tema de la sexualidad que se venía presentando fue más fuerte que antes. En ese encierro aumentaron las prácticas homosexuales o tal vez no se incrementaron, solo se hicieron aún más visibles. Se presentaban peleas por diferentes comentarios que se hacían, por sonidos que se escuchaban... sin poder hacer mucho para no tener que soportar la intimidad de unos y otros, ahora pública, porque ya no podía ser precisamente tan íntima. Todo esto generaba más peleas, que se daban por el encierro; por esos tarros, esos olores, esos deseos de la sexualidad que no se agotan, ya que a pesar de estar allí no paraban de sentir.

Había un tanque de madera con una motobomba en este campamento y como todo estaba rodeado por un alambre de púas, por la noche se escuchaba que prendían la planta de energía, por esta razón el que tocara el alambre podría electrocutarse y no había ninguna posibilidad de escapar. Hicieron algo así como unos camarotes para dormir, pero se presentaban problemas con los de arriba que se bajaban y se llevaban el toldillo y lo dañaban, lo que hacía nada fácil el poder dormir.

El momento de bañarse igual tenía sus dificultades. Había unas horas específicas para asearse y siempre alguien quería más agua y se metía al tanque, y eso generaba problemas ya que el plástico se dañaba y luego la guerrilla los castigaba quitándoles el baño o el uso del agua para otras tareas. Los secuestrados solo tenían dos mudas de ropa; el uniforme de la policía y otro uniforme que les había dado la guerrilla, entonces le tocaba a cada quien ver cómo los lavaban y los ponían a secar, porque todos los días llovía.

Constantemente no los dejaban salir a hacer sus necesidades, obligándolos a orinar y defecar en ese mismo encierro, pero ya nada se respetaba y lo hacían donde querían—eso era un caos, era impresionante y a nadie le importaba nada, no les importaba ese respeto por los demás. Así que lo único que les quedaba era taparse la cara—, recuerda Raúl.

Y es que se volvió una forma de castigo por parte de la guerrilla cuando no cumplían con alguna norma o porque dentro de la jaula empezaban a reírse y a pelear entre ellos por temas de la homosexualidad. Como castigo no les dejaban desocupar los tarros con

los desechos y debían aguantar ese olor todo el tiempo hasta que la guerrilla quisiera ir a botarlos.

Una de las cosas más detestables era comer en el encierro de la jaula, por el olor a cigarrillo y el de sus propios desechos. Algunos se negaban a comer allí, pero no había mucho qué hacer, y sí que era duro, era vivir días y semanas con esos olores. También a los mismos secuestrados les tocaba turnarse para sacar los baldes con los desechos y enterrarlos afuera. Algunos de ellos se negaban a hacerlo, y se formaban nuevas peleas y venían los golpes. Raúl sabía que sacar los desechos era por el bien de la sanidad de todos y se ofrecía a hacerlo, pero si la guerrilla se daba cuenta que ya había ido antes, no permitían que fuera nuevamente y ahí les tocaba ofrecerles cigarrillos para que sacaran los desechos quienes aún no lo hacían.

—Allá se vivía el infierno— y el único aliciente era salir al tanque, no importaba si llovía, mojarse afuera era maravilloso.

Así, todo fue peor con la jaula, para dormir estaban muy cerca el uno del otro y los olores corporales eran muy fuertes y al estar

tan cerca se prestaba para que compañeros homosexuales les hicieran propuestas o trataran de tener relaciones sexuales con ellos, entonces los grupos servían para cuidarse y no podían faltar las peleas constantes por esta razón. Hasta el punto que la guerrilla hacía tiros al aire para que dejaran de pelear. El desenlace dependía de los guerrilleros a cargo, porque algunos permitían las peleas y no les importaba si se podían matar.

Por estas peleas los castigos no se hacían esperar, como el de no bañarse. El castigo era para todos y nadie contaba la razón de la disputa, al ser un tema tabú, y nadie hablaba de la homosexualidad. Raúl no fue abusado sexualmente, aunque sabe que otros compañeros sí vivieron abusos sexuales durante el secuestro. Hasta en una ocasión a uno de sus compañeros cercanos le ocurrió que otros secuestrados abusaron de él. Raúl no se dio cuenta, a pesar de que estaba cerca, y esto hizo que por un periodo aquel compañero estuviera molesto con él, pero Raúl no lo supo cuando ocurrió o sino lo habría ayudado, porque es que a él de igual forma intentaron cogerlo a la brava, pero logró defenderse, mientras que su compañero no pudo hacer nada para evitarlo.

Y si se daban peleas entre los compañeros, pues con la guerrilla tampoco se hacían esperar, se presentaban desencuentros porque no les permitían botar las colillas de los cigarrillos en cualquier lugar y si lo hacían entraban en discusiones los secuestrados y la guerrilla, había problemas por la comida; seguían echándole uñas y ahí pensaba Raúl que quién sabe qué más cosas habrían comido en el cautiverio. Algunas veces no había comida y otras comían culebra, chigüiro o lo que hubiera. Varios no comían y la guerrilla solo decía que, si no querían comer, pues que lo hicieran. Allá no había medicamentos y no les iban a ayudar si estaban enfermos por esta razón. Raúl se aburría y dejaba de comer dos o tres días, y al cuarto día lo volvía a hacer.

Algunas veces hablaban con los guerrilleros, quienes les contaban que ellos igualmente estaban aburridos y solo esperaban que los entregaran rápido para poder irse, porque prácticamente estaban viviendo el mismo secuestro, al no poder irse de allí. Hablar con ellos posteriormente se los prohibieron y no podían pasarles cigarrillos y menos hablar. Se podrían hacer amigos y ellos no eran amigos, eran prisioneros de guerra, según los altos mandos guerrilleros. Para

evitar que se hablaran guerrilleros y secuestrados la comida la empezaron a distribuir los mismos secuestrados, pero se peleaban por ser los que la repartían, al poder corresponderles una porción más grande. Algunos no comían y lo que quedaba lo cogían.

En la rutina en esa temporada de cautiverio los dejaban salir a las 5 de la mañana y les cerraban la puerta a las 5 de la tarde. A primera hora de la mañana les daban el desayuno, pero nadie podía irse hacia el tanque. La mayoría de veces los formaban para contarlos y así verificar que estuvieran todos completos, hasta en algunas oportunidades los hacían quitar toda la ropa, Raúl no entendía la razón de esa práctica, ya que ellos no tenían ninguna arma y hasta las cucharas las contaban y las tenían que entregar sin ninguna excepción, para evitar las peleas. Además, les entregaban una botella de 2 litros y ahí mantenían agua para lavarse los dientes y la cara en la mañana, antes de tomar el desayuno, porque al tanque no se podían acercar sin autorización.

La depresión no se hizo esperar y es que todo era rutinario; las cartas eran iguales, la información era la misma y comenzaban a

sospechar que tal vez no hablaban en realidad con las familias, al siempre decir lo mismo. A menos que les llegaran fotos de las mamás con las señoras Marleny y Luz Amparo, ahí sí creían.

A Raúl nunca le mostraron una foto así con su madre, solo les decían que todo iba bien, pero la situación iba igual, y eso desmotivaba y generaba depresión. Preguntaban cómo iba lo de la liberación y recibían como respuesta —bien, bien, todo va bien—. Raúl un día sí le preguntó a la señora Marleny y a Amparo Rico directamente, —Dígame la verdad, ¿vamos a salir o no vamos a salir? — La respuesta recibida fue que estaba muy duro, que era una lucha fuerte, aunque tenían fe en que iban a salir. Entonces eso ya alentó a Raúl, pero cuando las mujeres se iban quedaban muy deprimidos, debido a que no sabían cuánto tendrían que estar allí y era triste saber que se iban y no podían hacer nada.

Fue mucho tiempo el que pasó en la jaula, — ¿cuándo me muero?, ¿Cuándo me liberarán?

— pensaba Raúl, porque cuando llevaba tres o seis meses tenía esperanza, pero

cuando pasaban años parecía que nunca lo iban a liberar. El día a día era muy repetitivo, no cambiaban las cosas y estar hasta 5 meses sin cortarse el cabello o afeitarse, días sin comer, ya no valía nada. Bañarse era una felicidad, que solo duraba algunos minutos y todo volvía a ser lo mismo. Recordaban que no tenían libertad, y nada los llenaba. Raúl sentía mucha tristeza y desesperación, si hubiera tenido la forma de matarse lo habría hecho, pero no había cómo y no los dejaban tener lazos, correas o cualquier elemento con el que pudieran quitarse la vida. Ni siquiera sabían que día era, si era lunes o domingo, porque todos los días eran iguales. Ya cuando les dejaron usar radios podían saber qué día era y se sorprendían del tiempo cómo pasaba.

En medio de los momentos difíciles lo alegraba cuando podía comer mejor, ya que ni en la base se veía eso, era rara la vez que podía comer bien. Cuando le daban lentejitas, frijolititos, un sudado, eso lo alegraba. Se reían por diferentes cosas, como que uno de los comandantes se parecía al cantante Pastor López, lo cual no era nada gracioso para la guerrilla y ya cuando les ponían castigos se acababa la risa y llegaba la tristeza.

Entonces al otro día la guerrilla les decía que iban a hacer grupos más pequeños, pero ahí se asustaban, y si así se aburrían, si eran menos sería peor.

Durante el cautiverio Raúl veía que la guerrilla celebraba muchas fechas y la música de Pastor López no podía faltar, lo cual lo hacía recordar más que el comandante era muy parecido al artista. Pensaba mucho en su novia Lisa, en su madre y su padre, en sus amadas tías, el tío Fabio, y en el tío Evelio. Los pensaba y le daba tristeza no saber si se iba morir, si los iba a volver a ver. El dejar de ver a los primos y con los amigos que se crió le dolía y sentía tristeza también al no saber qué día iba a salir. Era como un túnel vacío, en el que iba caminando, sin encontrar una pared que parara la pesadilla.

Cada que se enrumbaba la guerrilla ponían esa música a muy alto volumen, y ahí era que entraba más la angustia, porque empezaba a recordar; cuando la mamá tomaba, cuando se sentaba con su papá... y las ansias de salir a la libertad se hacían más grandes...

IX

¿La libertad?



*Firmes por la patria, nos entregaron
gracias a ustedes, por fin se pudo
dar el intercambio humanitario*

Pasaron unos 11 meses sin volver a ver a las señoras Marleny y Luz Amparo, parecía que algo raro estaba ocurriendo y las dudas los asaltaban, hasta que Raúl decidió preguntar al comandante, —no han dado la orden, creo que sí los van a liberar, eso va bien, porque yo estoy harto con ustedes, esa peleadera, además yo quiero salir de toda esta mierda, yo soy un hombre combate y estoy acostumbrado a estar libre— respondió aquel hombre.

Desde ese día pasó un mes aproximadamente, hasta que fueron reunidos todos con los comandantes para informarles que se iban para otra zona —¿qué va a pasar? — preguntaron al comandante de la guerrilla, ante lo cual les respondió que si salía el negocio los iban a liberar.

Las mamás no volvieron a entrar, pero sí les llegaron las cartas de las familias. No tenían certeza de nada y las condiciones empezaron a cambiar y pasaron a un nuevo campamento, muy parecido al anterior, era más grande y para llegar allí estuvieron caminando y viajando en lancha por largo tiempo. En este nuevo lugar contaron con un espacio para que hicieran flexiones, sentadillas y barras, entonces no entendían por qué ese cambio, si antes no los dejaban hacer nada de eso, con la excusa de que se podían lesionar. También les permitieron afeitarse y cortarse el cabello.

La comida en estos meses mejoró mucho más y hasta entró papa, yuca, frutas, y huevos. Los fríjoles ya no eran solo agua y hasta hubo sancocho de pollo, parecía increíble. Raúl cree que los querían engordar, porque esas comidas no las habían recibido antes y hasta su estómago se acostumbró a no comer así.

Y llegó el día, les dijeron que alistaran todo, todo lo que tenían, se iban a otro lugar—nos vamos, nos vamos— y Raúl preguntó si llevaban la comida, puesto que cuando cambiaban de lugar les tocaba cargar todo,

pero esta vez la respuesta fue una negativa. El llamado se dio a las 4 de la mañana, los metieron en una lancha y los comandantes iban en otra. Por orden de la guerrilla se saludaron de lancha a lancha, mientras a los comandantes secuestrados los llevaron al lugar donde los tenían a ellos antes, lo cual no sonaba muy bien.

Desde ahí empezó otra angustia, ya era muy difícil pensar que algo bueno les pudiera ocurrir. Caminar y caminar sin entender qué pasaba, porque no sabían si iban por la misma ruta o para dónde los iban a mandar —¿ahora sería para Ecuador, Brasil?—. Así estuvieron caminando 15 días y en la noche iban en lancha. Nuevamente hubo poca comida y la orden fue afeitarse y calvearse todos —y se me dan un buen baño, que queden bien limpios, un baño muy bacano— decía la guerrilla, y es que hasta se tenían que perfumar y les entregaron papel higiénico. Raúl sí pensaba que los iban a liberar, por esos cambios que se habían dado, pero más de uno solo pensaba que los matarían.

Llegaron a un nuevo campamento y allí se encontraron con todos los soldados de la

toma de Miraflores. Podían caminar lo que quisieran y hablar con los compañeros. En ese lugar Raúl le preguntó a un guerrillero si los iban a liberar y él le respondió que sí —tenga fe, que eso será en dos o tres días—. Ahí hasta le dio dolor de estómago de la felicidad, de saber que lo iban a liberar, porque tenía algunas sospechas, pero antes de ese día no estaba seguro que eso iba a suceder. No tardaron en llegar Marulanda y el Mono Jojoy —bueno muchachos, los veo bonitos a todos, van a ser liberados, ya llegamos al acuerdo con el doctor Pastrana de la liberación de ustedes, no quiero comentarios—, fue todo lo que escucharon.

El día de la liberación estaban en la Macarena, declarada como zona de despeje. Llegó el Mono Jojoy y los hizo sentar a todos los que venían de ese campamento, aproximadamente eran unos 68 y 70, entre militares y policías. Junto a él también estaban grandes figuras dentro de las FARC como Grannobles y Manuel Marulanda y cuando se encontró frente a él escuchó la frase que había anhelado por 35 meses y 23 días

— Bienvenidos a la libertad—

Raúl en ese momento no podía creer lo que estaba sucediendo, por fin iban a ser liberados, sin embargo, luego de la noticia empezaron las advertencias. —Tenemos toda su información, sabemos los nombres y la ubicación de sus familiares. Si deciden continuar en la policía y hacer carrera profesional allí, pasarían de ser prisioneros de guerra a objetivo militar—.

En ese instante, cuando les estaban dando las indicaciones de la liberación, ingresó a la ceremonia uno de los cabecillas de las FARC que se encontraba en la cárcel —firmes por la patria, nos entregaron gracias a ustedes, por fin se pudo dar el intercambio humanitario— les dijo. Raúl no entendía muy bien por qué decía esto, sin embargo, luego les explicaron que habían sido entregados 42 guerrilleros de alto mando a modo de intercambio para permitir la liberación de los que estaban secuestrados. Esta información no era pública y no faltó la advertencia — callados, no cuenten nada de lo que ha pasado —, mencionó Marulanda.

Aún no terminaba de comprender muy bien todo lo que estaba sucediendo, cuando empezaron a ingresar al lugar médicos y

demás personas identificadas con el logo de la Cruz Roja Internacional. Lo primero que hicieron fue valorar su estado de salud y les dieron unas cremas para las afectaciones que tenían en la piel. En medio de las revisiones médicas Raúl le preguntaba a los doctores si los iban a liberar, pero ellos les decían que no sabían nada y tampoco tenían permitido hablar con los secuestrados.

Había allí traductores y hasta un alto mando del gobierno, —wow, ¿gente tan importante aquí? —, pensó Raúl. Estaba camuflado, vestido como campesino para pasar desapercibido. Solo se dirigió a ellos, se quitó el sombrero y les dijo: —Tengo 4 minutos, bienvenidos a la libertad, ya vamos a salir de este mierdero, ya hice la negociación, ya tenemos todo. No pregunten nada, que en Bogotá hablamos, hasta luego, no nos conocemos —.

Mientras estaban a la espera de más instrucciones para poder irse de allí, llegaron más secuestrados que hacían parte de otras tomas guerrilleras como las del Mitú y del Billar, secuestrados que provenían de aproximadamente unas 6 tomas y les hicieron una ceremonia en la Macarena. —Se decía

que la zona de despeje donde estaban había sido entregada para negociaciones y para conversar sobre el acuerdo de paz. Eso era mentira, no era para ningún proceso de paz, se entregó para esta liberación—, eso lo sabía Raúl.

Les propusieron quedarse en la guerrilla e incorporarse como guerrilleros, les prometían un sueldo y respaldo a cambio de pasar de ser secuestrados a convertirse en guerrilleros. Porque según ellos, la Policía no hacía nada en su beneficio, mientras hasta casa les podrían dar como nuevos miembros de sus filas, —quien desee incorporarse a las FARC que dé un paso al frente—, claramente ninguno aceptó, solo querían salir de allí. Raúl aún tenía un respeto y un amor profundo hacia la policía como institución y escuchar eso parecía un insulto, más aun habiendo pasado tres años en cautiverio.

Más tarde, y ya en la ceremonia en la que se iba a oficializar la liberación, existía todo un protocolo organizado, sonaron como cuatro himnos y entre esos, el himno de la guerrilla y se nombraron algunas palabras dándole honor a la misma. Los liberados estaban muy arreglados, limpios y rasura-

dos, los tenían preparados para el evento, debían verse en buenas condiciones. Había muchos personajes de alto nivel dentro de las FARC; entre ellos el Negro Acacio, Gran nobles, Mono Jojoy, Manuel Marulanda, Iván Márquez, Raúl Reyes y a quien con seguridad reconocía, su carcelero: Martín sombra.

Luego de la ceremonia llega una cúpula de la Cruz Roja en un avión Hércules a la Macarena y también el comisionado de paz. El Mono Jojoy les dio la mano, había bastante gente amontonada y reporteros de todos los países. Tenían prohibido contar lo ocurrido, aunque Raúl no quería reporteros de nada, ni cuentos de nada, solo quería salir de allí. Y es que el apuro era de todos, los iban presionando, porque a las 5pm no podían salir más aviones y había una fuerte presión de salir rápido. Tenían que caminar a una distancia como de una cuadra y les hicieron retirar las gorras, camisetas y buzos para ponerles camisetas blancas.

De cada toma debían dar un número a los liberados, no era una lista con nombres, con el fin de que todo fuera más rápido. En el Hércules sí tenían lista con cada nombre y les preguntaban quiénes eran. Raúl salió

de 6to. Todos estaban juntos, aunque en la revuelta iban como les daba la gana. Todos querían subir a la vez al tener miedo que los dejaran allá nuevamente, pero la respuesta que le dieron a Raúl lo dejaba menos angustiado, —tranquilo, que ya se pagó por ustedes la entrega, no me pregunte más, que yo no puedo hablar más de esto, pregúntele al gobierno— le explicaron.

La liberación fue el 28 de junio del año 2001. El primer avión salió con 60 personas, 10 de la Cruz Roja y 50 entre soldados y policías, porque esa fue la orden, que no importaba de qué grupo fueran.

Lograron sacar a todos y los llevaron a Bogotá y reunieron a los liberados de todas las tomas, allí empezaron a llamar a lista, los mandaron a bañar y les informaron que ya en un rato llegaba el presidente a hablar con ellos. Raúl estuvo en el grupo de los primeros en arribar, recibido con muchas preguntas y veía que todo era grabado, por eso cree que lo dicho ese día estuvo relacionado con lo que le pasó posteriormente en la Policía. Raúl habló de lo que sentía en ese momento, nada más, tal vez cree que habló más de lo que debía.

Le preguntaron si podía dar una entrevista en RCN y él aceptó y la última pregunta fue: —“¿cómo se siente?”—

—Tengo miedo. La guerrilla nos amenazó y ahora somos objetivo militar—, pero no sabía que eso después lo iba a perjudicar con la Policía, en no poder seguir.

Llegaron al club de agentes de la policía, allí los recibieron con palabras y promesas de apoyo. Los hicieron sentir parte de la Policía y decían sus compañeros con la bienvenida, haber sentido el secuestro en solidaridad, — la película que lo quieren a uno, lo aman, que dan la vida por uno, porque uno está en un gremio que aparentemente es lo máximo, y cuando uno está metido en un problema a uno lo aíslan—, piensa hoy Raúl.

En el club de agentes estaban las mamás con un familiar acompañante. Les habló el director general Rosso José Serrano —muchachos a ustedes les ha pasado mucha cosa, tengan el apoyo mío e institucional, fuera de eso tienen el apoyo del presidente Pastrana, no se preocupen—. Al poco tiempo llegó Pastrana: —Dios y Patria, que Dios los bendiga, mañana les voy hacer una cere-

monia y díganme pues quiénes quieren estar en la Policía y quiénes se quieren ir—. Nadie levantó la mano ante la segunda propuesta. En respuesta el presidente les aseguró que cada quien se quedaría trabajando según su zona de origen y nunca los iban a trasladar hasta que se jubilaran.

En el mismo club les dieron los alimentos, pero todo les cayó pesado. Al siguiente día de la liberación les hicieron una ceremonia de regreso a la libertad y a la vida, a la cual asistieron las familias y el presidente Pastana, quien les expresó antes de irse —yo pagué por ustedes 5000 millones por la liberación, por los policías y soldados. Ya saben que esto es interno y nadie se puede dar cuenta. Yo saqué esta plata de la presidencia y tuve que entregar a unos guerrilleros—. Lo que hizo Raúl fue darle las gracias, porque si no hubiera sido por él, estarían todavía secuestrados o habrían muerto.

Por su parte el director de la policía afirmó que a causa de lo que les había pasado tendrían 3 meses de licencia, seguirían ganando sueldo y que después de eso continuarían como patrulleros. Raúl quedó muy feliz con la noticia. Ahora sí podría cumplir su sueño,

el sueño de su vida, estar en la Policía Nacional, tener su sueldo, su casa y su pensión en unos años, no tan largos como si se hubiera dedicado a otro oficio, así le hubiese sido duro el camino para alcanzarlo.

Por cuatro días Raúl estuvo en el Club de Agentes para realizar una valoración general de su estado de salud. El 2 de julio salió para su casa, en un carro pagado por la Policía y con su acompañamiento. Ya eran las 11:00 p.m. al llegar a Tuluá, recibió mucho ruido y la casa estaba llena de gente, lo cogían y lo abrazaban. Raúl se sentía ahogado y le pasaron un micrófono para que hablara, pero estaba anonadado. Hasta había una tarima y todos estaban encima de él. Le tenían una piñata inmensa, pastel y licor. Cuando salía mucha gente se le lanzaba encima y él ni siquiera recordaba a nadie por su tiempo de servicio y cautiverio. Todos le tomaban fotos y fue tanta la atención y asedio que la mamá de Raúl se vio obligada a cerrar la puerta y los vecinos la dañaron, porque todos querían que les hablara, era visto como un héroe, un santo.

Raúl nunca había tomado con tantas mujeres, ni se había sentido tan acosado como ese día. Su hermano le llevó mariachis y can-

taron por 3 horas. Cuando Raúl quería salir a la calle no lo dejaban tranquilo; que una foto, que la firma y le hablaba mucha gente que no conocía. Hasta que la mamá le dijo que mejor se encerrara, lo veía angustiado y estaba como en trance. Todos lo abrazaban y él no se sentía bien con que lo tocaran, ni sabía quién era en ese momento.

Al tercer día de la llegada le hicieron un recibimiento en Agua Clara, organizado por la Policía Nacional, donde también había mucha gente, era una bienvenida para todos los liberados y en ese evento nuevamente estaba el alcalde, la secretaria de la gobernación del valle, el coronel de la policía de la Simón Bolívar, y muchos otros que no querían despegarse de ellos. La policía les ofreció seguridad porque todos se sentían acechados; les daban comida, les decían que los tocaran, como si fueran dioses o sanadores, pero ni lo uno, ni lo otro, solo eran unos desconocidos hasta para sí mismos, con el encuentro de una inmensidad de emociones, de pensamientos y angustias. Parecían un presagio o presentimiento de todo lo que vendría, de la destrucción del sueño de la vida de Raúl Restrepo...

X

Una pesadilla a manos del Estado



*Me violaron, me asesinaron mentalmente,
me llenaron de falsedades, de ilusiones,
me robaron y se tumbaron el dinero,
se robaron 25 años de mi vida. El
gobierno se lo lleva a uno por delante,
pero los de Senado y Congreso se
pensionan y siguen trabajando.
Y uno exige un derecho porque le toca
y ahí si pegan un brinco y le dicen a uno
que no tiene derecho, porque la ley existe,
pero la violan...*

Acabó el festejo y la bienvenida a “la libertad” y empieza lo peor para él, lo que Raúl llama “el sufrimiento de mi vida”, —cuando acabó el secuestro las violaciones no pararon, esta vez por parte de la misma policía, porque nosotros como que no valemos nada para ellos—. Raúl cree que lo que vivió después del secuestro fue también una pesadilla, con la única diferencia que no estaba secuestrado, pero estaba desempleado, desvinculado de la Policía, sin poder trabajar en ninguna parte, ya que lo rechazaron de todas las entidades de trabajo.

Al saber que había estado secuestrado no le daban empleo —usted quedó loco, uno le suelta un arma y va y mata a todo el mundo—, le decían.

Al pasar los días, posteriormente de la liberación le informaron a Raúl que tenía una cita con la psicóloga y dieron inicio a algo llamado, terapias de liberación. Asistió cada 8 días por unas 4 semanas, y después no volvió, porque estaba cansado y tenía que gastar muchas horas en ir cada día. Fue a Cali a algunas citas y le contó al doctor que muchas veces tenía miedo por las amenazas que le había hecho la guerrilla, lo remitió a psiquiatría. Raúl le respondió que no estaba loco y decidió no ir más. Lo que no sabía Raúl era que debía pasar por todo ese proceso para poder volver a la institución o por lo menos esa sería la excusa para no reintegrarlo.

Pasaron los 3 meses de descanso y Raúl se presentó al Club de Agentes en Bogotá, donde le dieron las indicaciones para el retorno y allí le pidieron la talla para la entrega de los uniformes. Cuando ya llevaba una semana recibiendo clases para ser patrullero llegaron unas personas que Raúl no conocía y preguntaron por el monitor encargado, a

quien le daría la instrucción de reunir a todos los que habían estado secuestrados, debido a que venían a darles una clase.

—Qué pena con ustedes, les voy a hacer unos exámenes, saquen lápiz...— dijo uno de los hombres. Como a los 3 días el sujeto que les aplicó las pruebas les dice que los que iba a ir llamando pasaran a la derecha y los que no nombrara se iban a dormir, pero Raúl salió en el primer grupo —muchachos aquí hay un problema y es que ustedes creen que esto es color de rosa y esto no es como ustedes lo piensan... la orden que hay es que son 3 años en psiquiatría y psicología —, les dijo a todos.

Aquellos hombres les informan que deben ir a sus casas y empezar el tratamiento. Así es como los destituyen sin saber qué estaba pasando y empieza el karma con la Policía Nacional. Ese día salió el general y les expresó que no tenía nada contra ellos, que si por él fuera los vinculaba ese mismo día y estaban vinculados toda su vida hasta que se pensionaran, pero no dependía de él, —eso depende directamente de los médicos y son ellos quienes tienen que dar el visto bueno de que ustedes pueden prestar el servicio —, afirmó.

Aunque fue un golpe duro recibir esa noticia, Raúl y sus compañeros, que estaban en la misma condición anterior, pensaban que llegaban a la Simón Bolívar y les iban a hacer el tratamiento y se quedaban en la Policía trabajando. Al siguiente día Raúl fue directamente a hablar con el coronel y este le reafirmó que la orden era 3 años de psiquiatría y si encontraban mejoría podrían continuar en la Policía. Mientras eso ocurría le entregarían un sueldo de auxiliar regular, que eran como \$80.000 pesos y eso no era nada, pero el coronel lo animó diciéndole que iba a tratar de ayudarlo para que le dieran un dictamen rápido de la Junta Médica, y según el puntaje podría pensionarse o si le daban un porcentaje de 0 hasta 20 puntos en incapacidad no tendría que dejar a la Policía.

Así, al no tener otra opción en ese momento, Raúl empieza las terapias en Cali; gastaba plata cada 15 días y no le ayudaban con el transporte, solo tenía los \$80.000 que le daban y eso no le alcanzaba. Empezó a endeudarse con el tío y cuando llevaba 6 meses asistiendo al psiquiatra lo llamó su compañero de secuestro Romero Rico para citarlo a una reunión en Cali, con un abogado que trabajaba con la policía, quien no dudó

en decirles, —a ustedes los están robando, ellos no pueden destituir a las personas de esta forma y menos haciendo un curso de patrullero, ese seguimiento debieron hacerlo apenas ustedes salieron y al pisar ustedes la escuela ya son estudiantes y esa es una violación de los derechos—, ante ello Raúl quedó sorprendido, porque no sabía nada de eso, y es que hasta les dijo que tenían derecho a la mitad de la pensión.

Nace una nueva esperanza, al parecer existía otra opción para el caso de Raúl, como para otros compañeros, que no los habían vinculado y estaban en proceso de psiquiatría.

A partir de allí empezaron a mandar papeles, hasta que aquel abogado no volvió a aparecer, no saben qué pasó o si lo amenazaron, el hecho es que no volvió a trabajar con ellos. Tal vez había decidido no meterse en problemas y abandonó el caso. Raúl lo que sí cree es que le debió dar miedo meterse con todos esos altos mandos.

En este momento no supo qué hacer, porque llevaba 6 meses sin trabajar, solo esperando qué pasaba con la Policía y la angustia lo invadió nuevamente.

Tiempo después todo parecía cambiar y a los 8 meses un mayor le informó —le salió el dictamen médico y su resultado era cero, bienvenido a la Policía Nacional—, igual fue el caso de su compañero Iván Andrés Medina. Les dicen que se presenten a la Metropolitana y se enteran que había otro formato donde la mayoría estaban incapacitados, Raúl no, pero les informan que tenían era derecho a los alimentos que les descontaron mientras estaban en cautiverio y otros valores, para un total aproximado de \$3.800.000 para cada uno y hace años eso era mucha plata, entonces lo que hicieron fue recibir ese dinero. Como no tenían abogado y nadie les había explicado, poco podían hacer ante la noticia.

A mediados del año 2001, Colombia se encontraba en proceso de elecciones presidenciales y mucho se hablaba de la candidatura de Uribe. En la Policía le sugirieron que no demandara y que hasta lo iban a poner a trabajar con el presidente que quedara. Inmediatamente empezó a hacer trámites para sacar su cédula, porque en todo aparecía con tarjeta de identidad, al haberse ido menor de edad a prestar el servicio. Fue un trámite muy largo y el Mayor afirmó que no podía ayudarlo con eso y en Cali, en la Simón

Bolívar también le estaban poniendo problema por la cédula, ya que todo estaba con tarjeta de identidad y por eso tampoco le pagaban el dinero que le adeudaban.

Antes de diciembre sacó la cédula por el cuento de la votación. Un político que lo conocía le dijo que le ayudaba pagando la cédula si le daba el voto a Uribe —las fuerzas militares siempre hemos estado con Uribe—. Raúl se fue para Cali con el cheque y pudo retirar los cuatro millones que le debían, con eso compró una moto y un revólver amparado en el Batallón de Buga.

Raúl solo sabía disparar al salir del secuestro, pero tuvo que aprender de normas y leyes para poder pelear por sus derechos, porque en una de las reuniones con los abogados se enteraron que tenían derecho a más del 50% de la pensión. Raúl se contactó con “Labor Social” de la Policía, que son quienes se encargan de las quejas y alguna vez le pidió ayuda a un patrullero en la Simón Bolívar, entonces como en ese tiempo era más difícil la comunicación, le pedía a su mamá estar pendiente del teléfono por si lo llamaban de la Policía y él mantenía con la obsesión que sonara el teléfono de la casa.

La llamada nunca ocurrió.

Durante todos estos años después del secuestro han llegado una cantidad de abogados con mentiras y enredos y es que todo lo hacen por el dinero y al final muy poco le han ayudado, Raúl piensa que —a nadie le importa lo de uno, sino el maldito dinero, le destrozan así su vida, así se llevan a cualquiera por delante—. Entre engaños y enredos no solo ha estado a causa de los abogados, sino incluso desde otras instituciones y funcionarios del Estado y de los mismos gobiernos, Raúl recuerda con dolor y furia dos engaños, el primero fue en el contexto de la ley de Justicia y paz y el segundo relacionado con la JEP.

En el año 2005, en el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, fue construida la Ley de Justicia y Paz, principalmente con el fin de permitir la reincorporación a la vida civil de miembros de grupos armados al margen de la ley. Raúl menciona que había altos mandos en ese proceso, y entre ellos estaba Martín Sombra, quien fue uno de los captores en su secuestro y llevaba aproximadamente 2 años en la cárcel cuando empezaron las reuniones en el marco de la tan nombrada ley. Raúl asistió

por 2 meses; lunes, martes y miércoles a la Fiscalía en Cali y se veía obligado a viajar desde Tuluá. Pagó taxis, pasajes y nadie le reconoció esos costos, le decían que le iba a recuperar esa plata y que los iban a reparar. En aquella época, estaba el director de justicia y paz y les decían que, si ellos firmaban el desistimiento para que la guerrilla no se fuera a la cárcel, lo que permitía que no tuvieran cargos Martín Sombra y otros comandantes de la guerrilla, los iban a indemnizar.

—El negocio que hicimos con ellos fue firmar para que Martín Sombra pagara cagados 8 años como captor de nosotros, todas las rebajas de penas solo por nosotros firmar y que por eso nos iban a reparar—. Le prometieron que por su participación lo iban a reparar con 100 millones de pesos y parecía una buena idea, aunque eso que vivió no lo paga nada, pero al menos el dinero es un aliciente. Todas esas promesas solo fueron para lograr las firmas, puesto que Raúl y sus compañeros después de eso estuvieron llamando y al pasar un año les informan que no la aprobaron, que no aprobaron la indemnización, sin embargo, los documentos decían muy claro sobre el perdón, que el guerrillero no iba a volver a cometer delitos y que los

secuestrados iban a ser reparados. —Entonces la plata supuestamente está y eso se la roban—, así que no hubo ni justicia, ni paz. Todo quedó en promesas y Raúl no para de luchar para que no quede en el olvido todo lo que vivió. Al recibir esta negativa le recomiendan hablar con el Defensor del pueblo, y tampoco pasó nada, porque ellos trabajan para el mismo estado y no iban a ayudar con nada.

—Lastimosamente el secuestrado es quien paga la tortura peleando con el Estado, exigiendo sus beneficios que están en la ley y los captores a la hora del té son los beneficiados del Estado y pagan poco por lo hecho— piensa Raúl.

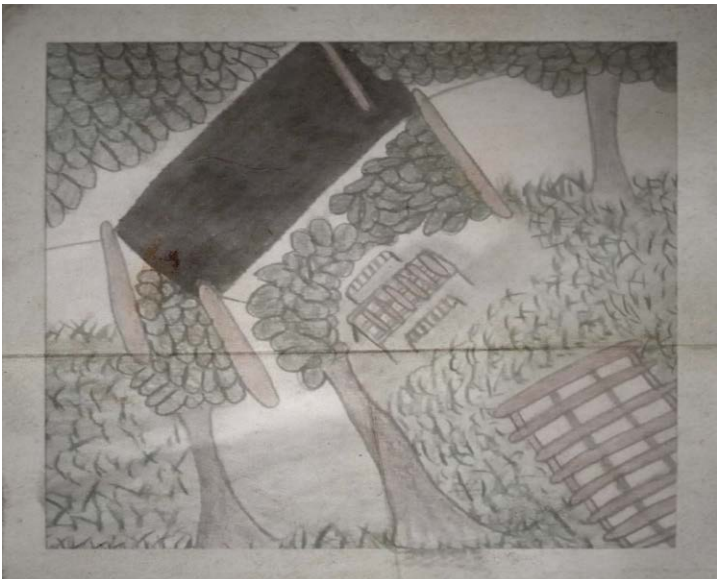
Las luchas de Raúl no terminaron allí, y viene el segundo engaño. Pablo Romero estuvo en Bogotá y al llegar a Cali pidió una reunión con todos y con una organización de militares víctimas, en representación se presentó un doctor llamado Antonio. Raúl fue a Cali tres veces y la compañera del doctor Antonio, Vanesa, les leyó todos los derechos de Ley de Víctimas, y les informaron que por Ley de Víctimas les estaban violando sus derechos, a causa de ello Raúl le firmó un po-

der y pasaron 5 años y no volvieron a saber del doctor Antonio y su gestión.

En una ocasión, en la televisión informaron que los soldados y policías secuestrados en la Toma de Miraflores Guaviare habían sido incluidos como víctimas de secuestro por la guerrilla —bueno, ya nos aceptaron—, pensó Raúl, pero con sorpresa y desilusión recibe la noticia en una reunión en Cali que no es así, que ellos no tienen derecho y que no fueron incluidos como víctimas en la JEP. Solo dolor y decepción pudo sentir Raúl, —¿usted sabe lo que se siente? Hace 5 años metimos papeles, hace 13 años metimos papeles, estamos hablando de 18 años y yo entré al año 97 a la Policía, estamos hablando de 25 años que se están perdiendo de mi vida—.

XI

La odisea



*Párense firmes todos, porque este es
un héroe de la patria, estuvo
secuestrado 3 años por la guerrilla.
Si fueron capaces de echarlo así,
entonces papi trabaje para el mismo
gobierno, el mismo gobierno son los
paramilitares*

Entre la desesperanza y la desilusión Raúl vivió “la odisea”, nombre que le dio él mismo a esta etapa de su vida, en la cual quisiera no haber estado. Llevado por la ira acerca de todo lo que le había pasado con la Policía, el gobierno y el Estado, trabajó para los paramilitares del bloque Calima, mucho antes de saber sobre el segundo engaño.

Todo comenzó una tarde con la visita de unos hombres a su casa, quienes decían saber que Raúl estaba desempleado y le llevaban una oferta de trabajo. Se presentaron con un carné y uno mencionó ser ingeniero de una petrolera, de la cual no recuerda el nombre. Raúl no sabía quiénes eran esos hombres, que además venían armados. Un

rato después le dicen que son “paracos” y que el bloque Calima lo quiere conocer. Le pasaron un teléfono para recibir una llamada —comando véngase para acá, que su hermano habló por usted, véngase para que empiece a trabajar, urgente—, le dijo aquel hombre al teléfono. Raúl se montó a la camioneta y se fue, sin olvidar ponerse sus botas, las botas de la Policía, que siempre las llevaba consigo —no entendía por qué, parecía bobo con eso— piensa ahora Raúl. Tal vez esas botas eran lo único que le quedaba de su sueño de ser policía y llevarlas puestas era más que un amuleto, era sentirse parte de su amada Institución.

Salió en unas camionetas 4x4 como con 7 hombres y llegaron al lago Calima. Raúl no conocía a los hombres, pero el hermano sí, algo le había comentado y le decía que no le botara más corriente a la Policía, porque no le iban a dar nada —si fueron capaces de echarlo así, entonces papi trabaje para el mismo gobierno, el mismo gobierno son los paramilitares— y para nadie es un secreto que los paramilitares eran el mismo gobierno, dice Raúl, que ellos fueron creados por la misma industria de los altos mandos.

Raúl sabía muy poco de los paramilitares, solo lo que había visto en el Guaviare y allá les decían que eran de cierto bloque y ya, nada más pasaba. Si bien no trabajaban con ellos, la orden era que no se les podía tocar, porque eran otro organismo, como del gobierno y ellos no le tiraban a la policía, eso sabía Raúl.

Ese mismo día en que los conoce, uno de los paramilitares le contó que él era quien pagó a los mariachis cuando fue la liberación —yo soy el jefe de su hermano— mencionó. Después le reunió a un grupo de personas diciéndole que toda esa gente era de él, que podía hacer con ellos lo que quisiera, aunque Raúl no sabía en qué se estaba metiendo y le ofrecieron cigarrillos, trago y mujeres y hasta estos hombres le ofrecían “descuartizar” a los responsables del secuestro a modo de venganza —Párenla, cada uno para su servicio—. Expresó Raúl.

Raúl se presentó contando que había estado en la Policía y el comandante informó a los hombres reunidos —párense firmes todos, este es un héroe de la patria, estuvo secuestrado 3 años por la guerrilla—.

Pasó toda esa noche hablando con ellos y en medio de las conversaciones otro comandante le mencionó que necesitaban valientes como él, guerreros, porque al haber estado secuestrado conocía muy bien a la guerrilla; qué comen, cómo bombardearlos, todo. Por eso querían que Raúl mandara a varios cuadrantes, pero él no lo hizo, aunque ganas no le faltaron y ya venía con la rabia de todo lo ocurrido con la Policía. Al siguiente día llegó el hermano de Raúl con muchas mujeres "prepagado" o prostitutas en camionetas, que iban a una celebración, aunque no sabía por qué, supo al momento que era para él, por su llegada.

La fiesta inició y el hermano de Raúl solo le decía que disfrutaran la fiesta y que hablaban más tarde, hasta ese mismo día le dieron, según su hermano, lo que podía ganarse si sabía comandar, sin embargo, Raúl no había podido hablar con su familia y estaba pensando más en eso, aunque al rato su hermano le entregó el teléfono para llamarlos. Su mamá se molestó, porque sabía en qué andaba su hermano. Raúl no estuvo en la rumba y como pudo logró convencer a su hermano que quería ir a ver a la abuela y en medio de la borrachera su hermano lo invitó

a salir de allí. Aprovechó que venían “los muchachos de la mula” y salió de ese lugar para poder llegar hasta el Darién sobre las 6 o 7pm. En el regreso un retén permanente en el guadual los detuvo, pero la Policía y Ejército sabían que eran ellos y lograron pasar.

Llegaron por fin a la casa y visitaron a su abuela. La tranquilidad duró poco y a la madrugada lo empezaron a llamar con insistencia, su mamá contestó y era alias “33” quien mandaba en el Valle en compañía de “HH”, le decían así debido a que tenía una pierna más corta que la otra, habló sin reparo —¿entonces qué? le doy comida, le pago hembra, le pago un salario, lo atiando bien, le doy ponqué, maté un ovejo, le doy todo lo que pide y me deja tirado. Gusto en conocerlo, se tiene que venir por todas esas viejas—. Ahí empezó el trabajo, tenía que encargarse de las prostitutas y ese día debía devolverlas en un viaje que tardaba aproximadamente 2 horas, no sabía en qué se había metido, y su hermano no contestaba para poder ayudarlo. Respiró y pensó qué hacer, porque su vida ahora estaría en peligro si no hacía lo que le pedían. Contrató el taxi de un amigo de Tuluá y también una camioneta y hasta su amigo fue convencido a acompañar aquel

nuevo oficio. La orden era que las mujeres podían estar por un espacio determinado y después todos los que no pertenecían a ese grupo debían salir del lugar.

Por fin llegó a recoger a las mujeres. Ellas todavía estaban prestando sus servicios sexuales, pero a Raúl le dijeron que tenía solo 2 horas para recogerlas y no podía esperar. Le pasaron el radio para que gestionara la salida de las mujeres y tampoco los paramilitares las dejaban ir pronto, al querer más tiempo con ellas. El amigo de Raúl que lo había acompañado estaba preocupado porque su papá se iba a enterar y tenía que devolver pronto el carro. Finalmente, las logró reunir y las tuvo que bajar a pie y las que se encontraban muy ebrias las montó en burros. Estaban en muy malas condiciones; vomitadas, borrachas, por poco inconscientes y luego las pudo montar en la camioneta. Finalmente alcanzó a cumplir con la tarea y llevó a 30 mujeres y ni recuerda en la vida haber hecho tanta fuerza.

En el retén de la Policía le preguntaron para dónde iba con ellas. Raúl respondió que le preguntaran a "33". No lo querían dejar pasar debido a que estaba prohibido el

transporte de personas en una camioneta de carga, así que a Raúl le tocó pagarle a las mujeres para que tuvieran relaciones sexuales con los policías para poderlos dejar pasar y ahí quedaron los 180 mil que le habían dado anteriormente.

Desde allí el trabajo que tenía asignado era llevar y traer mujeres al campamento. Raúl no se interesó más en lo que hacían y después fue enterándose de cosas que no le agradaron y que iban en contra de lo que había soñado hacer en la Policía. Los paramilitares del bloque Calima se financiaban con gasolina ilegal y mandaban por tuberías robando el petróleo de las petroleras cercanas. Uno de esos días, se encontró con otros paramilitares quienes le contaron que a 9 “piratas” que iban a sacar gasolina, les cortaron la cabeza, porque el negocio no permitía que otros se entrometieran, —venga mira lo que hicieron— lo invita uno de los paramilitares, y con repudio e impresión Raúl pudo ver cómo descuartizaron con motosierra a aquellos hombres. Le narraban cómo lo había hecho, pero él se mantenía serio, y sintió mucho miedo, pensaba lo difícil que sería poder salir del vínculo con ese grupo.

En este trabajo, por cada mujer le iban a pagar 20 mil pesos y lo hacía día de por medio. No era fácil buscar a las mujeres y la mayoría si iban una vez no querían volver. Muchas eran maltratadas, abusadas y hasta violadas por 4 o 5 hombres y ellas permitían muchas cosas, sino "me pican" confesaban. Usualmente maltrataban y les hacían daño a las mujeres, a Raúl le dolía mucho que ellas se dejaran tratar de mala forma y era muy poco lo que les pagaban.

No muy a gusto con las actividades a su cargo, Raúl preguntaba por qué no le daban otra tarea y como respuesta recibía que así había iniciado su hermano y le tocaba igual que a él y tampoco le iban a pagar sueldo, solo sería según las mujeres que llevara. Después ya no le pagaban puntualmente, ni era un buen negocio y le solicitaban con especificaciones físicas de las mujeres y el comandante alias "33" era muy exigente; las exigía con vestidos particulares y ojos de color específico y era un adicto a "lo femenino". Las olía y las besaba en cada parte, les hacía un tributo a las mujeres, poniendo rosas, velas, porque decía que amaba a las mujeres y muchas de ellas decían estar enamoradas y no querer irse del campamento.

No solo el amor iba para alias “33”. Mientras trabajaba para los paramilitares Raúl estuvo en una relación amorosa con una mujer llamada Luciana, quien al pasar el tiempo Raúl se enteró que también ejercía la prostitución con estos grupos. Todo no empezó allí, cuando se dio la liberación, su hermano le llevó una mujer para su compañía, pero Raúl estaba muy confundido, anonadado y agobiado al ver tanta gente. Luciana tenía solo 16 años y era una mujer muy hermosa, con larga cabellera. Ella le expresó a Raúl querer tener una relación seria, pero él solo le dijo —no, no, no, yo no estoy buscando mujer y yo me tengo que ir para mi Policía. Es que yo estaba loco, hasta hace poquito tenía esa estupidez en mi cerebro—, sin embargo, la insistencia funcionó y empezaron a tener una relación amorosa. Luciana se la pasaba “pegada a él”, día y noche, no asistía al colegio, ni hacía nada más, solo quería estar a su lado.

Aquella mujer acompañaba a Raúl a las actividades que realizaba con los paramilitares en algunas oportunidades, ya que no tenían tanto tiempo para estar juntos. Él seguía llevando las mujeres para el grupo, entre 25 y 30 mujeres a la semana, que solían tener 15

y 16 años, ya que eran las jóvenes que les gustaban a los paramilitares y una mujer de 23 años era una persona mayor para ellos y no las aceptaban. A las mujeres tenía que distribuir las durante la semana y llevarlas en unas camionetas, porque no podían ser todas en el mismo momento, al haber retenes y vacunas por parte de la policía de carreteras. Se camuflaba y las tapaba para pasar el río Calima y así lograba con éxito aquel trabajo. Usualmente transportaba los miércoles y los domingos, llevando un día una mitad de las mujeres y otro día la otra mitad. Luciana conocía sobre todo lo que hacía Raúl y sin que él supiera atendía a los paramilitares, solo que no iba con el grupo de Raúl, sino con otro.

Luego de un año de estar juntos se dio cuenta cómo Luciana lo engañaba. Raúl empezó a llevar a un compañero de la Policía a algunas actividades donde compartían con el hermano, a este parche se unió una prima de Luciana quien era amante del compañero de Raúl, pero al pasar los días este amigo se convertiría igualmente en el amante de Luciana. En una ocasión que tomaron algunos tragos, Raúl tuvo que salir con prisa, debido a que estaba trabajando como escolta de un

paramilitar en Barragán. Le informaron que tenía que estar a las 3:30 a.m. en Cali, para irse con otra persona, y que le pagarían por esos dos días 500.000 pesos, lo cual era mucho dinero para esa época y como era una persona que manejaba mucha plata en el sembrado de coca, del alto poder en el gobierno, pues le iba bien si lo escoltaba. Esto implicaba que el hermano de Raúl y él tuvieran que asistir para pedir el permiso de los paramilitares en darles paso.

El comandante de los paramilitares de la zona del Calima se comunicaba con Raúl y su hermano desde su número personal, con claves que ya conocían sobre lo que se estaba hablando. Un funcionario del gobierno al que escoltaba era el dueño de toda esa zona, en conjunto con sus socios. Quienes se encargaban de sacar la coca eran principalmente indígenas y población afro. Eso no es fácil; se pelaban hasta las manos, arriesgando sus vidas por subsistir, porque en esos lugares solía haber culebras, tigres y animales que podían herirlos, pero ante la necesidad se veían obligados a hacerlo.

La zona no solo era de los paramilitares, ya que, los grupos guerrilleros igual querían

apoderarse de esos lugares, lo que provocaba que fuera aún más peligroso el transitar por allí y que la vida de las personas que habitaban esos sitios se viera afectada.

Esa misma noche en que Raúl se iba a su trabajo de escolta, se enteró de la infidelidad de Luciana; al regresar a la casa de ella a recoger un regalo que le había dado y que por olvido lo dejó allí. Raúl se tomó la situación de una manera muy relajada y es que ella no era el amor de su vida. Aunque desde ese episodio Raúl piensa que es muy malo para las mujeres y con muy pocas ha tenido suerte. La relación con Luciana pasó a ser una relación por ratos en los que no tenían compromiso y solo se encontraban por temas pasionales. Después de todo el tiempo que ha pasado, Raúl se ha visto alrededor de cinco veces con Luciana, y ella ya está organizada, tiene un hogar con un hijo de unos doce o trece años y cuando se encuentran en el centro se saludan, no se piden el número de celular, ni se hablan o se buscan. Terminaron bien las cosas entre los dos, es un amor que ya quedó en el pasado, aunque la mamá de Luciana le ha contado a Raúl que ella dice que él siempre será el amor de su vida.

En medio de los diversos “trabajos” que Raúl buscaba para ganarse la vida y el fin de su historia de amor con Luciana, aparece en la vida de Raúl otra mujer, Fernanda, quien sería la madre de su primer hijo, Jhon Alexander Restrepo. —empezamos a pegarle al romance, a estar saliendo, a pasarla bueno— recuerda Raúl. En aquella época de relación con Fernanda, Raúl aún esperaba una respuesta para regresar a la Policía, trabajaba algunos días en hacer mandados a los paramilitares y en cobrar plata con su hermano, plata que provenía del narcotráfico, aunque en ese momento no lo sabía. Esas cobranzas se hacían una vez a la semana y el resto del tiempo se dedicaba a Fernanda.

Durante esa temporada trabajando para los paramilitares no volvió al psiquiatra, ni a hacer nada de la Policía, hasta que un día el amigo, Iván, quien le había ayudado la primera vez a recoger a las 30 mujeres, le contó que lo llamaron de la Policía y también a Raúl lo contactaron aproximadamente en diciembre del año 2003 para continuar, sin embargo, ya sentía ira y no creía en lo que le decían —eso es mentira... por allá no voy a ir—. Iván sí fue a la cita, y a él lo vincularon,

pero al no ir Raúl nunca supo si tal vez aquel día habría cambiado su suerte.

La relación entre Fernanda y Raúl pasó por varios inconvenientes, principalmente a causa de los celos, puesto que era usual que producto del trabajo de Raúl tuviera que salir con las prostitutas de los paramilitares, por lo tanto, Raúl no podía trabajar tranquilo y decidió acabar con la relación. Con lo que no contaba Raúl era que su vida cambiaría con una noticia inesperada; la meta de Raúl era la de estar en la policía, no había pensado en tener hijos, ni en tener un hogar, se proyectaba en lograr una vida como la del tío Fabio, que era su orgullo —las mujeres son muy lindas, pero lo hacen caer a uno al vacío, no vaya a caer en el mundo de las mujeres porque usted se pierde— le decía su tío.

Aquel consejo de su tío no tuvo mucho éxito y Fernanda y Raúl se convertirían en padres. No fue un embarazo que estuviera en los planes de Raúl, pero desde un inicio le dio su apoyo y estuvo tan presente como ella se lo permitió —listo, téngalo, no pasa nada igual, vamos pa ´lante y de eso se trata la vida— fueron sus palabras para ella el

día que se enteró. La relación de pareja se acabó definitivamente y por esta razón Fernanda no le recibía todas las cosas que él le enviaba para que estuviera bien alimentada, ya que ella no quería que la relación terminara y se encontrara enojada.

En el año 2003 nació su hijo Jhon Alexander, producto de la relación con Fernanda. En este mismo tiempo Lisa llega a Colombia nuevamente con sus propuestas de salir del país con Raúl. Le propuso que dejara de trabajar como escolta, en construcción, en todos los oficios que le había tocado aceptar y principalmente que dejara todo el tema de la policía. Raúl tenía pasaporte y ella gestionaría un trabajo para él en España. Sin embargo, él no lo veía como una posibilidad, porque quería quedarse en Colombia detrás de la opción de volver a ser vinculado a la policía —yo estaba bobo, ciego, idiota, la policía, la policía, yo no veía nada más—.

Así, la decisión fue de nuevo rechazar las propuestas de Lisa. Lo único que le pidió ella fue una despedida. Salieron a tomar y amanecieron borrachos al día siguiente y quedaron en que no se iría para España. Esa noche Lisa parece haber quedado embarazada, se

fue del país y nunca más buscó a Raúl. Las hermanas de Lisa le cuentan a la mamá de Raúl que había nacido un niño y que era de él, pero no tenía la intención de que Raúl respondiera, lo único que buscaba era informarle de la noticia de que tenía otro hijo. Al sol de hoy Raúl, aunque ha buscado información por diferentes medios, no ha podido saber ni su nombre y tampoco tener la certeza si es realmente su hijo.

Otro factor que influyó en la decisión de no viajar a España, fue que estaba a gusto con la paternidad; su hijo Alexander había acabado de nacer y para él era otro placer, que lo cambió por completo; anteriormente tomaba mucho, tenía el plan de estar con mujeres y amigos, pero asumió toda la responsabilidad económica para que el bebé naciera bien. Sin embargo, lo que Fernanda recibía, lo regalaba según se enteraba.

Debido a su estado emocional luego de la ruptura y durante el embarazo, ella no comía adecuadamente y como consecuencia el bebé nace con bajo peso y le formulan una leche muy costosa para mejorar su salud, y ahí empezó su odisea para pagar esos gastos; le hacía todo lo que le tocara; construc-

ción, turnos de vigilancia y escolta, hasta de motoratón, porque lo primero era el niño.

También por esa época, con la entrada del gobierno de Uribe empezaron las negociaciones con los paramilitares y se le llamó en esa zona la “desmovilización masiva del bloque Calima”, que inició proceso en el 2002 y se entregaron en 2006. Cuando estaban en proceso de desmovilización “HH” ordenó dejar de subir mujeres para no afectar lo que estaba ocurriendo, entonces el trabajo se acabó. A Raúl le rogaron que se vinculara a los paramilitares y entraría en la desmovilización, que mandara la foto, él no aceptó porque todavía seguía en su mente el tema de la Policía y le daba mucho miedo, algo tenía que salir por su secuestro y si quería entrar en la desmovilización tenía que aceptar que había cometido asesinatos, torturas, desaparición forzada, narcotráfico y nada de eso era cierto. Le debe a la desmovilización haber podido salir de “la odisea”—sino me habría tenido que quedar quién sabe cuántos años, o hacerme matar o volarme—.

El hermano de Raúl no entró en el proceso de desmovilización y siguió trabajando con otros paramilitares y negocios de narcotráfi-

co; los paramilitares trabajaban con Varela, alias jabón, que le decían así porque siempre se lograba volar, con Diego Montoya y con Diego Rastrojo, comercializando cocaína, pero tuvieron diferencias entre todos y empezaron las masacres, todo eso fue en el 2003. Su hermano mataba por sicariato, le decían a quién matar y lo mataba, reclamaba su plata y no le importaba quién era, por eso fue que lo asesinaron, puesto que cada vez tenía más enemigos. En el 2004 estuvo en Bogotá para el proceso de desmovilización, aunque no alcanzó a firmar y lo mataron en el mismo año. El día de su muerte asesinaron al jefe y 6 escoltas más. La guerra que se desató fue impresionante y aparecía gente descuartizada en canecas. El hermano de Raúl también era “enfermo” por las mujeres, le gustaba los estriptis y quería tener muchas —él se creía narco sin serlo— y duró 15 años con los paramilitares, hasta que murió.

Por estos días una prima de la esposa de un tío que estaba en España le ofreció empleo a Raúl en una empresa de seguridad al saber que estaba sin trabajo y Raúl decidió aceptar. El primer trabajo de Raúl fue escoltar al gobernador. Durante 3 meses escoltó a candidatos, gobernadores y personajes

reconocidos. En esos lugares se encontraba con paramilitares que conocía, y no pasaba nada —porque como eso es un solo organismo— sabía Raúl, pues todos se saludaban y hasta iban a almorzar juntos. Después fueron pasando los días y Raúl tuvo otra vez en su cabeza a la Policía, encontró un abogado y demandó a la Institución, pero siguió cuidando políticos y gente de alto nivel, haciendo acompañamiento de gente que se iba a lanzar al Senado.

Raúl continuó trabajando para pagar los gastos de su hijo y después de pasar una temporada en la empresa de seguridad y del trabajo con los paramilitares, el tío Fabio tenía una nueva propuesta de trabajo para él, aquel tío, que tanto admiraba. En 2005 le dice que ya habían matado a su hermano y que él tenía una empresa de tintes, que entrara a trabajar con él, de mensajero o en algo y que ya no se metiera más con lo de los políticos, pues eso era muy peligroso. En ese periodo de la propuesta Raúl estaba cuidando al Alcalde de Restrepo, Valle y estuvo con él hasta su posesión, porque esperaba que ahora sí lo dejaran entrar a la Policía, específicamente en la SIJIN.

Después de renunciar a la empresa de seguridad se presentó a las 7 am en la Simón Bolívar en Cali, donde lo reciben —vea hermano, usted ha sido llamado 4 veces y tiene una demanda contra la Policía, no lo podemos recibir y no es cuando usted diga, cuando a usted le dé la gana—. Incluso le mencionan que si trabajó con gente tan importante la SIJIN para él no era nada —a usted le va mejor con esa gente—. Raúl no quería perder el tiempo que llevaba y que en total eran 6 años, que además le contaban para el ascenso; 1 de servicio, 3 de secuestro y 2 desvinculados y ya a los 14 años le daban su casa.

Lo hicieron ir al otro día y que debía autenticar en la notaría los documentos, él hizo todo lo que le pidieron, pero cuando ya estaba todo listo le informan que tenía que retirar la demanda y ahí lo que hizo Raúl fue irse hasta Popayán a hablar con su abogado, gastando el dinero de la liquidación de la empresa de seguridad.

Cuando llega a hablar con el abogado y Raúl le dice que quiere retirar la demanda para vincularse a la Policía, le responde con una pregunta—¿y mi plata? ¿Mis honora-

rios quién me los paga? Hagamos una cosa, deme 500 mil mensuales y le firmo, o 30 millones—.

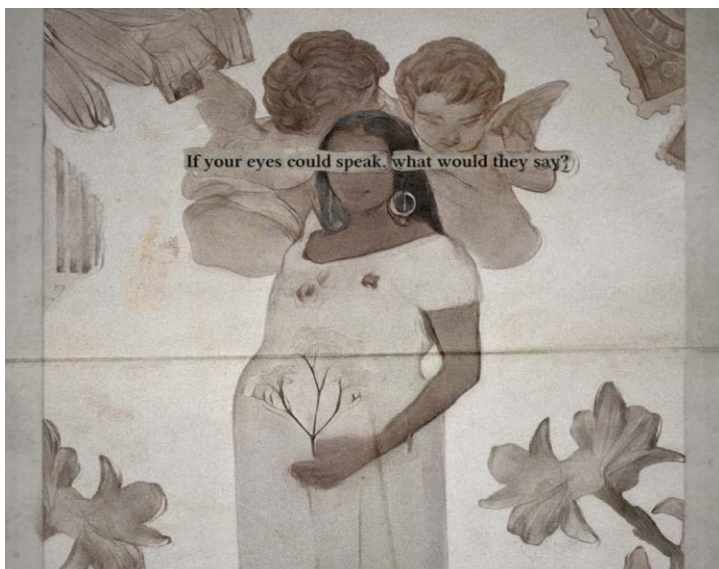
Eso no le servía a Raúl, porque sería la mitad de su sueldo, pero el abogado insistió: —Lea el contrato. Aprenda a leer el contrato— y afirmó que en poco le iba a salir la demanda, así que Raúl no pudo hacer nada y nuevamente la puerta de entrada a la Policía se cerró.

Decidió trabajar en la empresa del tío, en la empresa de tintes. Del tío que había estado en la Policía, que tenía demasiado poder.

A mediados del año 2005 trabajando allí, en la empresa de tintes, empieza su historia de amor con Danelly, su actual esposa y compañera de luchas...

XIII

Construir una familia en medio de las heridas de la guerra



Es que la víctima no es solo quien vive el hecho victimizante de forma directa, lo es también su familia, una familia que sufre por lo vivido y que nunca es reparada

En la empresa de tintes trabajaba Raúl como mensajero y cobrador, realizaba varios oficios, porque el tío Fabio Valencia le permitió ese espacio. El negocio se dividía en dos: distribuidora y peluquería. Danelly era peluquera y trabajaba allí, aunque fue un día en el que el tío Fabio y su esposa Lucila la llevaron a encontrarse con la familia que conoció a Raúl y se percató que había empezado a trabajar en el mismo lugar que ella. Danelly tenía tres meses de embarazo de María José, a quien Raúl acogería como su propia hija.

Era usual que dentro de la empresa se reunieran en torno a un compartir, sin embargo, Raúl solía salir a hacer los domicilios y no participaba en aquellas actividades, pero un día Danelly se acercó y le ofreció una limonada, rompiendo el hielo entre los dos.

Comenzaron a salir y a compartir cada vez más. No era una relación que estuviera seriamente establecida, ya que, Raúl no quería nada en serio, puesto a que, si llegaba a aparecer el papá de la hija de Danelly, ella podría irse con él y dejar a Raúl ilusionado. Danelly negaba que eso pudiera suceder debido a que ella no quería volver nunca con el padre biológico de su hija.

Algún día un exnovio de Danelly comenzó a cortejarla y ella no quería tener ninguna relación con él, así que le pidió a Raúl que se hiciera pasar por su novio y aceptó, después de esto, aquel novio no la volvió a molestar, pero sí empezó una fuerte amistad entre Raúl y Danelly.

Cuando Danelly estuvo embarazada únicamente salían y Raúl la acercaba a la casa en su moto, aunque fue cuando nació María José que empezaron a salir a discotecas y a tener un romance mucho más serio y hasta pasar dos meses del parto de María José, Raúl le pregunta nuevamente a Danelly si quería que siguieran juntos y ella aceptó con la mayor decisión. Raúl vio en Danelly a una mujer trabajadora y es que era muy atenta

con él, consideraba que era una berraquita y así se enamoró de ella. Por parte de Danelly, la madurez y lo estricto que era, fueron las mayores cualidades para decidir estar con él. Danelly admira a Raúl, porque él ha sufrido mucho, a pesar de ello, siempre ha conocido que es lo que quiere y se mantiene con sus ideales, es responsable y sabe darse ánimo a sí mismo para seguir adelante y mantenerse en todo lo que se propone.

Danelly tuvo algunos percances con su padre por esa misma madurez y al ser tan estricto, no estaba de acuerdo con que ella le pidiera permiso a su papá para poder salir, porque ya no era una niña y respondía por todos sus gastos. Entonces, Danelly no dudó en expresarle a su papá —voy a salir con Raúl, no le estoy preguntando, le estoy comunicando que voy a salir y que luego vuelvo—. Después de muchos años, el papá de Danelly le contó que Raúl lo había enfrentado en una charla que tuvieron mientras tomaban y que por eso consideraba que Raúl era todo un “barón”.

La relación iba cada vez mejor, y de pronto Fernanda aparece de nuevo en la historia de Raúl y no le cae muy bien que tenga un no-

viazgo con Danelly, hasta llegar a manipularlo en no poder ver a su hijo si estaba con ella. Al final después de darse un enfrentamiento entre las dos mujeres, en el que hablan que Raúl sería el que decidiría con quien estar, la relación de Danelly y Raúl continuó. Raúl y Danelly no pasaban por su mejor momento económico, pero se apoyaban; cuando uno de los dos no tenía para pagar el otro lo cubría. Raúl le compraba productos de aseo que ella o la bebé necesitaran sin que se lo pidiera.

Luego de tres años de noviazgo con Danelly, se fueron a vivir juntos. En un comienzo estuvieron de manera independiente, en un apartamento elegante, bonito y bien ubicado, sin embargo, la situación no se prestaba para que siguieran viviendo así. Era una situación muy dura para Raúl y tenía que trabajar para satisfacer las necesidades de su mamá, abuela y para María José. Eran gastos altos, pero vivían bien y en los casi 20 años que llevan viviendo juntos con Danelly han estado el uno para el otro, en las buenas y las malas.

Las cosas tampoco han sido fáciles y la relación ha pasado por altos y bajos. En algu-

nas oportunidades Danelly pensaba que no podía estar más en una relación de pareja con Raúl, no sentía que se comprendieran y cuando Raúl no quería estar cerca de ella se sentía mal, rechazada y frustrada. Alguna vez, cuando tuvieron una discusión, Danelly buscó en internet tips para convivir con personas con estrés postraumático. Se dio cuenta de que ella había cometido algunos errores y que siguiendo estos consejos podía evitar tener tantas discusiones. Antes de comprender la información, se sentía muy triste y lloraba debido a que no sabía la razón por la que recibía rechazo. Danelly ha enseñado a sus hijos a entender y saber llevar la situación de Raúl, porque ellos también se ven afectados por sus cambios de ánimo y sus crisis de depresión.

Danelly comprendió que aún existen situaciones que le recuerdan a Raúl el evento del secuestro por el que pasó, esto podía darse desde los platos en los que le servía la comida, hasta el salir a un lugar con aglomeraciones, como discotecas e incluso el hecho de recibir abrazos y cariños por parte de su pareja. Danelly busca todas las formas para que Raúl se sienta bien; si no quiere comer no lo obliga, solo espera, así ella desee otras

cosas, lo cual no es fácil. Es como poner los deseos de Raúl en un primer plano y hay instantes en los que la paciencia se agota y los sentimientos la desbordan.

Dentro de lo que ha aprendido sabe que no se va a poder cambiar lo ocurrido, porque todo ha sido un proceso fuerte. Ella lo acompaña incondicionalmente, a pesar de lo que sufre y soporta. Es ella quien sigue al lado de Raúl en las luchas para lograr las reparaciones por parte del Estado y hasta ha aprendido de leyes para apoyar y acompañar a Raúl en cada nueva pelea.

La familia de Raúl no está en Sanidad de la Policía y no han recibido ningún acompañamiento psicológico para vivir con el estrés postraumático de Raúl, por lo cual ella por sus propios medios ha tenido que enfrentar sola la situación, aunque todo hubiera sido más llevadero si tuvieran en cuenta las consecuencias de las guerras para las familias por parte de las instituciones del Estado.

A pesar del duro proceso de acompañar a un familiar con estrés postraumático la vida sigue y la familia ha crecido en medio de las heridas de la guerra. María José vivía

con los abuelos durante los primeros años de relación de sus padres, debido a las necesidades, relacionada con todo el proceso que tenía que llevar por su pensión y por recomendación del abogado, ya que debía quedarse sin trabajar para los trámites de la pensión, entonces Raúl se vio obligado a renunciar a la empresa de tintes, en la que estuvo por 3 años y medio, de la cual salió en el año 2008, a pesar de ser un buen trabajo.

El cambio fue muy duro porque pasó a trabajar en construcción, motoratón y como barequero de oro con el suegro. La situación económica de la familia estaba muy mal, de nueve hijos que había tenido, solo el tío Fabio y Raúl eran los que proporcionaban la alimentación de la abuela y lo que ella necesitara, lo cual hacía más difícil pagar por todos los gastos.

Un año después de la renuncia de Raúl, Danelly a su vez decidió salir de la distribuidora. Se van a vivir a la casa con la abuela de Raúl a causa de la baja economía que vivían. Ahí fue cuando empezó la situación más dura. En la distribuidora ganaba alrededor de 600.000 pesos quincenales, al punto de que le podía pagar el arriendo a su fa-

milia con ello. La situación era similar para Raúl cuando él estuvo vinculado allí, solían dar muchas propinas, sobre todo los hombres homosexuales que le invitaban cosas o le daban plata. Todo cambió cuando Danelly empezó a trabajar como independiente, ganaba 50.000 pesos semanales. Mientras tanto, Raúl empezó a trabajar en construcción y le pagaban 80.000 pesos semanales como ayudante de su área y fue muy duro para él ganar tan poco, pero contaron con el apoyo del tío Fabio, quien siempre tuvo muy buenos ingresos y cuando podía ayudarles lo hacía y es que los gastos no daban espera y tenían a María José y a Alexander.

El papá biológico de María José, solía aparecer un día y luego irse para aparecer de nuevo en meses y nunca le brindaba nada, así que María José no reconoció a su papá biológico como tal, ya que, quien la crió, cuidó y le brindó todo, fue Raúl. Aquel hombre era consumidor de drogas o no sabe si aún lo sigue haciendo y cuando María José iba a su casa encontraba drogas. Son 15 hermanos por parte de su papá biológico, todos con mamá diferente y María José solo conoce a una de las mujeres. Raúl no estaba de acuerdo con que fuera a visitarlo, pues temía

que algo malo le pasara, al nunca tener responsabilidad con ella.

Pasó el tiempo y María José no volvió a visitar a su padre biológico, porque tomó conciencia de lo que pasaba y más o menos a los 9 o 10 años le empezó a decir papá a Raúl, momento que aún se preserva en su memoria con mucho amor — ma, yo le quiero decir papá a Raúl-, le dice a Danelly, — nombre de Dios pa— y salió corriendo, hasta mal de estómago le dio ese día. Desde ahí le dice papá, aunque en realidad siempre lo fue y ella así lo veía, aunque no se lo había dicho; cuando vivía María José con la abuela materna iban a visitarla y le llevaban regalos, la comida y lo que necesitara. Desde que tiene memoria María José, Raúl ha estado a su lado y es su papá.

Raúl es una persona seria, seco, no solo con María José, sino con todos los hijos, si necesitaban ellos algo se los daba, pero no demuestra afecto de otras formas, aunque Raúl y María José compartían esa forma de ser y eran fríos en las relaciones. De cariño Raúl le decía Josefa, la niña... era lo más dulce que se le escapaba. Su hijo Alexander

está de acuerdo en que Raúl se enoja por cualquier cosa, entonces primero Alexander habla con Danelly para saber qué pasa y si no está Danelly no hablan mucho. Ahora tienen mejor conexión y se cuentan cosas. Él admira lo valiente y fuerte que es su padre, no se rinde para alcanzar lo que quiere, es muy responsable, colaborador y busca tener a la familia unida.

Para el mismo año en el que Danelly se retira de la distribuidora, en el año 2009, queda embarazada de Sharick, y fue su hija la que trajo buenas energías para que las cosas mejoraran, piensa Raúl, porque cree que los hijos vienen con muchas cosas positivas. Cuando nació la niña no tenían dinero y estaban en una crisis económica en la que no contaban ni siquiera con qué pagar el agua.

Todo cambió justo el día que estaba en el hospital, cuando iba a nacer Sharick; lo llamó el abogado para decirle que le había salido media pensión, aunque después tenía que volver a demandar por la pensión completa y el retroactivo de esos años. Eso fue una emoción muy grande. Es que ni la maleta de la niña la tenían y llega esa buena noticia.

Debido a la mala alimentación, Sharick nació con bajo peso, pero le dieron 3 millones de pesos a Raúl y pudo comprar las cosas que necesitaba, pagó deudas y tuvo mucha precaución, ya que, nunca le ha gustado malgastar la plata por miedo a perderla, por eso es muy organizado y metódico con esos temas.

Con el nacimiento de Sharick, deciden seguir viviendo en la casa de la abuela de Raúl y a los 6 meses de su nacimiento le llega el retroactivo de la media pensión, con la que compró una casa, su amada moto y las cosas de la peluquería a Danelly. Toda la situación mejoró, pero esto no se dio por un golpe de suerte, —por lo que usted lucha no es suerte, suerte es usted ganar el chance, yo venía luchando desde el 2001 por una plata para comprar una casa— piensa Raúl.

Siguieron viviendo donde la abuela de Raúl por 8 meses y como tenía problemas con el hermano de 17 años porque no estaba aportando a la casa, se lo llevó a la Simón Bolívar a prestar el servicio, pero su novia quedó embarazada y empezaron varios problemas en la casa y entonces Raúl decidió irse y dejarle la casa a su mamá, con todas

las cosas; nevera, lavadora, muebles y televisores. Todo ellos como resultado de préstamos al banco, sin embargo, se lo dejó todo a su abuela.

Toda la amplitud y buen corazón de Raúl parece que tuvo por fin algunas respuestas. Un día cualquiera un amigo de Raúl le contó que se ganó una rifa que hacían para los policías y por haber estado secuestrado podía participar por una casa. La primera vez que el amigo le dijo que participara Raúl expresó que eso era imposible, ganarse una casa en medio de tanto personal y no participó. Desde allí pasó un año y un 6 de diciembre a las 6 am lo llaman a decirle que se había ganado una casa. El sorteo era con unas balotas con el número de cada persona. Nunca hicieron una inscripción formal, pero allí fue donde seleccionaron a las personas víctimas de secuestro.

—Yo no lo podía creer, casi me muero—Raúl se tiró de la cama cuando su amigo le llamó nuevamente para darle la noticia, porque no lo habían podido contactar. Rifaban alrededor de 10 casas para 20.000 personas que participaron. Raúl considera que esto sí fue un golpe de suerte, ya que lo ganó gracias al

azar. Empezó a vivir en arriendo mientras la policía desembolsaba, la casa valía 42 millones y como quedaban 8 millones de pesos, le ofreció al arrendador que de ese dinero se pagara lo del arriendo, duró 7 meses viviendo en arriendo y fue el 24 de diciembre de 2012 cuando les entregaron la casa, el mejor regalo de navidad. El abogado le asesora a Raúl que recibiera lo del sorteo como se lo estaban entregando, que era como vivienda militar, y eso le generó un problema a Raúl, y ahora ya no puede solicitar aquel subsidio.

La situación económica desde el nacimiento de Sharick fue más llevadera y en el 2010 empezó a ganar un sueldo. Cuando le hicieron el primer pago de la pensión a Raúl le ocurrió un golpe muy duro, la muerte de su abuela materna. Cuando ella enfermó Raúl era quien la cuidaba y la sacaba en la silla de ruedas, la llevaba al hospital y estaba al tanto de todo junto con la tía Luzmila y su madre. Debido a que se cayó en la sala de la casa y no se dejaba llevar al hospital duró 10 días sin caminar antes de recibir atención médica. Raúl le pagó la ambulancia y el enfermero le informó que ella estaba descadera, le puso un inmovilizador y cuando llegó al hospital supo que la tenían que operar,

pero no la podían hacer allá, puesto que no había los medios y les pedían pagar particular la cirugía, al no contar con anesthesiólogo, ni cirujano.

Raúl le comentó el caso a un abogado conocido y les sugirió poner una tutela más aún por la edad de la señora. Él habló con alguien en el hospital y en una hora ya le dieron respuesta. El hombre gestionó que la llevaran a Cali para ser operada sin ningún costo. El traslado fue inmediato y todo estuvo cubierto por el Sisben. Les aclararon que por la edad el riesgo de morir en la operación era proporcional a no operarla, porque en los dos casos había peligro. La decisión debía ser tomada por todos, hablaron con la familia y se dio la operación.

La abuela perdió la memoria, sin embargo, cuando iba a morir le dio la mano a Raúl y su bendición, esa fue la última vez que la vio y a los 96 años la señora María Lilia Acevedo, su amada abuela falleció.

—Mijo, ¿será que yo lo podré ver algún día con su pensión? — Le decía su abuela. Sabía todo lo que significaba la Policía para él, pero no le alcanzó la vida para verlo y

Capítulo XII Construir una familia en medio de las heridas...

con ese primer sueldo de su pensión pagó el funeral de su abuela...

XIII

Las luchas no
terminan



Porque hay gente que no entiende, pero la depresión es el peor infierno que he vivido. He vivido una vida traumática muy berraca, pero aquí voy, porque todos tenemos una vida diferente, con diferentes traumas

En el año 2017 Raúl recibe el pago de una demanda que había interpuesto 15 años atrás por daños y perjuicios y con esto tumbó toda su casa y la remodeló. Luego le pagaron al abogado sus honorarios y Danelly y Raúl decidieron montar una distribuidora de tintes en ese mismo año. Todo parecía ir mejor y para esa época Raúl trabajaba en construcción dos o tres meses y luego descansaba. Tenía la pensión, entonces no se mataba tanto, lo hacía más por distraerse.

Un día, Raúl comenzó a sentir un hormigueo en la cara y resultó ser que estaba enfermo, pero la Policía le informa que el tratamiento lo tenía que pagar de forma particular porque se consideraba que era para fines estéticos. En 2017 Raúl fue diagnosticado

con rosácea cancerosa y producto de su enfermedad le dio una depresión muy fuerte, debido a que le mostraron cómo le quedaría la cara si no tomaba el tratamiento. Era otra lucha que emprendía y sentía que ya le había tocado muy duro por las vivencias del secuestro. Todo esto además le afectó su situación de trabajo, al no poder trabajar más bajo el sol en construcción.

No aguantaba otro combate más, solo le provocaba querer morirse, estas intenciones suicidas produjeron que realizara cuatro o cinco planes para quitarse la vida y cuando eligió uno de ellos, buscó un sicario y la plata para pagarlo, le dio las instrucciones de que le disparara, que aparentara que lo iba a robar; tenía que esperar a que estuviera borracho para que le propinara disparos por la espalda, ya no quería vivir más. Al final no llegó a cumplir con aquel plan y decidió seguir adelante, así como lo ha hecho tantas veces.

Raúl tuvo una cirugía en la cara, le sacaron la sangre de las venas, consideraba que no se lo merecía, estaba muy asustado. La cirujana hizo un trabajo tan bueno que no se

notan los puntos y se vieron pronto los resultados. Tuvo que tomar diferentes vitaminas, asistir al psicólogo y tomar medicamentos. Estuvo dos años en tratamiento y ya no puede permitir que el sol le dé en la cara, no puede hacer mucho ejercicio, ni hacer deporte o salir al río por mucho tiempo. Todo esto lo ha afectado mucho, porque después del secuestro siempre ha luchado por trabajar y “ser productivo” y todo va más allá de tener dinero, es el poder ser útil y ocuparse, encontrar un lugar en la sociedad sin pensar que su vida acabó cuando no continuó en la Policía.

Luego de los años, a pesar de que la depresión sigue, la vida también y en el año 2019 Danelly quedó embarazada de Dara. El nombre de ella surge al combinar las iniciales de Danelly y Raúl; Da, de Danelly y Ra, de Raúl. Con su nacimiento se generó un cambio muy duro en sus vidas, a causa de que Danelly ya no puede trabajar constantemente y la dedicación a la bebé es de 24 horas, y los otros hijos que solían cuidarla, tienen ahora sus propias ocupaciones y solo Sharick puedo apoyarlos. Dara es una bebé que se mantiene muy activa, se despierta desde muy temprano a caminar por la casa

y ha permitido llenar varios vacíos, así como dar luz y esperanza a las depresiones que ha tenido Raúl, — si no hubiera nacido Dara, estaría muerto— lo piensa él.

Hay momentos en que Raúl no quiere que le hablen, lo miren, no quiere ni comer, es un vacío que no alcanza a llenar. A pesar que tiene a sus hijos, su esposa, su papá y su mamá, a veces se siente muy solo y tiene la sensación que todo el mundo lo ataca.

Estas son algunas secuelas de lo que vivió hace más de 20 años y son cosas que él no controla. Raúl muchas veces se llena de ira cuando no puede cumplir algo que desea; le dice a la esposa que quiere un sancocho de hueso y si le hace un sancocho de carne él no almuerza, le da rabia. Cuando eso pasa Raúl prefiere no almorzar o a veces quiere un café y la esposa le da un café con leche y pues hasta ahí llega, no se lo toma. Tal vez la esposa, los hijos, los cuñados... —no entienden eso, los que me rodean no entienden eso— piensa Raúl, porque para él es una dificultad tolerar la frustración.

Y esas son cosas que no las va a entender un psiquiatra, que lo único que hace es me-

dicar, piensa Raúl, un psiquiatra es —usted está loco y ya—, mientras el psicólogo es el que lo trata, lo escucha, y un psiquiatra ni siquiera pregunta cómo está, solo formula. Así Raúl se entiende mucho con la psicóloga de la Policía Nacional, debido a que una persona del común no lo podría entender. Raúl a pesar de todo ha tratado de manejarlo, mientras otros compañeros no han podido, como el caso de un amigo que estuvo con él en el secuestro, quien prefiere vivir solo, pues no se aguanta a nadie, —yo no soy capaz de convivir con nadie, yo no sé usted cómo hace para vivir con esposa e hijos— le dice, pero Raúl lo que ha aprendido es que debe tratar de hacer sus propias cosas y buscar la forma de manejar sus emociones.

Tal vez por la insatisfacción de muchas necesidades que vivió durante el secuestro Raúl se considera adicto a la ropa, y es un problema incontrolable, que parece una enfermedad; debe estar comprando ropa cada semana o dos semanas, por eso en el año estrena más de 100 veces. Lo ha hablado con la psicóloga, pero no puede controlarlo. Si le traen una plata ahora va y se compra una camisa o un camibuso, sin importarles que mañana no tenga que pagar un recibo. Y la familia

le pregunta por qué lo hace, pero es un problema que tiene, es como una necesidad de darse gusto, de satisfacer lo que quiere, de dar respuesta a la frustración que le quedó.

—La depresión es algo que muchos no entienden, yo sufro de depresión y me he tratado de suicidar en muchas oportunidades, en el pensamiento ha estado muchas veces y he llegado al punto de intentarlo, aunque al final no he sido capaz... Tener fuerza de voluntad es muy difícil. Porque hay gente que no entiende, pero la depresión es el peor infierno que he vivido—.

Raúl pasa hasta una semana encerrado, no le provoca salir, todo lo ve feo, todo le cae mal. A veces va a la Simón Bolívar con la psicóloga y le dice que la depresión puede atacar a todo el mundo y Raúl a pesar de lo que siente ha sobrellevado la vida y sigue adelante, ya que no hay peor enfermedad que la depresión, es como un cáncer. Así fue como un sargento que estuvo secuestrado con Raúl se suicidó, al no aguantar más la vida. Otro compañero se envenenó y otro murió de cáncer. Todo eso ha sido muy duro para él, las personas que sufren de depresión sienten que nadie los entiende. Frente

a todo esto Danelly ha sido muy importante, porque lo ayuda y busca que los demás lo comprendan, al ser algo que Raúl muchas veces no puede manejar.

También frente a su salud mental, Raúl y su familia le han dado otras respuestas. Hay mucha gente que no cree en la brujería, pero Raúl está seguro que le hicieron una, al ocurrirle muchas cosas inexplicables; se le dañó el carro, se enfermó, de pesar 75 kilos pasó a pesar 40, no podía caminar, enfermo, enfermo, hasta llegó a pensar que tenía cáncer. Fumaba desesperadamente, al punto que llegó a consumir 60 cigarrillos en un día y alguna vez se les apagó el carro a 85 km/hora y por poco se matan, Raúl iba con su esposa y sus hijas, a lo cual no encuentra otra respuesta que la brujería, era vudú, dice él. Todo eso fue en el año 2020, en plena pandemia y en cuarentena.

La enfermedad y la muerte continuaron, esta vez para enfrentar a Raúl a uno de los golpes más fuertes que ha tenido que vivir. Hace año y medio su mamá le contó que el tío Fabio se estaba muriendo de cáncer, de lo cual Raúl no sabía nada. Estaban hace tiempo muy alejados, porque a pesar de que ad-

miraba lo estricto que era, no soportaba lo fuerte de su carácter y después de salir de la empresa de tintes no tuvieron un contacto tan cercano. Solo recuerda una celebración en la tomaron juntos y pequeños encuentros en los que se veían para un café y hablaban.

Raúl sorprendido, no lo podía creer. No entiende cómo a alguien como al tío le podía dar una enfermedad de ese tipo. Él era muy organizado y estricto en todo, leía mucho y le gustaba hacer crucigramas, los hacía en 5 minutos, era muy inteligente y rápido en cada cosa. Todo lo que se proponía lo hacía. Tenía diabetes hace 20 años, pero la mantenía controlada. Aparte de esto, Raúl siempre vio que tenía un estilo de vida muy saludable. Hace 5 años había empezado su dificultad a nivel circulatorio y sufrió un par de pre infartos y luego se le detectó el cáncer. La atención médica era muy deficiente y por esto la esposa del tío decidió hacer quimioterapia particular, aunque el tío no quiso continuar debido a los síntomas que estas le generaban, sumados a los del cáncer y es que ya no comía, no dormía. Raúl nunca fue a verlo, no quería recordarlo así, pero sí hablaron por celular, aunque no le hablaba nada de la enfermedad. Hasta que un día ya

les dijo que se quería morir y que no quería ver a nadie y solo podía entrar la esposa y el hijo a visitarlo.

Raúl presentía que su tío iba a morir, luego lo llamaron a contarle de la noticia. Un día antes se estaba tomando unas cervezas con su hijo y sobre las 11pm lo presintió, a las 4 am la mamá de Raúl llamó a Danelly para confirmar lo ocurrido y darles la información sobre el sepelio. Fue duro e inesperado el contenido de aquella llamada, porque de la noche a la mañana alguien que se cuidaba tanto se enfermaba de esta forma, y él siempre pensó que llegaría a los 100 años.

Fabio Adrián Valencia murió en el año 2021, de 68 años, por un cáncer de esófago, que dañó al intestino por dentro y por toda la parte de la garganta. Él era muy atlético; fornido, fisiculturista, ciclista, iba lejos en bicicleta. Esa es la mentira de la vida; que todo es malo, por eso hay que vivir la vida como uno cree que la está llevando. Aunque Raúl no ha pensado en quitarse la vida por la muerte de su tío, sí ha sido muy duro— era como mi superman— afirma el sobrino que más lo quiso.

Raúl cree que la razón de su tristeza y constantes pensamientos en su tío es porque nunca le dijo que lo quería; a veces no se dicen esas cosas cuando las personas están vivas. En algunas fechas se toma sus tragos, solo cerveza, y llora en silencio y escucha su música, piensa en su viejo, en su tío. A veces cuando lo invitan a tomar él se niega, puesto que cuando se toma varias cervezas no se contiene, por su viejo, pues escucha la música cuando se crió con él; de Rodolfo Aicardi, de Dario Gómez y Luis Alberto Posada. Todo eso lo llena de angustia y le dan ganas de acabar con todo. Su tío siempre estará en sus pensamientos.

Raúl ha tenido que pasar por días duros y la muerte de su abuela, de su tío y la de su hermano, y él lo que hace es buscar poner su mente en blanco y se cierra para salir adelante, la vida sigue. —He vivido una vida traumática muy berraca, pero aquí voy. Todos tenemos una vida diferente, con diferentes traumas—...

XIV

Raúl y su familia hoy



Han pasado los años y la vida sigue, pero las consecuencias de la guerra no se quedan en el olvido. Resistir y persistir para sobrevivir entre el pasado, presente y futuro

Raúl trata de no hablar mucho de lo que ocurrió. Cuando se ve con los compañeros que estuvieron secuestrados con él empiezan a comentar sobre la forma en que mataban guerrilleros o temas relacionados con la guerra, pero él prefiere dejar eso en el pasado, porque puede aliviar su cerebro y su alma.

Hace poco se reunieron los compañeros en Cali, pero Raúl no fue invitado, porque no quiere hablar más sobre eso. Ellos no hablan del presente, de lo que están viviendo hoy en día, sino de lo que pasó, del secuestro. Es como si el tiempo se hubiera detenido y el pasado se convirtiera en el presente y futuro. Cuando se ve con algún compañero, le piden poner la música que escuchaban en el

secuestro y Raúl lo que hace es cambiar por otras canciones o artistas.

No es que ya no piense en lo que vivió, es que es la forma que ha encontrado para sobrevivir con una cicatriz que no puede quitarse, ya que es imposible decir que se pueda olvidar lo que pasó, eso es mentira, pura mentira.

Aunque a pesar de sus esfuerzos y resistencia algún día suena una canción que escuchaba en el secuestro y de una vez le llega el recuerdo, pero trata de pensar en otra cosa —hay que tratar de borrar, de eso se trata la vida—. También en las reuniones que hacen en Cali y Bogotá, resultan hablando de lo que han hecho los abogados, de cuánto tiene de pensión cada uno, comparando que el uno sufrió más que el otro, pero todo dependió fue de los abogados y de los jueces. Esto llena de frustración a Raúl, porque sabe que a algunos compañeros les salieron indemnizaciones por mil millones y a todos no les fue igual, como tampoco fueron las mismas peleas para obtener la pensión.

Una o dos veces al mes Raúl tiene episodios de depresión. Danelly lo sigue acompañando

y buscando la forma de poder comprenderlo, aunque solo el que tiene depresión realmente lo puede entender. Después de tantos sinsabores y decepciones, Raúl ha pensado hasta en volverse malo, porque al iniciar el año 2022 los paramilitares le propusieron que le daban 100 muchachos y lo rechazó —no papi, yo soy muy sano— les respondió.

Ahora sí lo pensaría, pues es mucha la rabia que tiene y no la soporta. Raúl se controla para evitar cometer un acto violento, por la rabia que tiene por tantas injusticias, por los engaños que ha vivido, por las falsas promesas y los incumplimientos. Otros compañeros le han dicho que tomen un arma y hagan algo, sin embargo, Raúl dice que él no está loco y no lo hará, pero puede que otros compañeros sí, como pasó con un ex policía con un carro bomba. Eso todo lo ocultan, ni la familia puede contar que hizo todo eso como consecuencia del secuestro, puesto que no les conviene que salga esa información a la luz pública.

Al estar activos en las Fuerzas públicas o estar pensionados, los soldados y policías no tienen derecho a hacer huelgas y tampoco tienen derecho a hablar, por eso hay solda-

dos y/o policías que han salido por televisión hablando mal de la fuerza pública y saldrá tal vez una vez, pero lo vetan. En una ocasión, a Raúl le hicieron una entrevista en el programa “la noche” y RCN, aunque nunca salió al aire, sin tener ninguna explicación.

Tampoco tienen un buen servicio médico y las citas pueden tardar mucho y como no pueden denunciar públicamente nada, pues les toca aguantarse. Por eso Raúl quiere que se hable de las prohibiciones que tienen los militares para que se sepa públicamente y en medios, sus problemáticas.

A pesar de tantas luchas Raúl no deja de querer a su Institución, a la Policía Nacional, y se sigue saludando con otros policías, porque muchos conocen su caso y que reconozcan la importancia que haya estado secuestrado, eso parece un orgullo para él. Aún le piden fotos y gente hasta que no conoce le dice —qué orgullo comando— y cuando se está tomando una cerveza a veces se le acercan personas y le preguntan si es él quien estuvo secuestrado —te felicito huevón, dame un consejo—. Hasta ha llegado gente pidiéndole consejo a Raúl cuando tienen problemas y él les habla, hasta evitó que una persona se

suicidara. Raúl es una persona que a pesar de las dificultades sigue adelante y siempre le busca una oportunidad a los problemas que enfrenta. Es la razón de estar contando lo que pasó con la Policía y desea que lo lean muchas personas, principalmente de la Institución. —Es un secreto que uno lleva ahí, porque le dice uno a un policía activo y ellos no entran en eso y no dicen nada, porque no ven el lado oscuro—.

Raúl actualmente continúa con su vida, le fascina su moto y le encanta limpiarla, puesto que esa ha sido otra de sus pasiones, las motos. Es por ello que desea estudiar y tener su propio taller. Sigue esperando entre la desesperanza que lo reparen y lo reconozcan como víctima, debido a que nadie puede entender lo que vivió. No se siente reparado, pues le deben dar vivienda militar, reparación por daños y perjuicios y reubicación laboral, ya que lo más difícil es el no poder ocuparse y trabajar. Él y sus compañeros de secuestro sufren mucho de depresión y Raúl se siente discriminado para trabajar, le dicen que está loco, pero loco se vuelve del encierro en la casa, porque solo tiene 43 años y todavía tiene mucho por hacer. Aunque él no se queda quieto y tiene contratos de transporte

con la moto y lo llaman de diferentes lados. Transporta personas y se levanta todos los días a las 5:00 a.m. y con lo que gana paga sus gustos y su ropa. Tal vez con la ley del Veterano las cosas mejoren, el valor de la pensión aumente, y lo más importante, que pueda incentivar a que le den algún trabajo y sentirse productivo. La vida de sus hijos al igual ha seguido; hace un año María José no vive en la casa de Raúl.

Se fue a vivir con su pareja a causa de diferencias que tenía con su mamá, por prohibiciones y reglas por parte de sus padres con las que no estaba ella de acuerdo. La decisión de María José de salir de su casa ha generado un gran dolor para Raúl y Danelly, porque quieren lo mejor para ella. Cuando se fue volvió al mes y todos lloraban en el re-encuentro. Raúl a los días le dio dinero para que comprara ropa y le pidió que volviera, pero ella no quiso quedarse. Las cosas han cambiado y María José siente que la relación ha mejorado con ellos desde que se fue.

Actualmente trabaja en el salón de belleza de Raúl y Danelly. Tiene planes de finalizar el colegio con su novio. La relación persiste, aunque sus padres no están de acuerdo.

María José espera que cuando ya los vean estudiando y trabajando cambie todo y puedan aceptar a su pareja. El novio de María José padece de depresión como Raúl a causa de la muerte de uno de sus hermanos. Ella ha tratado de ayudarlo, como ve que lo hace Danelly con su padre.

Alexander, el hijo mayor de Raúl, venía desubicado y se salió de estudiar por dos años, no le gustaba mucho el estudio y después de hacer dos octavos decidió que no quería continuar y se dedicó solo a vagar, pero le pasaron algunas cosas en la calle y de ahí aprendió; mataron personas con las que andaba y los mandaron a la cárcel, lo que lo llevó a cambiar y empezar a estudiar el bachillerato acelerado. Raúl siempre ha estado al lado de sus hijos y cuando Alexander le pide ayuda al no saber qué hacer, está allí para apoyarlo. Al final tomó la decisión de irse a prestar el servicio militar y actualmente se encuentra prestando servicio en la escuela del Tolima porque puede colaborar a la gente y es buena la disciplina.

Alexander está inclinado a las cosas de Raúl, por lo colaborador que es, la responsabilidad, ayudar a la gente, en eso se parecen

mucho, igualmente le gusta dar consejos y apoyar a los demás. Le heredó también el mal genio a Raúl, se enoja y no le habla a nadie. Eso sí, en la Policía tiene que guardarse todo; le hablan feo, no puede decir nada, tenga o no la razón, allá deben quedarse callados.

Pero hay algunas cosas buenas, pues se aprende disciplina, se valora la casa, la familia y la comida.

El hijo de Raúl algunas cosas ha recordado en la Policía acerca de lo que vivió su padre, como cuando hay hostigamientos, aunque no le gusta preguntar a Raúl sobre lo que pasó, porque cree que se siente incómodo y es que fue muy muy fuerte para aguantar algo así. Dentro de la Institución le tienen respeto a los secuestrados y lo han tratado mejor cuando saben que es hijo de uno de ellos. Alexander le ha contado eso a Raúl, no le dice mucho, aunque cree que eso le hace sentir mejor.

Alexander no piensa continuar en la carrera militar, quiere salir y estudiar, en 3 meses que salga va a entrar al Sena a estudiar seguridad y salud en el trabajo y si no se les

dan las cosas pensaría en última opción entrar a la Policía. Piensa que en la Institución no se valora a la persona, en la policía no pueden estar con su familia y si se enferma no hay buena salud, pero sí hay un sueldo fijo. Aunque no se opondría si algún día un hijo quiere irse a la Policía, lo apoyaría en lo que sea, pero con un sueldo fijo preferiría otro lugar y que tuviera la familia al lado, porque para qué plata si se está solo.

Raúl sigue además pendiente de las necesidades de sus padres y ahora que no está su abuela, son su prioridad. Con la mamá se ven cada semana, le sigue colaborando económicamente y salen algunas veces juntos. Tienen una buena amistad. Al papá lo lleva cada 8 días a su casa de visita. Raúl le compró su casa propia y vive muy bien, aunque ha tenido algunas caídas. Sus padres siguen muy fuertes y espera tenerlos a su lado por largos años.

La relación de Raúl y Danelly continúa y pronto serán 19 años de estar juntos, de ver crecer a sus hijos, de acompañarse en cada lucha; jurídica, emocional... Danelly trabaja fuertemente en el negocio y en su oficio de peluquería y no ve tan cercano el irse de su

país o a otro lugar, mientras Raúl en su incesante búsqueda de encontrar una ocupación ha pensado en irse a trabajar fuera de Colombia, pero el sueño de tener su negocio de reparación de motos no se acaba y lo que sí tiene claro es que aún es muy joven y tiene demasiadas cosas por hacer y entregar a este país. Espera que muchos conozcan su historia y es que hasta un trabajo le pueden dar. Raúl tiene un gran corazón y por haber estado en la guerra no quiere decir que no pueda hacer nada más, como se lo ha dicho la sociedad, las Instituciones del Estado, empresas y muchas personas más.

En este momento Raúl tiene cuatro procesos jurídicos y espera que se haga justicia; uno con Justicia y Paz, otro con Roberto Quintero de una demanda por derechos morales y psicológicos hacía su esposa y sus hijos, otro por quedar mal reparado y el otro proceso con la JEP. Así es como deben acudir a todos los trámites que puedan y a abogados para luchar por sus derechos. Se va la vida en estas peleas y Danelly piensa que lo que buscan al final es que las víctimas se cansen y no hagan nada, eso le está pasando a Raúl, que ya no quiere una lucha más. —la fuerza pública lo que promete no

lo cumple, lo que pasan en las noticias es una mentira, porque si uno no pelea, no entutela, no mete abogados ellos le vulneran los derechos totalmente a las víctimas— y es que Raúl aún es una persona joven y Danelly lo apoya, pero las personas más mayores pueden morir en el proceso y nada les ha salido o tampoco tienen los conocimientos o los recursos para poder tener estas peleas legales —lo que buscan las instituciones es que ya se cansen y no hagan nada más— le dice Raúl a Danelly.

En medio de la tempestad el vínculo con Dios ha sido muy importante y la fe en el señor de los Milagros acompaña a la familia. La promesa al señor de los milagros empezó en el año 2002, como ofrenda por su liberación y ya han pasado 20 años desde que realiza la visita cada jueves santo como forma de pagar su tan anhelado milagro. Aunque los últimos años no ha sido fácil por temas de salud y han entregado mercados para los más necesitados.

Toda esta historia de vida, que aún no termina y seguramente tendrá más capítulos de resistencia y nuevas luchas para Raúl y su familia, ha sido vivida por otros miembros

de la fuerza pública y sus familias, siendo no solo víctimas de grupos armados ilegales, sino también de un Estado que envía a los jóvenes a la guerra.

En un país desigual y violento la guerra se convierte en la única o mejor opción para obtener una casa y una pensión. Sin contar con oportunidades y posibilidades de decisión, muchos jóvenes deben entrar a las Fuerzas Militares y/o filas de diferentes grupos armados ilegales, en ocasiones entregando sus propias vidas. La guerra solo deja muerte y acaba con la esperanza de construir un lugar en paz, no cualquier paz, una paz en la que ya nadie muera de hambre en Colombia. La historia no es de buenos y malos, de culpables o inocentes y pensar en esta paz nos obliga a llevar la mirada más allá de las dicotomías, para así lograr consensos entre todos y todas y hacer de nuestro país un lugar más justo.

MENSAJES PARA RAÚL

Me gustaría volver a convivir como antes, volver a hacer y ser mejor familia como éramos antes. Quisiera que más adelante tuviéramos mejor comunicación y confianza, no solo hablar lo necesario, sino poder contarle muchas cosas a mi papá. Quisiera que se unieran las familias.

María José

Papá siga adelante a pesar de los problemas, porque la vida es bonita y esas palabras me las dice la familia siempre.

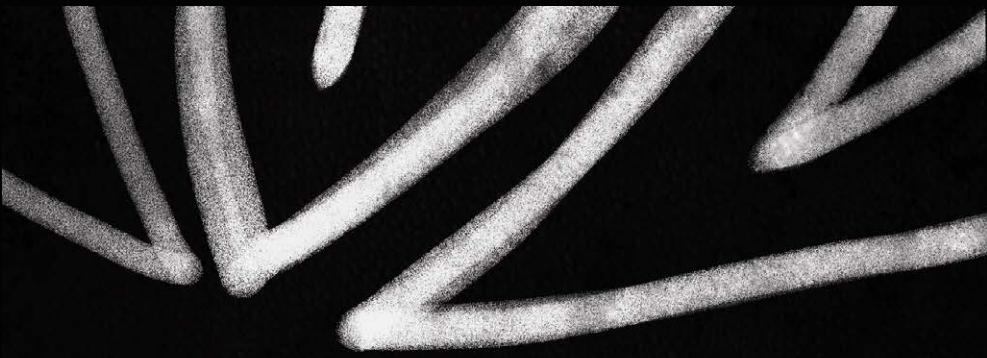
En 5 años quisiera verlo trabajando en lo que quisiera, "echado para adelante", con el taller de motos, que es lo que le ha gustado, porque sé le gusta mucho la mecánica.

Alexander

Amor el que quiere suelta; no piense en mí, en sus hijos, piense en usted, viaje y conozca... si las cosas se dan es su felicidad y si no es lo que esperaba, aquí lo espero con los brazos abiertos, porque usted siempre ha pensado en todo el mundo, menos en usted. Piense en usted y siga luchando por sus ideales, cumpla sus sueños.

Danelly

Esta obra ha sido publicada
por el proyecto Memoria y Reparación.
Los trabajos de la primera edición fueron
terminados en noviembre de 2025 en los
talleres de Imagen Editorial S.A.S.
Bogotá, D.C., Colombia



La guerra en Colombia es un negocio y para nadie es un secreto que si el gobierno quisiera acabar con la guerrilla la acabaría. Si hay guerrilla hay guerra y si hay guerra hay plata y si hay plata hay gente trabajando en la Policía y en el Ejército. Por eso es que la guerra no se puede acabar y tiene que haber guerrilla, paramilitares y narcotráfico, sino no vuelve a llegar ni un peso de otros países que entregan dinero para la lucha contra el narcotráfico. El negocio de las drogas beneficia a muchos y es que hasta los altos mandos del gobierno tienen sus cultivos de coca, pero aquí los que pagan con sus vidas son los soldados y policías, cuidando los intereses de otros. La guerra solo beneficia a los altos poderes de este país y no son sus hijos los que entregan a la muerte.

Raúl Antonio Restrepo Valero

